
DOC SAVAGE
por KENNETH ROBESON
AUDACES
30
EL DÍA DE LA
RESURRECCIÓN
FUNDACIÓN

El día de la resurrección

Kenneth Robeson
Doc Savage/45

CAPÍTULO I

EL MILAGRO ESPERADO

OCURRIÓ que el general Ino fue el primero en ver el camión lleno de policías detenerse frente al rascacielos en el cual Doc Savage tenía establecido su cuartel general.

Sin duda, el general se habría enterado de ello por la Prensa, algo más tarde y junto con el resto del mundo, pero al presenciar la llegada de la policía, se halló como quien dice sobre el terreno.

El general se detuvo mirando y le interesó lo que los policías llevaban en su camión... pesados postes de madera, alambradas y un barrilito lleno de herramientas y artículos varios.

El general sentía un interés especialísimo por los policías, pues había empleado muchas horas del día y otras muchas de la noche buscando la manera de escapar de sus garras.

Los policías empezaron a descargar los postes, los maderos y la alambrada mientras su jefe gesticulaba y les daba órdenes. Al general Ino se le abrió la boca de asombro.

¡Los *poli* iban a construir una barricada de alambres con púas en una de las calles de mayor tráfico de Nueva York!

El general Ino se unió al grupo de curiosos que se había formado. Al general no le asustaban los policías y no en vano pasó muchas noches en vela, puesto que podía andar por las calles de Nueva York sin disfraz y casi sin temor alguno.

Hubo una conmoción al otro extremo de la manzana y otro camión lleno de policías y portador del material necesario para edificar una barricada de alambrada se detuvo cerca del inmenso rascacielos.

Era cierto que el general Ino había trabajado hasta la fecha en Egipto, Italia, Japón y otros sitios alejados de Nueva York, pero en

donde hay hombres acaudalados.

Especialmente ricos son los nuevos príncipes mercaderes del Japón. Uno de ellos pagó la cuarta parte de un millón de yens por el rescate de su hijo, del único varón que tenía.

Otros camiones iban llegando.

No parecía sino que iban a cercar la manzana entera, lo cual, en realidad, significaba un solo edificio. El rascacielos ocupaba toda la manzana y su altura total era mayor que la longitud del mayor trasatlántico.

El general Ino mató al hijo único del príncipe mercader, pero éste lo ignoraba antes de pagar el rescate y, a decir verdad, seguía ignorándolo.

Años después, el general pensó en sustituir al hijo del príncipe por cualquier criatura que viniese bien para el caso. Había conservado los vestiditos del niño y las joyas que éste llevaba.

El ruido y la confusión iban en aumento. Los policías detenían el tráfico y empezaban a construir sus barreras de alambradas en una de las calles más animadas de una ciudad notable por su tráfico intensísimo.

El general Ino había jugado en las carreras y eso requería dinero. También había poseído un verdadero harén, lo cual exigía más dinero todavía.

Y sobre todo había conservado su vieja organización de bandidos y asesinos intacta.

Eso se llevaba más dinero que todo lo demás. En dicha organización contaba con algunos de los bandidos más hábiles y de mayor sangre fría del mundo.

El general se entretuvo en cierta ocasión en sumar las cantidades ofrecidas como recompensa por la cabeza de los miembros de su organización.

El total le dejó aturdido, pero se trataba de un capital que no había descubierto todavía la manera de embolsar.

Pues el general Ino estaba arruinado y maduro para uno de los golpes audaces y fabulosos, ejecutados con gran maestría, que eran los únicos a que se dedicaba.

El general se acercó a uno de los policías.

—*Monsieur le gendarme* —dijo—, ¿puede usted decirme qué es lo que ocurre?

El general Ino imitaba a la perfección cualquier acento, y disfrutaba al hacerlo.

El policía de una familia de tiradores de ladrillos y su sonrisa era ancha.

—¡Tus suposiciones son tan buenas como las mías, franchute! —contestó el policía—. Las autoridades superiores dan la orden de levantar una barricada alrededor de esta casa y nosotros nos limitamos a cumplir.

—Pero, monsieur, alguna explicación habrá dado a esta gente al no dejarla pasar, ¿verdad?

—Esta es la única explicación que hemos de darle —y el *poli* se golpeó la chapa.

—¡Muy extraño! —dijo el general, canturreando—. ¡Muy extraño!

El policía le miró al alejarse, rascándose la cabeza.

—¡Que me aspen! —rezongó—. ¡Primero habla como un franchute y ahora como un japonés!

El general, que estaba en aquel momento madurando planes diabólicos, pero de gran provecho, se encaminó directamente a las oficinas de Proudman Shaster.

Proudman Shaster acogió a su visitante con una sonrisa seca y una mano huesuda. Se metió a continuación detrás de una inmensa mesa de escribir y se sentó.

El resultado fue que Proudman Shaster desapareció casi y únicamente su cabezota de melón quedó visible tras de la enorme mesa.

La cabeza de Shaster era lo más interesante de su persona. Su cerebro era enorme y todas las ideas que engendraba eran malas.

—¡Hace un día maravilloso! —dijo—. ¡Verdaderamente maravilloso!

Proudman Shaster era un abogado muy conocido que todo lo encontraba “maravilloso”. Repetía constantemente la palabra al hablar.

—Sí, sí. Señor —dijo el general imitando un español—. Oye, tengo una idea. ¡Una idea muy buena! Quiero estudiarla.

Proudman Shaster cruzó las manos huesudas y asumió una expresión inocente.

—Quiero que todos mis hombres se reúnan aquí, en Nueva York,

inmediatamente —dijo el general Ino—. Todos mis hombres ¿comprendes?

—Bien —asintió Shaster, encendiendo un pitillo.

Era muy capaz de hacerlo, pues él era la boca de Ino, sus ojos, sus oídos, e incluso parte de su cerebro, cuando la ocasión lo requería. Él procuró el ácido que hizo desaparecer el último trozo de epidermis del hijito del príncipe japonés.

El general Ino de dio a sí mismo un apretón de manos, al estilo chino, u murmuró:

—¡Este humilde individuo es orgulloso de semejante servidor!

Proudman Shaster miró sus uñas, descubrió la suciedad en una de ellas y empezó a limpiarla con un diente pequeño y agudo.

—¿A quién vamos a liquidar ahora? —preguntó.

—A Doc Savage —dijo el general Ino.

Proudman Shaster dio un respingo, cerró los ojos y dejó de respirar. Sus labios soltaron el cigarrillo.

Al general Ino divirtieron ostensiblemente las reacciones de su teniente, que dicho sea paso, no era el que más valor tenía para él.

Ino sonrió, cogió la colilla y la apagó en un cenicero de bronce.

—Sosiégate —dijo—. Sabía que sufrirías una sorpresa.

Proudman Shaster hizo algunas muecas convulsivas.

—¡Agua! —murmuró débilmente—. Y una píldora de la caja que está en la nevera.

El general Ino pareció a punto de reír como si se tratase de una comedia; pero miró de cerca de su compinche, corrió a la nevera, sacó el agua y la píldora y administró ambas cosas a Shaster.

—¿No sabías que tengo el corazón débil? —fueron las primeras palabras de Proudman Shaster.

—No supuse que el oír mencionar un nombre sería capaz de matarte —replicó el general.

Shaster se levantó tambaleándose, volvió a beber agua y tomó otra píldora, coronándolo todo con un sorbo de un líquido contenido en una botella marrón, de etiqueta negra. A continuación, miró con atención a su jefe.

—¡Oye! —dijo sombríamente—. ¿Acaso no sabes nada respecto a ese Doc Savage?

El general Ino contestó:

—No acostumbro hacer las cosas a medias.

—Doc Savage es uno de los hombres más peligrosos del mundo.

—Una reputación —murmuró el general Ino— ….es como una gran bola de nieve.

—Doc Savage es un hombre que desde al nacer ha sido entrenado intensa y científicamente para detener a los criminales y enderezar entuertos —explicó Shaster.

—La bola de nieve —prosiguió el general Ino— …empieza por ser pequeñita, pero crece luego de un modo increíble.

—¡Doc Savage es un genio científico, un mago mental y tiene la fuerza del Toro de Bashan! —concluyó secamente Shaster.

—¡La bola de nieve crece porque rueda colina abajo! —le recordó Ino.

—Doc Savage no es enteramente humano, casi todo el mundo ha oído hablar de él. Ayuda a los oprimidos, endereza entuertos y echa a perder las mejores combinaciones. Cuando oyen hablar de Doc Savage, todos los criminales cruzan los dedos y esperan que el hombre de bronce, como le llaman a veces, no tropezará con su pista.

—Un empujón hace rodar la bola de nieve y luego crece por sí sola.

—Doc Savage solo ya es bastante duro de mascar —gruñó Proudman Shaster—; pero además tiene cinco ayudantes. He visto trabajar a uno de ellos. Es un abogado llamado brigadier general Teodoro Marley Brooks y los que no le temen le llaman Ham. No son muchos los que le llaman así.

—Tal como decía —prosiguió el general Ino—, no es cosa fácil conseguir una gruesa bola de nieve.

—Ham logró casi hacerme excluir del foro en cierta ocasión —gimió Shaster—. Es el abogado más hábil que he visto en mi vida. Los demás ayudantes de Doc Savage son también extremadamente listos, cada cual en su profesión. Dicen que uno de ellos es ingeniero, otro químico, el tercero arqueólogo y el cuarto una mago de la electricidad.

—Las reputaciones son como las bolas de nieve —declaró Ino.

—Doc Savage es el maestro de sus ayudantes en sus respectivas profesiones por increíble que parezca, según los informes que tengo.

—Una gran reputación sale a veces de la nada —le recordó Ino.

Shaster replicó secamente:

—¡Preferiría suicidarme antes de enfrentarme con Doc Savage!

El general Ino se sacó tranquilamente un revólver de la chaqueta y lo depositó sobre la mesa.

—En tal caso es preferible que te pegues un tiro —dijo. Apretó uno de los gemelos que llevaba en los puños de la camisa y éste se abrió. Un polvo blanco cayó sobre la mesa—. O pasar la lengua por esto. Es cianuro de potasio de un tipo nuevo y más mortífero que cualquier otro.

Proudman Shaster tragó saliva:

—¡No comprendo!

—Pues bien, vamos a entendérnoslas con Doc Savage —le dijo el general Ino—. Doc Savage es un sujeto que se me parece. Va detrás de las cosas importantes…

—Y de las pequeñas también, según he oído decir —intercaló Shaster—. Dicen que ayuda a una infinidad de gente en pequeña escala, pero únicamente sus grandes proezas salen en los periódicos…

—Pues esperaremos una de éstas —dijo el general Ino.

—Sigo sin comprender qué es lo que te propones —le dijo nerviosamente Shaster.

—¿No has visto nunca a una gaviota esperar hasta que un pelicano haya buceado en el mar, cogido un pez y salido a la superficie sin aliento para echársela encima y arrebatarle el pez?

—¡Mis relaciones con las gaviotas son limitadas!

—Pues bien, no importa; vamos a hacer gaviotas.

El general Ino rió bajito y añadió, hablando como un irlandés:

—Eso me recuerda lo que me ha sugerido la idea —dijo—. Están construyendo una barricada de alambrada en torno al cuartel general de Doc Savage, nada menos.

Los periódicos de la tarde reproducían fotografías de las barricadas de alambradas. Estas eran cuatro, una en cada bocacalle y bloqueaban completamente la entrada y salida del gigantesco edificio, cuya cumbre se perdía entre las nubes.

Se hubiera necesitado un tanque para abrirse paso…

Uno de los títulos que se leían en grandes letras decía:

¡EL HOMBRE DE BRONCE OBRA MISTERIOSAMENTE!

Otro participaba:

¡LA POLICÍA SE PREPARA PARA UN ACONTECIMIENTO

ASOMBROSO!

Y otro todavía:

¡NUEVA HAZAÑA DE DOC SAVAGE!

Todas las historias se parecían. En cuanto a la policía, permanecía callada.

Se entregaron pases a las personas empleadas en el rascacielos rodeado de alambradas, pero ni los periodistas ni los fotógrafos los obtuvieron.

Se habló mucho del asunto aquella noche, al tomar combinados a la hora de la comida. Bastantes personas fueron a echar un vistazo a la barricada y los policías tuvieron que luchar con repetidas congestiones del tráfico.

Al siguiente, hubo noticias frescas. Todos los periódicos llevaban un anuncio que llenaba una página entera.

Era idéntica en todos los diarios e impreso en letras tan corrientes que algunos lectores lo pasaron por alto hasta que se les llamó la atención sobre el mismo.

La mayoría tuvo la impresión que algo iba a ocurrir y quedaron a la expectativa.

El anuncio decía:

ANUNCIO PRELIMINAR

Deseamos poner en conocimiento del público algunos hechos relativos a Doc Savage de los que posiblemente estará ya enterado.

Doc Savage se llama Clark Savage, júnior, y es un hombre que ha sido desarrollado científicamente, exactamente como un gran laboratorio científico desarrollaría un producto. Ese desarrollo científico se ha llevado a cabo en el transcurso de muchos años y sus resultados son asombrosos.

Personalmente sabemos que Doc Savage posee uno de los cerebros científicos más extraordinarios que existen. Es un verdadero mago.

Mañana, Doc Savage hará una declaración que conmoverá al mundo.

Creemos que cambiará totalmente el aspecto de la civilización.

Firmado:

Teniente Andrés Blodgett Mayfair.

Brigadier General Teodoro Marley Brooks.

Mayor Tomás J. Roberts.

William Harper Littlejohn.

Coronel John Renwick.

Casi todo el mundo conocía la identidad de los cinco hombres que firmaban este anuncio.

—Son los cinco ayudantes de Doc Savage —les dijeron a los no iniciados.

Desde luego, todos se daban cuenta de que algo iba a ocurrir y que con este motivo habían levantado una barricada en torno al cuartel general de Doc Savage.

Alrededor de la barricada, la policía tenía constantemente dificultades con el tráfico.

CAPÍTULO II

EL MILAGRO REALIZADO

EL general Ino leyó los periódicos de la mañana mientras bebía su café y una copita de coñac. A continuación, bajó a la oficina de Proudman Shaster.

Este digno personaje estaba firmando documentos con un joven de aspecto animado que lanzó una mirada de interés al general Ino antes de serle enseñada la salida.

—¿Qué has estado haciendo? —quiso saber el general Ino.

—Seguros —gimió Proudman Shaster—. Los seguros son algo maravilloso, verdaderamente maravillosos.

—Son muchas las cosas maravillosas en este mundo —dijo el general Ino—. Tío Sam hace muchas de ellas y las llama dólares. A propósito, ¿qué hay de esos dignos caballeros que llamo mis colegas?

Proudman Shaster suspiró y guardó la nueva póliza de seguro.

—He estado en contacto con ellos.

—¿Todos?

—Sí, y se están reuniendo. Estarán reunidos en tres hoteles distintos a las cuatro de esta tarde, esperando tu visita.

Hacía tiempo que el general Ino había dejado de reunir a sus hombres en un solo sitio donde, si las cosas se enredaban, la policía podía echarles el guante a todos de una vez.

Colaboradores buenos, hábiles y sin escrúpulos, eran demasiado difíciles de obtener para correr el riesgo de perderlos.

—Bien —dijo el general Ino—. Voy a decirles que estamos a punto de enfrentarnos con Doc Savage. Creo haber escogido un momento excelente. ¿Has leído los últimos periódicos?

—Sí —admitió Shaster nerviosamente.

—Doc Savage está a punto de hacer algo gordo.

—Nunca ha obrado de esta manera antes de ahora —dijo Shaster sombríamente—. Ha evitado siempre la publicidad. Los que le necesitan van a verle, pero ahora parece querer llamar la atención del público por un motivo u otro.

—Es algo gordo, estoy de acuerdo —rió el general Ino—. Y nosotros necesitamos algo gordo para rellenar bien nuestras carteras.

—¡Es tan gordo que nos ahogará, apostaría cualquier cosa! —gimió Shaster.

El general Ino le miró con los ojos entornados.

—Tienes miedo, ¿eh? Voy a dejar que mis hombres escojan entre ir contra Doc Savage conmigo o no. Así estaré seguro de tener hombres que no temen a nada.

—Estarás seguro de no tener a nadie —predijo Proudman Shaster melancólicamente.

El general Ino reflexionó.

—Pensándolo bien, no les dejaré escoger —decidió.

Proudman Shaster gimió:

—Quisiera saber qué es lo que Doc Savage se propone hacer.

Eran muchos los que pensaban como Proudman Shaster y nadie tenía la menor idea de lo que se trataba.

Las ediciones de la tarde de los periódicos no echaron luz sobre el asunto con su segundo anuncio:

SEGUNDO ANUNCIO PRELIMINAR

Nosotros, teniendo fe en el genio científico de Doc Savage y conociéndole como pocos le conocen —creemos en realidad que nadie—, deseamos preparar el terreno para lo que va a ocurrir, con algunos informes.

Durante años Doc Savage ha realizado experimentos de una naturaleza especial.

Doc Savage ha intentado realizar lo que magos, faquires y charlatanes han intentado desde tiempos inmemoriales hacer creer a la gente que podían ejecutar.

Se trata de algo que es factible. Algún día, alguien lo logrará y el día ha llegado…

¡Doc Savage puede hacerlo ahora!

¡Pero puede hacerlo una sola vez! ¡Una sola! Y desea hacer el mayor

bien posible al mundo, de manera que va a solicitar la ayuda del público de los Estados Unidos.

Doc Savage en persona os dará más detalles.

¡DOC SAVAGE HABLARÁ POR RADIO A LAS SIETE DE ESTA NOCHE!

Estaba firmado por los mismos cinco hombres que habían firmado el primer anuncio.

Aquella tarde un buen número de aparatos de radio que estaban averiados fueron rápidamente reparados.

La gente amante de las estadísticas calculó que Doc Savage había gastado unos doscientos cincuenta dólares en anuncios. Todos los periódicos del país llevaban su anuncio.

La proclamación por radio alcanzaría todos los rincones del país y todas las emisoras de los Estados Unidos estaban alerta. Los que conocían cosas de radio comprendían que era preciso gastar mucho dinero para lograr semejante divulgación.

Pero a nadie se le ocultaba que Doc Savage tenía desde hacía años un manantial secreto de riquezas fabulosas.

Una aguja, al caer al suelo, habría producido el efecto de un tiro en las ondas del éter de la nación a las siete de aquella noche.

Doc Savage habló por radio sin entretenerse en declaraciones preliminares.

Nadie sufrió confusión alguna. Nadie pensó un solo instante que otra persona que Doc Savage estaba hablando y, sin embargo, Doc Savage no había hablado nunca antes de entonces por un micrófono nacional.

Su voz era particular, firme, segura, bien modulada, profunda y causaba la impresión que era una voz capaz de hacer cosas asombrosas y que su dueño era un individuo que podía hacerlas más asombrosas todavía.

Fuese como fuese, las primeras palabras de Doc Savage dejaron a todo el mundo sin aliento:

—¡Está en mi poder el traer a un muerto a la vida! —dijo.

Hizo una pausa para permitir que asimilasen esta declaración.

—Únicamente un hombre puede resucitar —siguió diciendo—. Y eso porque es preciso para ello usar un nuevo elemento en una combinación que requiere por lo menos diez años para su desarrollo. Todo el mundo sabe que es preciso dejar fermentar el

jugo de una manzana antes de que se transforme en vinagre. Lo mismo ocurre con esta combinación, con la diferencia que el proceso de transformación requiere años.

Nueva pausa.

—No importa que el muerto haya dejado de existir hace mucho tiempo —siguió diciendo la voz notable de Doc Savage—. Pero el cuerpo debe estar intacto o su momia en buen estado.

Se detuvo otra vez.

—Basta eso para que sepáis lo que se puede hacer. Ahora pasaremos al motivo por el cual hemos llamado la atención del mundo entero. Deseamos ayuda, deseamos que se nos sugieran ideas. En pocas palabras, deseamos saber a quién el público de los Estados Unidos desea volver a la vida.

Una gran quietud reinaba en el éter, sobre toda la nación. La casualidad hizo que no hubiera casi interferencia alguna y todos los radioescuchas oían perfectamente la emisión.

—¿Quién hará el mayor bien al mundo si resucita? Estos son los nombres de los miembros del comité de caballeros y señoras nombrados para tomar una decisión final. Ellos esperarán sus instrucciones. Enviadlas por teléfono o telégrafo a los miembros de la comisión.

A continuación dio una lista de nombres y direcciones, tan lenta y claramente que incluso los radioescuchas dotados de mala memoria recordaron por lo menos uno o dos nombres sin dificultad alguna.

Los periódicos comentaron este hecho al día siguiente, sin dar con la verdad. Doc Savage había desarrollado la técnica de la enseñanza, la habilidad de decir algo de manera que no podía olvidarse.

Eso consistía sencillamente en la manera de pronunciar las palabras, en el énfasis dramático que ponía en ello.

Un locutor añadió por radio: —Doc Savage acaba de hablar.

Poco le faltó para asustar a sus oyentes. De siempre se le había conocido una voz agradable, excelente; pero después de oír la voz notable que acababa de hablar, causó la misma impresión que un cuerpo moribundo.

Desde luego, hubo un gran revuelo. Se habló mucho. Era probable que en alguna ocasión todo el mundo soñara con lo

interesante que sería resucitar a algún muerto, y la cosa se apoderó de la voluntad del pueblo.

El día siguiente era domingo y todo el mundo tuvo el tiempo de hablar de ello. Un buen número de sermones, preparados a última hora, fueron hechos sobre el asunto. Cosa notable, casi todos eran favorables.

Resumidos en pocas palabras, decían: dejad hacer a Doc Savage. No se hizo alusión a la inconveniencia de que un sencillo ser humano interviniese en el arreglo celestial de las cosas de esta tierra.

Las telefonistas, los empleados de telégrafos y de correos no tuvieron tiempo de pensar o hablar. Las sugestiones llegaban a miles y los jueces tenían una falange de secretarios ocupados en clasificarlas y numerarlas.

Al día siguiente, lunes, los periodistas imprimieron cuanto sabían respecto a Doc Savage. Por primera vez en su vida, Doc permitió que se hablara algo extensamente de él.

Comentaron sobre todo su educación científica y los datos que dieron bastaron para convencer a los más escépticos de que Doc Savage era un verdadero inventor mago.

Se desprendía que había perfeccionado un sinnúmero de descubrimientos científicos y quirúrgicos de los cuales el público ignoraba quién era el inventor.

Los escépticos, y ésos eran numerosos, se hallaron frente a pruebas concluyentes de que eso era la pura verdad.

Las sugestiones del público seguían llegando. Las había de todas las clases.

En cuanto al hombre que deseaban resucitar, se pasaba de lo sublime a lo ridículo. Los nombres sugeridos iban de Napoleón a Lincoln y a la hijita difunta de una vecina apesadumbrada.

Numerosos padres deseaban ver resucitados a sus hijos muertos y muchos hijos querían volver a tener a sus padres. Estas súplicas eran sinceras, conmovedoras y a menudo llegaban escritas en papel mojado con lágrimas.

En algunas ocasiones las secretarias ocupadas en la labor de clasificación sollozaban después de leer una de tales peticiones particularmente desgarradoras.

Una carta anónima deseaba resucitar a Lucrecia Borgia con el fin

de que pudiera administrar veneno a la cosecha actual de políticos.

La cosa fue creciendo de día en día, sin que todo fuera miel sobre hojuelas para Doc Savage, su idea y sus planes.

Es imposible obtener que la Prensa entera de un país como los Estados Unidos esté de acuerdo sobre un punto y el presente caso no fue una excepción a la regla general.

Mientras un periódico alababa fervorosamente a Doc Savage, otro pedía que fuese descuartizado y colgado para su inspección con el fin de que el público viera qué clase de mecanismo era, para lograr semejante revuelo en el país respecto a algo que obviamente no podía cumplir.

Era un faquir, eso es, un charlatán, deseoso de publicidad y de hacer hablar de él.

Desde luego, el nombre y la fama de Doc Savage iban en aumento.

Se encontraba su retrato en todos los periódicos y los locutores hablaban de él por radio, algunos con respeto, casi reverentes y otros con fina ironía y escepticismo. Los cómicos empezaron a hacerle el blanco de sus chistes sobre las tablas, siendo imitados, aunque más torpemente, por sus compañeros de las emisoras de radio.

Todo eso ocurrió en pocos días. Las alambradas colocadas alrededor del rascacielos donde Doc tenía instalado su cuartel general resultaron una buena precaución, pues casi todos los neoyorquinos intentaron, por turnos, visitar tales lugares.

Periodistas, escritores, fotógrafos, aventureros de toda clase y especie se vieron defraudados y tuvieron que retirarse.

Doc Savage vivía recluido en el piso ochenta y seis del rascacielos.

Toda comunicación con el público se realizaba por mediación de dos de los ayudantes de Doc Savage comúnmente llamados Monk y Ham.

Monk era tan ancho como alto. Carecía de frente, tenía una boca enorme y la piel cubierta de un vello tieso y rojizo. Su verdadero nombre era teniente coronel Andrés Blodgett Mayfair y poseía un animal favorito, un puerco llamado *Habeas Corpus*, tan extraño en su género como Monk.

Este último era persona digna de ser mencionada, uno de los

mejores químicos del mundo.

Ham era el brigadier general Teodoro Marley Brooks, uno de los mejores abogados salidos de la Universidad de Harvard.

Ham iba siempre esmeradamente vestido y los que seguían de cerca la moda masculina estaban de acuerdo en que Ham era el hombre más elegante de Nueva York, sino de los Estados Unidos.

No sólo Ham admitía esta distinción, sino que la reclamaba y estaba siempre dispuesto a hacer uso de su bastón —espada— cuya punta estaba untada de un producto que quitaba el sentido a cualquiera que fuese ligeramente herido por la misma —con los que se mostraban propensos a discutir este punto.

También Ham tenía un animal favorito, llamado *Química*, en recuerdo de la profesión de Monk, y con el deseo de agraviar a éste.

Química en sí agraviaba a Monk, pues era un mico enano que se le parecía extraordinariamente. Era "su vivo retrato".

El cuarteto Monk, Ham, *Habeas Corpus* y *Química*, convivían de un modo alarmante a los ojos de los extraños. Parecía tan sólo cuestión de tiempo para que concluyeran devorándose unos a otros.

Un periodista hizo algunas preguntas a través de la alambrada:

—Decidme algo, amigos. Doc Savage ha evitado siempre toda clase de publicidad. Ahora la reclama a montones; y eso ¿por qué?

—Verá. Doc puede resucitar a un sujeto y…

—¿Un sujeto? —dijo secamente el periodista—. ¡Eso les va a gustar a las mujeres de este país! ¿Y por qué no resucita a una mujer?

—Doc no tiene trato con ellas —dijo riendo Monk—. Son mi especialidad.

Ham intervino diciendo rápidamente:

—Se resucitará a quien sea elegido por el comité, y será preciso que el país tenga fe en Doc Savage y en su magia científica, o de lo contrario creerán que se trata de un engaño. La persona que volverá a la vida será alguien que puede hacer mucho bien a la Humanidad. Esa persona tendrá que contar con la confianza del público. Este habrá de creer que el individuo en cuestión es realmente auténtico y que ha resucitado; de otro modo será imposible conseguir lo que esperamos. En otras palabras: traeremos nuevamente a la vida a un gran personaje con el fin de ayudar a la Humanidad y la Humanidad debe creer en él para ser ayudada.

Monk intercaló:

—La mitad de las peticiones que los jueces reciben son para resucitar a Jesús de Nazareth. Basta con decir esto. Si intentásemos hacer creer al público que vamos a presentarles a Cristo, sabrían que somos unos charlatanes, pues para ello ni la ayuda de Doc Savage sería necesaria. El asunto es claro y honrado, y un hombre, *únicamente uno*, puede resucitar. También puede ser una mujer, los jueces decidirán. Lo que queremos es obtener que el público americano comprenda que Doc Savage puede hacer esto, por increíble que parezca.

—Doc Savage ha empleado años perfeccionando el método —dijo Ham.

—Los jueces —repitió Monk—, escogerán el sujeto que será resucitado por la ciencia moderna.

Y tras estas manifestaciones, alejábanse los preguntones, sin que por el momento quedasen resueltas sus dudas.

Y las gentes siguieron esperando el ansiado momento: ¡el de la “resurrección”!

CAPÍTULO III

PLANES

EL senador Gustav Moab Funston era uno de los jueces.

Estos se reunieron en Washington, en el Senado, en las habitaciones del senador Funston.

Era sesión nocturna y, se suponía, secreta; pero los pasillos estaban llenos de periodistas, y al día siguiente los conserjes sacaron barriles enteros de ampollas vacías de luz de magnesio, gastadas para sacar fotografías.

La puerta se abrió alrededor de las dos de la madrugada y los jueces desfilaron.

—Lo siento, caballeros —dijo el senador Funston a los "tiburones" de la Prensa que les asaltaron—. El anuncio del individuo que será resucitado se hará dentro de una semana.

—¿Y por qué no ahora?

—Esta es la fecha que se ha fijado para hacerlo público.

—Pero ¿por qué?

El senador Funston no contestó, por no encontrar respuesta adecuada. Lo habían decidido en esta forma sin motivo especial y únicamente porque las declaraciones se hacen en fecha fija.

—¿Es un inventor el que volverá a la vida?

—Lo siento; pero no puedo contestarles.

—¡Dicen que han elegido ustedes a Tomás Edison!

El senador Funston guardó silencio.

—¿Acaso es mujer?

—Lo siento, caballeros.

—¿Es Jorge Washington?

Silencio.

—¿Abraham Lincoln?

Silencio.

—¿Rodolfo Valentino?

Silencio cada vez más profundo.

—¿Qué me dice de la Esfinge? —preguntó sarcásticamente un periodista.

El senador Funston rió de buena gana, se dejó fotografiar con su enorme sombrero y sin él —era un senador del Estado de Wyoming —, se excusó y se fue a su casa.

En vez de alojarse en un hotel, el senador Funston vivía solo en un piso de la Avenida de Delaware.

Una negra le guisaba las comidas y se iba a su casa por la noche, alrededor de las nueve. Se llamaba Orquídea Jones y hacía poco que estaba a su servicio.

El senador Funston entró en su casa, sacó la llave de la cerradura, se la puso en el bolsillo y miró con sorpresa la sombra obscura sentada en una silla, frente a la ventana.

—¡Orquídea! —exclamó—. ¿Por qué no se ha ido todavía?

—¡No es Orquídea! —dijo la sombra—. Pero es posible que sean *lirios* si se muestra reacio.

La voz sonaba como el gruñido de un *bull —dog* que roe un hueso cuando otro perro se le acerca. Así, pues, el senador Funston levantó las manos a cada lado de su enorme sombrero y permaneció inmóvil.

—De momento, amigo nocturno —dijo pesadamente—, tiene usted suerte. Acostumbro a llevar siempre una buena cantidad de dinero. Se encuentra en un cinturón de gamuza que llevo sobre la piel.

—¿Cuánto hay? —preguntó la sombra.

—Mil doscientos dólares.

—Una limosna —contestó el otro—. Puede guardarlo.

El senador Funston se humedeció los labios con dificultad, pues tenía la lengua seca como una cuerda.

Los síntomas eran malos y acababa de ver el arma que su visitante empuñaba. No le gustaba su aspecto. Se trataba, por lo visto, de una especie de pistola de agua.

—El líquido que hay aquí dentro le matará instantáneamente — dijo el desconocido—. Echa un gas líquido que se empleó en la guerra. El cañón está obstruido por un pedacito de cera, pero

cuando apriete el gatillo…

No concluyó la frase.

—¿Qué quiere usted?

—Contestación a una pregunta —dijo el hombre.

El senador Funston, sabio legislador, se había dado ya cuenta que el intruso llevaba un termo azul oscuro, parecido a otros miles que se llevaban en Washington aquella noche. Tenía la cara oculta por una máscara negra y llevaba guantes negros también.

—¡Hem! —tosió el senador Funston—. Vamos a ver.

—¡El nombre del hombre o de la mujer que Doc Savage va a resucitar!

—¡Imposible!

—¡Le hablo en serio!

—¡Yo también!

—Entonces estamos perdiendo el tiempo…

El enmascarado se levantó y blandió tranquilamente su pistola de agua con la intervención evidente de disparar.

—¡Espere! —exclamó el senador—. ¡Soy un loco al querer resistirle!

—Desde luego.

—Hay un papel en mi bolsillo, un trozo de papel que lleva escrito un nombre.

El enmascarado se acercó y lo sacó. No era tan alto ni tan fornido como el senador Funston. Miró el papel.

—¡Que me aspen! —exclamó—. Vuélvase y déjeme atarle las manos en la espalda.

El senador Funston se volvió y el enmascarado le asestó un golpe en la cabeza con una cachiporra, pasó por encima de su cuerpo inerte y entró en la cocina. La negra Orquídea estaba allí, atada y amordazada. El enmascarado salió del piso.

Encontró al abogado Proudman Shaster en una calle lateral y subió a una *limousine* con él. Se sacó la máscara, dejando el rostro al descubierto.

Era el general Ino.

—¿Todo ha ido bien? —preguntó Proudman Shaster.

—Podemos tirar adelante —dijo Ino.

—¿No te descuidas de nada? —preguntó el picapleitos con tono tranquilo.

—De nada.

—¿Cuál es el nombre?

El general Ino sacó a relucir el trozo de papel que tomó del bolsillo del senador y Proudman Shaster leyó el nombre que estaba escrito en el mismo.

—¡Tomás Jefferson, el gran demócrata! —exclamó Shaster.

El senador Funston volvió en sí, emitiendo una serie de fuertes gemidos, dio varios tumbos, se levantó, se encaminó tambaleándose a su maleta y sacó un revólver de seis tiros, después de lo cual se entregó a la tarea de perseguir a su visitante.

Un policía le encontró cuando recorría la Avenida Delaware con el revólver en la mano y poco faltó para que le metiera en la cárcel, después de lo cual, el senador volvió a su aposento, entró en la cocina en busca de algo para beber y descubrió a la pobre doncella negra.

Cuando estuvo libre ésta dijo cosas que convencieron al senador Funston de que la dama de piel obscura había sido conductor de camión o esposa de uno de esos dignos obreros.

Resultó que el enmascarado se había presentado temprano aquella noche, ató a Orquídea y esperó.

El senador se acercó al teléfono y llamó por conferencia a Doc Savage, en la ciudad de Nueva York. Cuando la voz notable del hombre de bronce le contestó, el senador explicó lo ocurrido.

—Pero he sido demasiado listo para ello —dijo. Luego volvió la cabeza y ordenó:— ¡Cállese, Orquídea!

Orquídea estaba reclinada en un sofá, cerca del teléfono, y murmuraba palabras malsonantes. Calló bajo la mirada imponente del senador.

Este siguió diciendo a Doc Savage:

—Tenía en el bolsillo un trozo de papel que llevaba el nombre del individuo a quien yo, como bueno y leal miembro del partido demócrata, considero el mortal más grande que haya vivido. Desde luego, se trata de Tomás Jefferson, fundador del partido demócrata.

—¡Creo —dijo Doc Savage—, que no ha sido elegido!

—Está usted en lo cierto. El nombre escogido no será publicado antes de la fecha fijada. El resucitado no será Tomás Jefferson, que no obtenido la mayoría de los votos.

—Gracias por esta información —dijo Doc.

—De nada —concluyó el senador Funston—. Barrunto que sabe usted más respecto a lo que significa y lo que es preciso hacer, de lo que yo sé.

Y estas palabras pusieron término a la conversación.

Cuando el senador colgó el auricular, Orquídea Jones se levantó del sofá, se sacó un revólver del voluminoso pecho y encañonó al sabio legislador.

No hizo más que iniciar el ademán, pues el senador seguía rabioso y en cuanto vio el arma dio un salto y la lucha empezó.

Funston describió un círculo con el puño en ristre, pero no dio en el blanco.

El puño le hirió en un ojo, otro le aplastó la nariz y un tercero, o el mismo, le rompió algunos dientes. El senador resopló y escupió sangre, dientes y juramentos del país de los vaqueros.

Agarró a Orquídea, cuyas ropas se rasgaron y cayeron a pedazos. Se vio entonces que estaban acolchadas.

—¡Maldición! —rugió Furston—. ¡No es una mujer!

Varias sillas cayeron al suelo y se oyeron los impactos de fuertes puñetazos.

Los hombres gruñían, resoplaban, lanzaban ternos. Con las uñas, Furston arrancó nuevamente la ropa de Orquídea.

—¡Un blanco! —exclamó entre dientes—. ¡Infierno! ¡Me han engañado!

Le tocaba las de perder. Su enemigo blanco era superior en fuerza, era más joven, diestro y ágil. El viejo senador, que había vivido demasiado tiempo de cigarros, cerveza y discursos, cayó al suelo.

Orquídea le metió el revólver en un ojo.

—¿Quién ha sido elegido por el comité para resucitar? —preguntó una voz dura.

El senador Funston era bastante conocedor de la naturaleza humana para saber cuándo la muerte acechaba y la vio entonces.

Dio un nombre, un nombre que constaba de una sola palabra.

Orquídea demostró sorpresa.

—¿Quién sugirió este nombre? —preguntó.

—Fue presentado por el ayudante de Doc Savage, el eminente arqueólogo y geólogo William Harper Littlejohn.

—¡Ah! —dijo pensativamente Orquídea—. No sé, pero he

sospechado un momento que Doc Savage había adivinado nuestro plan.

—Quisiera no haber oído hablar nunca de todo esto —declaró el senador.

—Más le habría valido —asintió Orquídea.

Y a continuación empleó las seis balas de su revólver para desparramar el cerebro del senador sobre la alfombra.

CAPÍTULO IV

CARSON ALEJANDRO OLMAR

ORQUÍDEA Jones hizo entonces algo que cuesta la vida de muchas personas en el transcurso del tiempo y lo hizo realizando un esfuerzo por salvar el propio pellejo.

Intentó sencillamente hacer desaparecer todas sus huellas con una toalla y una botella de alcohol para friegas que sacó del cuarto de baño del senador.

Las huellas no eran muchas, puesto que Orquídea había llevado guantes de goma mientras fregaba los platos y guisaba y otros de algodón mientras sacaba el polvo y hacía la cama, circunstancia a la cual el senador Funston dejó de dar la importancia que merecía.

Orquídea Jones prestaba atención de cuando en cuando, pero no se oía ruido alguno que señalara la presencia de nadie. No le preocupaba mucho el temor de ser descubierto, pues tenía un cómplice de vigilancia fuera.

Satisfecho de su obra, el criminal salió del piso, se reunió con su compinche en la calle y se alejaron ambos en automóvil.

Fue entonces cuando Orquídea Jones observó sus manos, sin comprender que miraba lo que para mucha gente equivalía a un decreto de muerte.

Notó sencillamente que el alcohol que había usado para hacer desaparecer las huellas de sus dedos había disuelto parte del excelente tinte negro con el cual se había disfrazado de negra.

Veinte minutos después, Orquídea Jones entraba en la habitación de un hotel en el cual el general Ino estaba haciendo un discurso improvisado a Proudman Shaster.

—El éxito del buen proyectista parece el éxito de un loco al no iniciado que ignoraba…

Ino se detuvo y miró a Orquídea Jones.

—Bien, flor obscura, ¿qué ocurre?

—He tenido que matar al maldito senador —dijo Orquídea.

—Conociéndote, apostaría cualquier cosa a que no era necesario —dijo el general Ino—. Pero háblame de las circunstancias.

—Ese saco de viento nos engañó.

—¡No me lo digas! ¿Quién ha oído hablar nunca de un senador trapacero?

—No van a resucitar a Tomás Jefferson —gruñó Orquídea Jones.

—¿No? —el general Ino se puso extremadamente serio.

—Yo creí que sería Tomás Edison —dijo Orquídea—. Habría apostado por Edison, pero me equivocaba.

—Lo cual no es algo imposible —le recordó Ino secamente—. Pero puedes ahorrarnos el drama.

Frunció el entrecejo y esperó.

Orquídea murmuró el nombre que le había revelado el desgraciado senador Funston.

El general Ino sufrió una intensa sorpresa y enmudeció unos momentos.

—He oído decir —dijo Proudman Shaster, que parecía cohibido —, que Savage no falla nunca en sus empresas.

*****

Ham, el abogado ayudante de Doc Savage, opinaba lo mismo respecto al hombre de bronce.

Un gran aeroplano pasó ruidosamente sobre Washington, llegando a Nueva York.

Ham estaba cómodamente sentado en el interior, untando cuidadosamente la punta de su bastón —espada con una cantidad fresca del producto químico que producía la pérdida del sentido muy pocos momentos después de tocar una herida.

—¡Oye, so estúpido! —decía Ham—. Estamos aquí en Washington con estas prisas, porque la tentativa de arrancar el nombre al senador Funston significa que alguien está tramando algo y Doc quiere investigar el asunto.

—Eres tan brillante que no ves otra cosa que tu brillo —se quejó Monk con una vocecita aniñada—. ¿Crees acaso que no sé por qué hemos venido?

El mayor Tomás J. Roberts, más conocido por el apodo de Long

Tom, estaba sentado frente a Monk. Era un hombre delgado y pálido a quien cualquier empresario de pompas fúnebres habría mirado con atención.

Sin embargo, a pesar de su aspecto malsano, nadie recordaba haberle visto enfermo. Era un mago de la electricidad y se contaba entre los ayudantes de Doc Savage.

Se ganó el nombre de Long Tom mucho antes, después de realizar un experimento ético con uno de los cañones anticuados, conocidos por el nombre de "long tom".

—¡Vosotros dos sois imposibles! —les dijo Long Tom a Monk y a Ham.

Doc Savage estaba al mando del aparato y aterrizó en el aeródromo, frente al Potomac. Dos empleados del aeródromo salieron; uno acababa de comerse un bocadillo y el otro se mondaba los dientes.

Miraron a los que se apeaban del aeroplano y el primero se atragantó.

—¡Doc Savage!

—¡Sí! —asintió su compañero—. Le conocería en cualquier sitio.

El chofer de un taxi les reconoció. Igual ocurrió con dos policías, no de los cuales estaba de pie en el ruedo trazado frente el edificio de Capitol, por donde se pasa antes de penetrar en la Avenida Delaware.

Entraron en la casa donde se alojaba el senador Funston sin que nadie contestara a su llamada. La puerta entretuvo a Doc Savage cosa de medio minuto, lo cual era mucho para él. Entraron y miraron el cadáver del senador.

Apenas cayeron sus ojos sobre él cuando se oyó un ruido extraño, fantástico, de imposible descripción.

Subía y bajaba la escala musical sin formar una tonada definida. Era un sonido que habría podido ser el resultado del viento al soplar en un bosque.

Este sonido fantástico lo emitía sin esfuerzo consciente el gigante de bronce que acababa de entrar con sus compañeros.

El desarrollo físico de aquel hombre de bronce era extraordinario, no sólo porque era un gigante de músculos hercúleos, sino porque su desarrollo era tan simétrico que su estatura resaltaba únicamente cuando se hallaba al lado de otros

hombres con quienes se podía comparar.

Su piel era fina y bronceada como si la hubiese tocado el sol de los trópicos.

Tenía las facciones regulares, aunque no extraordinariamente finas y en conjunto resultaba singularmente guapo.

Los ojos del hombre de bronce eran lo que más llamaba la atención. Eran dorados y sus pupilas brillaban singularmente. Parecían dotados de un poder especial para realizar cosas sobrenaturales.

Eran muchas las cualidades inusitadas del gigante de bronce Doc Savage.

Monk, el químico, dijo:

—Bien, ahora se me presenta la oportunidad de ensayar mi nuevo aparato para recoger huellas dactilares.

Lo traía sobre su persona; era una cajita que contenía un aparato que tenía el aspecto de un vaporizador.

Monk oprimió la goma y desparramó un producto casi invisible sobre el teléfono, los respaldos de las sillas de madera, la mesa y todos los sitios donde era probable que una mano hubiese tocado.

Allí donde el vapor caía, unas huellas surgían inmediatamente, tan claras como si las hubiesen estampado adrede y con el mayor cuidado.

Monk miró a Doc Savage.

—¡Caramba, tenías razón al decir que no hacía bien la mezcla, Doc! ¡Tu idea ha dado un resultado estupendo!

Estudiaron las huellas y Doc Savage lo hizo con ayuda de un pequeño lente de aumento.

—El senador Funston no debió tener visitas en este piso —dijo finalmente el hombre de bronce—. No hay aquí otras huellas que las suyas.

De pronto, el hombre de bronce recogió la toalla y la botella de alcohol de friegas con los cuales Orquídea Jones borró sus huellas.

—Había alguien aquí cuando el senador me telefoneó —dijo Doc —. Habló con otra persona, diciéndole textualmente: "Cállese, Orquídea". Ham, ve en busca del procurador de estos pisos y pregúntale respecto a Orquídea.

El elegante abogado no tardó en regresar.

—Orquídea era Orquídea Jones, la cocinera —dijo.

Doc Savage tenía los ojos fijos en la toalla.

—¿Una negra?

—¡Tan negra como la conciencia de Monk! —admitió Ham.

Doc lanzó una mirada a Monk y el químico se apresuró a declarar:

—Ham miente como siempre. Mi conciencia es tan pura y blanca como... como...

Doc le interrumpió: —¿Llevas tu laboratorio portátil?

—Traigo algunos de los productos más importantes —dijo Monk—; siempre los llevo conmigo. Con ellos se puede realizar un sinfín de pruebas, experimentos y combinaciones y...

—Déjamelos un momento.

Monk se los entregó.

Doc hizo algunas pruebas químicas sencillas en las manchas obscuras de la toalla.

Estas eran muy flojas y no hacían más que ensombrecer el lienzo.

—Bien —dijo—. Ahora nos iremos.

—¿Y el asesino? —preguntó Ham—. ¡No hay huellas y no podemos pasar este crimen por alto!

—Al contrario —corrigió Doc—. Hay una pista muy definida y nos llevará directamente hasta Orquídea Jones.

*****

Orquídea Jones no estaba asustado. Reclinado en su silla, fumaba un cigarro con sumo deleite. Le gustaban con delirio los cigarros, y al representar el papel de Orquídea, no le fue posible fumarlos.

Tiró con ademán rabioso el trapo con el cual había intentado sacarse la pintura de la cara y de las manos. El trapo olía a alcohol.

—¡Es imposible! —se quejó—. Creía que el alcohol lo quitaría, pero no hace más que sacar parte de la pintura.

El general Ino le miró con vago interés.

—¿Qué es lo que te hace creer que el alcohol lo conseguiría?

—Parte de la pintura saltó cuando borré mis huellas en el piso del senador —explicó Orquídea.

—Comprendo, y ¿dónde está la toalla?

—La dejé allí. No estaba bastante manchada para llamar la atención.

—Bien.

El general Ino se levantó y entró en una habitación contigua. Al regresar, tenía en las manos un paquetito y una hoja de papel. —Óyeme— dijo —. Te dije que lo único que sacará este tinta es una combinación de tres productos químicos que no son muy corrientes. Puedes comprarlos en cualquier droguería importante. Sin duda la habrá en Washington.

Y le alargó la hoja de papel.

—Aquí están apuntados los nombres de los productos —dijo.

Orquídea Jones los miró, frunció las cejas, mientras sus labios intentaban en vano pronunciar los términos técnicos, y dijo finalmente:

—Se mezclan por partes iguales, añadiendo agua en suficiencia para formar una pasta, ¿verdad?

—Eso mismo —contestó el general Ino e inclinándose adelante añadió—: Aquí hay algo respecto a lo cual quiero hablarte.

Orquídea se guardó el papel con la lista de los productos y dijo: —Vamos a ver.

El general Ino desenvolvió el paquete.

—¿Ves esto?

Sostenía en la mano un jarrito que contenía una especie de ungüento. No había etiqueta con el jarrito.

—¿Qué es? —preguntó Orquídea.

—Pones una cantidad de esto debajo de las uñas —dijo el general Ino, sin contestarle directamente—. Cuando te atrapen, si lo consiguen, haces algo que parezca muy natural. Te morderás las uñas...

Orquídea se humedeció los labios y la idea no pareció agradarle.

—Conque me muerdo las uñas ¿verdad?

—Este producto que llevarás debajo de las uñas te dejará sin sentido durante una semana aproximadamente —explicó el general Ino—. No podrán interrogarte, y mientras, nosotros arreglaremos el asunto.

—Comprendo —dijo Orquídea con alguna inquietud.

El general Ino se levantó.

—Todo va bien —dijo con el pesado acento de los escandinavos —. En tal caso me voy a casa.

Y así lo hizo.

Orquídea Jones durmió durante el resto de la noche. Hacía años

que trabajaba para el general Ino y sabía que éste era un sujeto listo y astuto como nadie; por lo menos, entre los criminales no había nadie que pudiera comparársele en astucia.

A las nueve, Orquídea Jones entró en la droguería más importante de la ciudad en busca de los productos apuntados en la lista.

Le hicieron esperar unos diez minutos mientras los preparaban, pues le explicaron que esos productos eran poco usuales y era preciso ir a buscarlos al depósito. Recogió el encargo, lo pagó, salió del establecimiento y dos hombres se le acercaron, cogiéndolo por los codos.

Orquídea miró a los hombres y poco le faltó para que sufriera un colapso.

Uno de ellos era bajo y ancho de hombros y el otro iba elegantemente vestido. Orquídea se dio cuenta que eran dos de los ayudantes de Doc Savage: Monk y Ham.

Quiso sacar su revólver, pero le propinaron un porrazo en la cabeza y, aprovechando su aturdimiento, lo desarmaron.

Enseguida, le hicieron subir a un coche cuyas ventanillas estaban cubiertas con cortinas.

—Fácil de dominar —dijo Monk—. Orquídea Jones ha cambiado de sexo, pero sin que se conozca la diferencia.

Orquídea tragó saliva repetidas veces e intentó serenarse. No se había asustado tanto desde el día en que, siendo todavía niño, le sorprendieron robando un revólver.

—¿Có… cómo me habéis encontrado? —preguntó con indiferencia.

—Doc analizó las manchas de la toalla que dejaste y se enteró que la tintura que llevas se saca con cierta mezcla de productos —le informó Monk—. Lo único que hemos hecho ha sido visitar las droguerías de la ciudad para saber si alguien había comprado esta combinación de productos. Nadie lo había hecho y hemos esperado hasta ahora. Todas las droguerías estaban de acuerdo para avisarnos. Cuando nos han telefoneado que te habías presentado, hemos llegado corriendo.

Orquídea Jones guardó silencio y se miró las manos. El producto que llevaba debajo de las uñas parecía tan inofensivo como una leve suciedad.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —preguntó.

—Nada —contestó Monk— … sino hacerte algunas preguntas. Quiero decir que tal vez no te haremos nada si contestas a las preguntas.

Orquídea Jones miró furtivamente a sus apresadores, dándose cuenta que hablaban en serio y que estaba en un aprieto.

Volvió a mirarse las uñas y empezó a roérselas. Casi instantáneamente, empezó a temblar y una extraña espuma blanca le asomó a los labios.

El temblor se acentuó, los ojos parecieron salírsele de las órbitas y emitió algunos sonidos inarticulados.

Una mirada de horror le asomó a los ojos, pues Orquídea Jones se daba cuenta de lo que le ocurriría.

—¡Arg —aw— r —gr!— dijo sin que se entendiera más claro.

—¡Qué demonios…! —exclamó Monk.

Orquídea Jones continuó emitiendo sonidos con la esperanza de que serían palabras y, entre ellos, únicamente un nombre resultó comprensible.

Carson Alejandro Olman. Era el nombre.

Orquídea Jones dejó de temblar y de lanzar espuma al cabo de un momento.

Monk le examinó y al enderezarse, el químico parecía tan sorprendido como disgustado.

—¡Orquídea Jones está muerto, bien muerto! —dijo Monk.

CAPÍTULO V

MAESTRO CONSPIRADOR

DOC Savage necesitó menos de dos minutos para descubrir la causa de la muerte de Orquídea Jones… el veneno que llevaba debajo de las uñas.

—No hay esperanzas de hacerle revivir —dijo el hombre de bronce.

Monk murmuró: —No creo que ese sujeto supiera que tomaba veneno.

—Estoy convencido de que no —corroboró Ham—. Murmuró no sé cuántas cosas antes de morir.

—¿Dijo algo comprensible?

Ham le repitió el nombre de Carson Alejandro Olman.

—Pues bien, es de creer… —empezó a decir Doc.

—¡Que me superamalgamen! —intercaló otra voz.

Su dueño era muy alto y tan delgado que hacía daño mirarle. Tenía una frente enorme, el rostro ascético de un pensador y sus ropas colgaban de su persona como de una percha.

De la solapa de su chaqueta pendía una cinta a cuyo extremo estaba unido un monóculo de gruesa lente.

—¡Que me superamalgamen! —dijo el personaje—. Mi conocimiento congenera una consimilitud de nomenclatura.

El que profería tan altisonantes palabras no era otro que William Harper Littlejohn, conocido por el apodo de Johnny, arqueólogo y geólogo de fama mundial, que no usaba nunca una palabra corta cuando otra más larga le servía para el caso, aun cuando faltara a las reglas de la gramática.

Johnny era ayudante de Doc.

Monk pareció levemente aturdido y dijo:

—¿Alguien tendrá la bondad de traducirme esto?

—Johnny quiere decir… —explicó Doc—, que el único Carson Alejandro Olman que él conoce, es un arqueólogo muy conocido…

—Un supereminente…

—¡Brr! —exclamó Monk—. Esas palabras tuyas no me sientan bien antes de desayunarme… Por favor, busca otras más cortas…

—Carson Alejandro Olman es hombre conocido en su campo de acción —dijo Johnny a regañadientes. El pálido y esmirriado Long Tom, mago de la electricidad, que se hallaba detrás de sus compañeros y hablaba poco, se acercó y dijo:

—Lo que me gustaría saber es por qué ocurre todo eso —rezongó—. ¿Acaso no podemos intentar resucitar a alguien que podrá hacer bastante bien a este desgraciado mundo que tanto lo necesita, sin que haya complicaciones?

Monk resopló: —¡Te consumirías sino hubiese algo de excitación en tu vida!

Ham contempló la delgadez y la palidez de Long Tom con aire de duda.

—Me gustaría saber cómo podría consumirse más todavía.

Long Tom hizo un ademán de desprecio:

—¡Vamos a buscar a ese Carson Alejandro Olman!

—Sí —declaró Doc Savage—. Vamos a pedir conferencia telefónica con él, ahora mismo. Luego, si no obtenemos satisfacción, haremos que Renny, el único miembro de nuestro grupo que sigue en Nueva York, cuide el asunto.

Doc Savage se acercó al teléfono y pidió conferencia con la casa del arqueólogo Carson Alejandro Olman, de la ciudad de Nueva York.

En la casa de Carson Alejandro Olman, el teléfono llamó regularmente a intervalos sin que nadie contestara, aunque había en el edificio quien hubiera podido hacerlo.

El hombre que estaba inclinado sobre el archivo de Olman, en el cual el arqueólogo guardaba su correspondencia personal.

El cuarto estaba hundido en una semioscuridad y el hombre llevaba un impermeable con el cuello levantado, así como un sombrero de ala caída.

Unos grandes lentes de montura de concha acababan de disimular sus facciones.

Carson Alejandro Olman había heredado un fortunón de su padre, viejo industrial —pirata. Siempre fue un hombre de métodos sistemáticos.

Esta particularidad suya había hecho de él una figura destacada en su campo de acción y poseía uno de los mayores museos particulares que existen.

También en su vida privada se mostraba sistemático y, por ejemplo, su correspondencia íntegra de años atrás estaba cuidadosamente archivada en los armarios situados al lado de su mesa de escribir.

El intruso estaba ojeando dicha correspondencia. Concentraba la atención en las carpetas marcadas "extranjero" y de cuando en cuando sacaba un papel que se metía en un bolsillo interior de la chaqueta.

Afuera llovía fuertemente. El agua bañaba las aceras y caía a chorros de los techos y corría furiosamente por los arroyos.

Dentro de la casa, el teléfono seguía haciendo oír su llamada insistente.

Carson Alejandro Olman no contestaba, puesto que su cadáver yacía en el suelo, al lado de la mesa. Su cabeza se cocía lentamente contra un radiador. Había dejado un rastro rojo por la alfombra y el sable que la separó del cuerpo se hallaba al lado de éste. Era un enorme sable inglés del siglo XVI, de los que se sostienen con ambas manos.

El intruso pareció concluir su tarea. Volvió a hojear el archivo una vez más, rápidamente, para asegurarse que no cometía error alguno, y a continuación se acercó a la puerta, se levantó algo más el cuello y salió.

Se mojó las piernas de los pantalones hasta las rodillas antes de alcanzar el sedán que estaba parado a corta distancia y subir al asiento de atrás en el cual estaba instalado el general Ino.

El coche se alejó, produciendo el mismo ruido que un perro que nada deprisa.

—¿Pues bien, amigo mío? —preguntó el general Ino, imitando el acento de neoyorquino de la parte Este de la ciudad.

El intruso se bajó el cuello del abrigo y dejó al descubierto el rostro, palidísimo, del abogado Proudman Shaster.

—Lo tengo todo —se estremeció—. ¡Ha sido horrible! Su

cabeza... contra el radiador... y no podía moverla... el olor...

Temblaba como si estuviese fuera, bajo la fría lluvia.

—¿Por qué no intentas serenarte? —sugirió el general Ino.

Proudman Shaster tembló con más fuerza y murmuró:

—¡Buen criminal soy al asustarme tanto, pero no puedo evitarlo!

—¡Son los criminales que no se asustan los que se dejan atrapar! —le aseguró Ino—. Vamos a ver lo que traes.

Proudman Shaster le entregó los papeles.

Después de leerlos, el general Ino pareció satisfecho.

—¿Nada más? —dijo.

—No y de eso estoy seguro. No queda rastro alguno del asunto en los archivos de la correspondencia de Carson Alejandro Olman.

—¿Nadie, registrando el despacho del muerto, se enterará que un caballero llamado *sir* Rodney Dillsworth ha vendido determinado artículo a Olman? —musitó el general.

—Exactamente.

—Muy bien —murmuró el general Ino—. Dentro de una hora te hallarás con otros caballeros sobre el “charco”.

El “charco” resultó ser el Océano Atlántico y los otros caballeros nada menos que un grupo de seis muchachos, la flor y nata de los bandidos con que el general Ino contaba en su organización.

Proudman Shaster, a quien podemos llamar un caballero, aunque hiciera caer una cabeza de un sablazo aquella noche, había estado algo preocupado respecto de la clase social de los seis individuos que debían ayudarle y a los que no había visto nunca antes de entonces.

Comprendió inmediatamente cuando se presentaron —y eso ocurrió a los dos días de navegación— que los hombres aquellos eran, hablando metafóricamente, lobos disfrazados de corderos. Caballeros, eso sí; exteriormente...

El transatlántico atracó en Southampton un martes.

El viernes, hubo un crimen en la grave isla británica. El mayordomo de *sir* Rodney Dillsworth pasaba delante de la puerta de la biblioteca de su amo cuando se fijó en el gato que estaba lamiendo algo rojo que fluía por debajo de la puerta.

Sir Rodney estaba en su biblioteca con la cabeza separada del tronco.

Una vieja hacha de combate había sido el instrumento del

crimen.

Sir Rodney era arqueólogo y gran parte de su mansión era un verdadero museo que contenía numerosas reliquias entre las que se contaba el hacha.

Se llamó a la policía de Scotland Yard y el suceso causó sensación.

Proudman Shaster estaba tranquilamente aposentado en un hotel de Londres y participó a sus asociados lo que sigue:

—No es la primera faena que realizamos en Inglaterra, de manera que no os preocupéis. El general Ino ha preparado el asunto y trabajamos siguiendo su plan. Todo irá bien.

Sus compañeros parecían cohibidos e inquietos. Mientras, Proudman Shaster hojeaba un montón de papeles.

Eran recibos, facturas: los papeles que un hombre tendría en su poder si hubiese comprado algo en un país extranjero y se lo hubiese hecho mandar a su casa, vendiéndolo luego a un hombre llamado Carson Alejandro Olman, en la ciudad de Nueva York, Estados Unidos.

—*Sir* Rodney había enviado ya la maldita cosa a Olman —rezongó Proudman Shaster—. Tendremos que tomar el mismo vapor y recogerlo. El único consuelo que tenemos es que no hay nada para probar que *sir* Rodney la tuvo alguna vez en su poder o a quien la vendió.

—Quizá no era necesario matar a eso dos hombres para cubrir nuestras huellas —sugirió un miembro de la banda.

—El general Ino no corre nunca riesgos innecesarios —declaró Shaster—. Lo que tenemos que hacer ahora es agarrar aquello antes de que sea entregado en Nueva York.

—¿Estás seguro que no hay error?

—Segurísimo.

Proudman Shaster golpeó levemente los papeles.

—El nombre está aquí. Pey-deh-eh-ghan.

—¿Pey-deh-eh-ghan?

—Este es el nombre.

El hombre se estremeció.

—¿Dentro de qué estará?

—Una caja de flejes de hierro —dijo Proudman Shaster.

Aquella caja de flejes de hierro tendría unos cuatro pies de alto,

igual de ancho y doble de largo. Salió de Inglaterra en el vapor *Boisterous* y por el camino desapareció.

Pero nadie se fijó en aquella desaparición. El nombre desapareció de las listas del flete tan completamente como la caja de la cala.

No quedó nada escrito en los papeles para probar que había estado a bordo.

Algo ocurrió que suscitó un gran revuelo. Encontraron muerto el tercer oficial del buque que tenía a su cuidado el cargamento. Era un sujeto brutal que tenía muchos enemigos, y su muerte no sorprendió a nadie.

Lo que asombró fue la naturaleza de su muerte. El tercer oficial fue hallado con la cabeza cortada por un hacha para casos de incendio.

Proudman Shaster declaró al general Ino:

—¡Es horrible! Creo que voy a sufrir un colapso nervioso.

—¿Quién sabe? —murmuró el general, expresándose en español—. No pueden hablar con la cabeza cortada. El oficial te descubrió cuando estabas moviendo de sitio a Pey-deh-eh-ghan, ¿verdad?

Proudman Shaster se retorció las manos:

—¡Querría poder dominarme! ¡Cuándo me hallo acorralado lo único que se me ocurre es cortarles la cabeza!

Se hallaban en un pequeño almacén del estado de Jersey. El general Ino dio unos pasos y contempló la gran caja con flejes de hierro que su camión acababa de descargar.

Mejor dicho, el camión era de alquiler; pero el conductor pertenecía a la banda.

—¿Cómo habéis podido sacarla del buque? —preguntó.

—La bajamos al interior de la lancha —explicó Proudman Shaster—. Teníamos un hombre en el puente, hablando con el vigía para distraer su atención mientras descolgaban la caja por la borda.

—¿No la dejasteis caer al agua? —preguntó ansiosamente el general.

—¡Oh, no! ¡Hemos ido con cuidado!

—Y seguiremos teniendo cuidado —dijo Ino, mirando la caja que contenía a Pey-deh-eh-ghan con una mirada de codicia—. Vamos a aprovechar uno de los mayores acontecimientos registrados en la historia del mundo… la resurrección de un hombre

realizada por Doc Savage.

CAPÍTULO VI

SABIDURÍA

SIN preocuparse de sí era o no uno de los mayores acontecimientos de la Historia, los Estado Unidos en peso se iban entusiasmando por el asunto.

Casi no quedaban escépticos al acercarse el día del anuncio final y ello era, sin duda, debido en gran parte a la astuta campaña de publicidad que Doc Savage y sus ayudantes llevaron a cabo.

Tal como lo explicó el hombre de bronce, para que la persona que iban a resucitar hiciera un verdadero bien al mundo, éste debía creer en su autenticidad y, en consecuencia, creer que Doc Savage era capaz de traer nuevamente un hombre a la vida.

Si el elegido resultaba ser Jorge Washington, todos debían creer que se trataba en realidad de Washington. Nadie iba a aceptar órdenes de un sujeto a quien considerarían como un impostor.

En tal caso, era más que probable que lo primero que harían sería encerrarle en la cárcel.

La víspera del anuncio, los periódicos publicaron en grandes letras:

¡DOC SAVAGE HABLARÁ POR RADIO A LAS SIETE!

A las siete pararon el tránsito con el fin de que la gente pudiera escuchar las radios de las droguerías instaladas en las esquinas de las calles.

En la actualidad, todo el mundo conocía la voz notable de Doc Savage.

Este dijo:

—Muchos sufrirán una decepción, y más todavía quedarán sorprendidos por el nombre elegido por el Comité. He ahí algunas de las razones por las cuales varios nombres han quedado

descartados.

“Napoleón Bonaparte, sugerido por muchos, no ha sido elegido por haber sido ante todo un guerrero y este pobre mundo tiene bastantes de ellos en la actualidad. William Shakespeare se encuentra en idénticas condiciones, pues se necesita algo más que un escritor y un dramaturgo para hacer bien duradero a este mundo. Jorge Washington, Abraham Lincoln y Tomás Alva Edison han sido largamente discutidos. De esos tres, la competencia quedó reducida a Edison, el gran inventor, cuyo valor no será tal vez apreciado en toda su extensión antes de que transcurra otro siglo aun.

Hubo una pausa larga.

—Edison es un gran inventor. Él representa el progreso material, la introducción de nueva maquinaria.

Nueva pausa.

—Pero es dudoso que un mayor progreso científico ayude al mundo —prosiguió Doc Savage—. Lo que necesitamos es un gran pensador, no un hombre con un cerebro de matemático como Einstein, sino uno que tenga la sabiduría de saber dilucidar la manera adecuada y justa de hacer las cosas.

Las pausas se repetían con la frecuencia necesaria para que el público absorbiera el sentido de las palabras.

—Los jueces remontaron la Historia en busca de un hombre que reuniera estas condiciones —dijo Doc Savage—. El nombre por el cual se decidieron finalmente fue el de un antiguo rey cuyos restos mortales han sido descubiertos recientemente e identificados. Ese hombre será el que resucitará.

Nueva pausa.

—¡El mundo no necesita invenciones! ¡Lo que necesita es sabiduría!

Pausa final.

—¡Salomón es el hombre que resucitará! —dijo Doc Savage, terminando así su parlamento.

Durante la hora que siguió, la nación entera se entregó a los comentarios y a expresar su asombro.

¡Salomón! Casi nadie sabía dónde se hallaba el cuerpo de Salomón.

Y aunque lo tuviesen, era preciso que estuviera intacto, lo cual

era muy aventurado suponer después de tantos siglos.

Sin embargo, las ediciones extraordinarias de la tarde sacaron a muchos de dudas.

¡Parecía desprenderse que la momia de Salomón había sido descubierta muy pocas semanas antes!

El descubrimiento era debido a un eminente grupo de arqueólogos, entre los cuales se encontraba el ayudante de Doc, William Harper Littlejohn.

No se había hecho publicidad sobre el asunto y nadie había sido invitado a llevarlo a la pantalla. Los caballeros que hallaron la momia de Salomón no necesitaban dinero ni publicidad; he ahí el silencio que se guardó sobre el descubrimiento.

Poseían, pues, la momia de Salomón; de ello no cabía la menor duda. Los arqueólogos la habían identificado positivamente y eran demasiado eminentes para que se pudiera dudar de su palabra.

Salomón se hallaba a la sazón en el museo de William Harper Littlejohn.

El general Ino leyó esto y sonrió para sus adentros.

—Ahora estamos dispuestos a obrar nuevamente —dijo—. La momia de Salomón debe ser sustraída del laboratorio de Doc Savage mañana a las diez.

—Eres maravilloso —le dijo Proudman Shaster—. Verdaderamente maravilloso, pero se me ocurre que has esperado demasiado. Hace días que, gracias a tus espías, sabemos dónde está la momia de Salomón. ¿Por qué no te apoderaste de ella antes?

—¡El que come su pescado deprisa se atraganta con una espina! —murmuró el general Ino, remedando un proverbio chino.

—Sí —contestó Proudman Shaster—. Y es un hecho que la clase de peces que juegan con el anzuelo y lo tragan lentamente acostumbran a quedar enganchados por el estómago.

—Es cierto —asintió Ino—. Es una de las cosas que más me gustan en ti, Proudman, amigo mío. Siempre piensas en lo peor que puede ocurrir. Es una cualidad excelente.

Shaster suspiró nerviosamente.

—¿De forma que seguimos adelante? —preguntó.

*****

El museo particular de William Harper Littlejohn era muy poco conocido hasta la fecha, pero al día siguiente, antes del alba, había

por lo menos diez mil personas en la acera de enfrente.

La policía dio un vistazo y decidió que el carro fúnebre que debía venir a recoger los restos de Salomón necesitaría una escolta de policías.

Una escuadrón de motociclistas recibió la orden de esperar el coche fúnebre.

A las ocho, éste se acercó y se detuvo delante del escuadrón que ya estaba esperando.

—Vamos a recogerlo —dijo el chofer.

—Me pregunto si Salomón va a echar de menos su millar de esposas —gritó un policía.

—Yo en su lugar sí que lo sentiría —dijo riendo el conductor del coche fúnebre.

El escuadrón de motociclistas se colocó en línea de formación y escoltó el coche, abriéndose paso la muchedumbre hacia el edificio en el cual estaba instalado el museo de Johnny.

El edificio hacía juego con William Harper Littlejohn, es decir, que era más alto y estrecho de lo que parecía posible que una casa lo fuera sin derrumbarse.

El museo se hallaba en la mitad del estrecho edificio y el conductor del coche fúnebre y su ayudante —ambos hombres de aspecto agradable— se tambaleaban bajo el peso de un cesto de mimbre que contenía la momia.

Los ascensores eran estrechos y el cesto cabía con dificultad en el interior.

Al subir, media docena más de hombres de aspecto agradable entraron también en el ascensor. Todos se apearon en el piso del museo y se acercaron a una puerta.

Johnny, alto y delgado, abrió la puerta unas pulgadas al oír su llamada.

—Venimos a buscar a Salomón —dijo uno de los hombres.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó Johnny.

Inició el ademán de llevarse el monóculo al ojo, aunque no lo había necesitado hacía años y en la actualidad era una lente de aumento.

—¡No sois los hombres que habían de venir! —exclamó sin acordarse de buscar palabras complicadas—. ¡Eran Monk y Ham los que esperaba! ¡Vosotros sois unos impostores!

—¡Este no es impostor! —dijo uno de ellos, encañonando a Johnny con el revólver grande de seis tiros que había visto recientemente.

—¡Abre la puerta, palo de telégrafos!

Johnny intentó cerrarle la puerta en las narices, pero el pistolero se abalanzó.

La puerta se abrió con violencia y los hombres penetraron como un torbellino humano.

Había otro hombre en el cuarto, un sujeto fornido que se distinguía por su cara alargada y sus puños enormes. Blandiendo éstos, cayó sobre los hombres como si el revólver del jefe no tuviera significado alguno para él.

Era Renny, es decir, el coronel John Renwick. Sus brazos eran enormes y proporcionados al resto de su corpachón que pesaba alrededor de doscientas cincuenta libras.

Su rostro, de expresión puritana, engañaba a la gente, haciéndole creer que su inteligencia andaba escasa, con lo cual se equivocaban de medio a medio, pues Renny era conocido por sus obras de ingeniería.

—¡Ese es Renwick! —exclamó el individuo del revólver—. ¡Vigiladle! ¡Dicen que es duro de pelar!

Renny era duro, en efecto, y no tardaron en convencerse de ello.

Se movía con la rapidez del rayo y sus formidables puños silbaban en el aire, descargando golpes en los cráneos de los bandidos con un ruido que despertaba sordos ecos en la habitación.

Un directo alcanzó a un hombre debajo de la barbilla. El sujeto subió como una pluma en el aire, retorciéndose como un pez fuera del agua.

Al caer, pareció disolverse en el suelo.

Apenas había tocado tierra, el otro puño monstruoso de Renny hizo una nueva víctima que se desplomó en la misma posición.

—¡Le voy a meter plomo en el cuerpo! —chilló el jefe de la banda.

Apuntó al corazón de Renny, apretó el gatillo y el arma escupió fuego.

Renny dijo: ¡Uf! En voz muy alta, agarró al bandido por la garganta y lo levantó en vilo. Fue una formidable demostración de fuerza y Renny pareció a punto de retorcerle el cuello.

Johnny daba vueltas por la estancia, haciendo molinetes con una silla.

Alcanzó a uno de los atacantes y le cambió la forma del hombro.

El hombre gritó, cayó al suelo, gritó más fuerte y se volvió a levantar.

Empezó a dar extraños saltos como si a impulsos del dolor no supiera qué hacer.

Johnny le contemplaba como si le divirtieran muchísimo sus cabriolas.

Recibió un golpe en la cabeza, asestado con un teléfono y cayó como una masa inerte.

El hombre que había arrancado el teléfono, tirándoselo, corrió al aparato, lo recogió y apuntó a Renny. Este vio el ademán, se apartó y esquivó el golpe, pero no logró hacerlo nuevamente.

El teléfono resonó fuertemente en el cráneo de Renny, éste se tambaleó y tres hombres se le echaron encima. Ayudándose con los pies, los puños y finalmente con una silla, derribaron a Renny.

Blasfemando y sin aliento, los bandidos ataron a Johnny y a Renny, cansadísimos de luchar.

—Tenéis suerte de haber contado con un jugador de *baseball* como yo —exclamó el hombre que había tirado el teléfono.

El que había disparado abrió la chaqueta de Renny y miró.

—¡Una cota de malla! —rezongó—. ¡Debí apuntarte al ojo, puños fuertes!

Se oyó una fuerte llamada a la puerta.

Los bandidos ocultaron sus dos prisioneros y el jefe abrió la puerta.

Era uno de los encargados de los ascensores.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¡Se ha hecho bastante ruido aquí para echar la casa abajo!

Sin cejar, el otro contestó:

—William Harper Littlejohn y su amigo estaban echando fuera a unos reporteros y fotógrafos que les molestaban. ¡Querían obtener una “foto” de Salomón antes de la resurrección!

—¿Dónde están los periodistas?

—Habrán bajado por la escalera, sin duda, si no los ha visto.

El mozo añadió: —Creo haber oído un tiro.

—Ha sido la ampolla del magnesio al romperse —gruñó el otro

—. Dígales que aquí no pasa nada.

—Sí, señor —dijo el mozo, alejándose.

El jefe se metió nuevamente en el cuarto y dijo a sus hombres:

—¡Acabemos ya de una vez!

Entraron la cesta de mimbre, la abrieron y sacaron cuidadosamente un bulto largo como un hombre, envuelto en una sábana. Llevaron a cabo la operación con sumo cuidado.

—¿Dónde está Salomón? —preguntaron.

—¡Rayos y truenos!— —rezongó Renny—. ¿Qué significa esto?

Se oyó una nueva llamada en la puerta.

El jefe se le acercó, manteniendo una mano sobre la pistola, en el bolsillo y lanzó una mirada fuera.

—¡Maldición! —dijo—. ¡A buena hora has venido!

El abogado Proudman Shaster sonrió animosamente.

—Esperaba abajo para ver cómo salíais —dijo francamente—. Si no os hubieseis apoderado del fuerte, no habría subido. No era preciso que todos corriéramos el riesgo de dejarnos atrapar.

—¡Eso no está mal! —dijo el otro con tono desabrido.

—Es privilegio mío por ser uno de vuestros jefes —declaró Proudman Shaster—. Veo que todo va bien; es maravilloso, verdaderamente maravilloso, ¡todo va bien!

Sacó del bolsillo un pañuelo de seda roja, se lo ató sobre la cara y entró en el cuarto, fingiendo una leve cólera.

—Intentamos hacerles decir cuál es Salomón —dijo el pistolero —. Hay una serie de momias aquí…

—¡Salomón! Desde luego… —murmuró Proudman Shaster.

Shaster miró en torno suyo y se fijó en una panoplia colgada de la pared y que consistía de dos espadas cruzadas, un hacha y un escudo.

Se le acercó, agarrando el hacha y, blandiéndola, se colocó a un paso de Renny.

—¡Bien! —dijo—. ¿Cuál es Salomón?

Un cambio notable se había operado en Proudman Shaster. Tenía los ojos demasiado brillantes y la respiración entrecortada. Sus ojos miraban fijamente y como hambrientos, el cuello de Renny.

De pronto, sin otra palabra, levantó el hacha. Era un arma pesada que, sin duda, habría hecho caer más de una cabeza en sus

días. Por lo menos, para eso se construyó.

No era preciso ser psicólogo para comprender que, debido a algún horrible capricho de la Naturaleza, Proudman Shaster se transformaba en un loco maniático cuando se hallaba en una situación apurada con un sable o un hacha en la mano. Sentía entonces el impulso irresistible de cortar cabezas.

Estaba a punto de cortar una ahora, sin más ni más.

—¡Espere! —gritó Renny—. ¡Ese es Salomón!

Y alargó el dedo.

Renny poseía el sentido de los valores. No iba a mentir y perder la cabeza únicamente por no querer decir a aquel loco de la máscara roja cuál de las momias era Salomón.

Pero eso no iba a devolverle la vida. Proudman Shaster contrajo los músculos y el hacha se abatió sobre el cuello de Renny.

Este estaba atado de tal manera que no podía moverse y cerró los ojos.

Se oyó un silbido atroz.

—¡Maldito seas! —gritó Proudman Shaster—. ¿Por qué has hecho eso?

El jefe de la banda rezongó con voz insegura:

—Ese sujeto te ha dicho lo que querías saber, ¿verdad?

Renny abrió los ojos y vio el hacha clavada en el suelo a su lado. Se dio cuenta que el pistolero había dado un salto, haciendo desviar el golpe en el último momento. Ambos hombres se miraban airados y una lucha parecía inminente.

Finalmente, Proudman Shaster se encogió de hombros. Una vez soltada el hacha, la locura se disipó.

—Bien —dijo secamente—. ¡Llevad los dos pistoleros al otro cuarto! Todos vosotros con ellos, a vigilarlos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó el pistolero.

—Voy a cambiar las momias —dijo Proudman Shaster—. Voy a cambiar la momia que hemos traído por la de Salomón.

Los bandidos con trazas de caballeros se llevaron a Renny y a Johnny al cuarto contiguo, vigilándoles con el revólver en la mano.

Quince minutos transcurrieron. Era un intervalo tan largo que los hombres empezaron a impacientarse.

—¿Qué haces? —llamó uno de ellos.

—Cierra el pico —contestó Proudman Shaster desde la otra

habitación—. Cambio las envolturas de las momias. Quito las de Salomón y se las pongo a nuestra momia.

—¿Por qué?

—Doc Savage debe creer que nuestra momia, la que vamos a dejar aquí, es la momia de Salomón. De este modo, seguirá adelante y la resucitará.

Renny y Johnny cambiaron las miradas de asombro y consternación.

—¡Rayos y truenos! —dijo Renny—. ¡Esos sujetos quieren hacer resucitar a otro personaje!

Renny tenía una voz notable que sonaba como la de un animal corpulento, sumamente rabioso y encerrado en una enorme cueva.

Proudman Shaster entró, arrastrando la cesta de mimbre.

—Tomad esto —dijo—. Salomón está dentro.

—¿Qué haremos con ella? —quiso saber el pistolero.

—La lleváis al río y la dejáis caer con un peso bien atado —dijo Shaster.

—¿Y los *polis*, la escolta de motociclistas?

—Muy fácil. Les decís que sois una falsa expedición para recoger los restos de Salomón. Decidles que os han enviado para que la gente os vea, crea que Salomón está fuera y despeje. Lógicamente es lo que Doc Savage haría. No le gustan las muchedumbres.

Los hombres recogieron la cesta de mimbre y parecieron a punto de salir.

—¡Un minuto! —gritó Proudman Shaster—. Únicamente los dos que llegaron con el coche fúnebre han de salir llevándose a Salomón. El resto se queda aquí.

—¿Para qué?

—Apuntando a Renny y a Johnny hasta que Doc Savage envíe a buscar a Salomón. Renny y Johnny cuidarán de que Doc se lleve a la momia sin sospechar nada. Pegadles un tiro si no lo hacen bien.

—Entendido —asintió el pistolero, a regañadientes.

Proudman Shaster sonrió mientras los dos hombres que llegaron con el coche fúnebre salían con la cesta.

—Todo irá maravillosamente bien —le aseguró Shaster—. Haced vuestra faena y no os preocupéis. Recordad que en último caso os queda todavía un recurso.

Y salió.

CAPÍTULO VII

LA MOMIA CAMBIADA

LA puerta se cerró con ruido metálico detrás de Proudman Shaster y el jefe de los bandidos, acercándose, se aseguró que no se podía abrirla, volviéndose a continuación a sus ayudantes.

—Apartad de aquí a los muchachos heridos —ordenó—. Encerradles en un armario o donde queráis. Si alguno de vosotros lleva narcóticos encima, dadles un poco para calmar sus dolores.

Se dieron prisa, cumpliendo su orden.

El museo particular, en vez de ser el local oscuro que se observa a menudo en semejantes lugares, era modernista y tenía gran número de ventanas.

Las decoraciones eran de un solo color con el fin de que los objetos expuestos resaltaran por contraste.

—Aseguraos que todo esté limpio —ordenó el jefe de la banda. Se acercó a Johnny y a Renny, diciéndoles:

—Voy a desataros después de quitaros las cotas de malla. Si hacéis un solo gesto, tragaréis plomo.

—¿Qué significa esto? —preguntó Renny.

—Eso sólo nos importa a nosotros —contestó el bandido—. Queremos que en vez de Salomón, otro sujeto resucite. Hemos tenido bastantes dificultades para apoderarnos de él y tendremos otras antes de obtener lo que…

—Hay algo que se llama hablar demasiado —le recordó al jefe un miembro de la banda.

—Gracias —dijo el otro, callando de repente.

Les quitaron a Johnny y a Renny sus cotas de malla, que formaban un verdadero traje interior y eran sumamente ligeras. A continuación les desataron y se pusieron en pie.

—Tú vives aquí —le dijo el jefe a Johnny—. ¿Dónde está el cuarto de baño? Tienes unas manchas de sangre en el traje y es preferible lavarlas.

Johnny rezongó: —¡Te lo voy a enseñar, so bandido!

Y le llevó a una puerta.

—Tal vez sea prudente que entre el primero —dijo el jefe.

Fue una idea desgraciada la suya. Abrió la puerta y entró de espaldas, cubriendo a su prisionero con el revólver. No vio las manos bronceadas que le agarraron el cuello.

Los tendones del dorso de aquellas manos semejaban grandes cables redondos. Los dedos se hundieron en la carne del cuello de la víctima como si fueran de acero y el jefe de la banda fue levantado al aire.

Movió convulsivamente los brazos. Una de las manos de bronce le soltó el cuello y se los inmovilizó. El otro puño se desprendió también y le golpeó la barbilla con la rapidez de un rayo.

Renny y Johnny no se movieron. Conocían aquellas manos. ¡Doc Savage!

Pero ninguno de los dos hizo el menor ademán que traicionara su presencia a los demás miembros de la banda que, desde donde estaban, les veían a ellos, pero no lo que le ocurría a su jefe.

Doc arrastró a su víctima fuera de la vista de todos, la dejó en la bañera y se enderezó. Los tendones del cuello del hombre de bronce resaltaron y contrajo los labios fuertemente.

De éstos salió una imitación perfecta de la voz del jefe.

—¡Que dos de vosotros entren aquí un minuto! —invitó Doc.

Uno de los bandidos quedó fuera de combate en la primera pelea con Johnny y Renny.

Doc acababa de liquidar a un segundo. Eran seis en conjunto, sin contar a Shaster y a los dos que llevaban la cesta de mimbre.

Los cuatro que quedaban en el cuarto detrás de Johnny y Renny no sospechaban nada. Dos de ellos entraron en el cuarto de baño y vieron a Doc... en el mismo momento en que éste le agarraba.

—¡Qué demo...! —logró decir uno de ellos.

—Tendremos que cambiar de sitio —dijo Doc Savage, en voz alta—. ¡Es muy pesado!

Tenía apresados a los dos forajidos de tal modo que no podían gritar.

—Tendremos que arrancarlo a patadas —añadió el hombre de bronce.

Las dos víctimas patearon y lucharon locamente. Repetidas veces asestaron puñetazos a Doc Savage sin que, al parecer, éste se diera cuenta.

—Pateadlo otra vez —dijo Doc.

El hombre de bronce imitaba la voz del jefe a quien había vencido.

Los dos hombres que sujetaba lograron darle algunas patadas, pero Doc les dobló la cabeza, dejándolas ambas en posición para chocarlas entre ellas.

—Casi está ya —dijo Doc—. ¡Una vez más! ¡Todos a la vez!

Las dos cabezas chocaron y los hombres dejaron de luchar. Hubo silencio.

Doc había hablado en voz alta, como quién anima a los demás. Eso hizo creer a los dos hombres que seguían en el cuarto que sus compañeros estaban sencillamente entregados a una tarea que requería fuerza.

Doc aprovechó el silencio que debía parecer un intervalo de descanso.

—Necesitamos más brazos —dijo—. Haced entrar a los dos prisioneros para que nos ayuden.

El resto fue sencillísimo. Los dos miembros restantes de la banda entraron sin recelos y Doc, oculto detrás de la puerta, les pegó por turno, propinándoles un golpe recio a cada uno. Cayeron al suelo.

Una vez se hubo cerciorado que todos los prisioneros estaban conscientes, los ojos dorados de Doc Savage descansaron sobre el huesudo Johnny.

—Sería prudente trasladar tu vivienda y tu museo más cerca del cuartel general —dijo—. He necesitado cerca de veinticinco minutos después de oír la alarma, para llegar aquí. Desde luego, hay un embotellamiento tremendo en el tráfico, abajo, pero aun sin esto, la distancia es demasiado grande. Estamos siempre en peligro y debiéramos poder ayudarnos unos a otros con mayor rapidez.

—¡Alarma! —exclamó el vozarrón de Renny—. ¿Qué clase de alarma te ha traído aquí, Doc?

Johnny contestó a esa pregunta:

—Hace algún tiempo que he hecho instalar un sistema de

alarma en este piso. Por ejemplo, hay ciertos sitios, debajo de la alfombra, donde hay sillas y mesas, que cuando se les ejerce presión, hacen sonar un timbre en el piso de Doc. He cuidado de que así fuera en esta ocasión…

Doc Savage añadió:

—Ocurre que la escalera para incendios de la casa de Johnny pasa delante de la ventana del cuarto de baño. ¿Ahora me diréis qué es lo que ha sucedido aquí?

Se lo contaron detalladamente.

Cuando Doc Savage llamó a la policía por teléfono, ésta se mostró poco satisfecha al enterarse que se había dejado engañar por los conductores del falso coche fúnebre. Durante cinco minutos, las cosas ocurrieron deprisa, pero no fue cosa más de cinco minutos, pues al cabo de éstos ya tenían en su poder el coche.

Este estaba corriendo cerca del río cuando dos coches de radio —patrullas le alcanzaron. El conductor y su ayudante sacaron los revólveres, echaron una nueva mirada a los *polis* y cambiaron de idea.

Un sargento telefoneó a Doc Savage para comunicarle la captura.

—Llevadles al piso de William Harper Littlejohn —pidió Doc—. Les interrogaremos junto con algunos amigos suyos que ya están aquí.

—Sí, señor.

El sargento consideró la petición como una orden, pues Doc Savage poseía un cargo entre los altos dignatarios de la policía de Nueva York, cargo que se le había otorgado como recompensa de trabajos realizados con anterioridad.

Doc miró por la ventana y vio que la muchedumbre seguía apiñada en la calle, sin duda porque corría la voz de que el hombre de bronce estaba en la casa.

—Renny, vigila los prisioneros —dijo Doc Savage.

Renny cerró los enormes puños y dijo: —¡Con sumo gusto!

Doc se llevó a Johnny, el arqueólogo, al cuarto donde se hallaba la momia.

—¿Nos han cambiado a la momia? —preguntó Doc.

—Sí —contesto Johnny, tan asombrado, que usaba palabras cortas sin darse cuenta—. ¡No lo entiendo!

Doc dijo: —Vamos a examinar la momia que nos han dejado para resucitar.

La momia se hallaba en una caja sencilla y negra, de confección moderna.

El cadáver habría dado sin duda escalofríos a una persona ordinaria. Era el de un hombre de alguna edad, de mayor estatura que la corriente y de anchos hombros.

Las momias están por regla general envueltas en tiras de lienzo, pero ésta estaba desnuda, excepto por una larga bata blanca parecida a la de los enfermos cuando se les lleva al cuarto de operaciones.

Se abrochaba detrás como las batas de hospital.

Johnny se rascó la cabeza de asombro.

—¡Que me superamalgamen! —dijo—. Esta momia es casi del mismo período que Salomón. Puedo dar la seguridad que no hay un centenar de años de diferencia en sus edades.

Jugueteó con su monóculo, milagrosamente intacto después de la refriega.

—El aspecto físico de Salomón y el de este individuo son casi idénticos —dijo—. El engaño pudo dar buenos resultados.

Suspiró hondamente.

—Espero que no habrán estropeado a Salomón —dijo—. Iban a tirarle al río.

Un policía llamó a la puerta.

—El coche fúnebre está abajo con Salomón —dijo.

—¿Y los prisioneros? —preguntó Doc.

El policía meneó la cabeza.

—Están muertos.

—¿Cómo?

—Ha sido una cosa extraña —murmuró el policía—. Los dos sujetos estaban sentados en el coche patrulla, mordiéndose las uñas. De pronto, ambos sufrieron ataques y murieron.

Aquello le recordó a Doc Savage. Se volvió y entró corriendo en el cuarto donde Renny guardaba los prisioneros y que era un dormitorio.

Renny movió uno de los enormes puños.

—Les he estirado en la cama. Están tranquilos.

Doc corrió a los prisioneros, los examinó y miró a Renny.

—¿Se han chupado las uñas? —preguntó.

—Sí —contesto Renny—. Estaban preocupados. ¿Por qué?

Doc Savage contestó tranquilamente:

—¡Y ahora están muertos!

*****

La historia de los muertos salió en los periódicos. Difícilmente la hubieran podido pasar por alto.

El abogado Proudman Shaster colocó un periódico que llevaba delante del general Ino en el hotel donde éste estaba instalado de momento.

—¿Quién sabe? —murmuró el general Ino—. ¿No has oído hablar nunca de la costumbre oriental que siguen los espías, cometiendo suicidios?

—¡Esos hombres no han cometido suicidio alguno!

—Sencillo detalle técnico —declaró Ino—. Creyeron que el veneno era una droga que les haría inconscientes para evitar los interrogatorios.

—¡Tú les dijiste eso!

—Alguien debió hacerlo —dijo el general Ino con una mueca. De pronto se levantó de un salto y exclamó—: ¡No seas majadero, amigo! Esos hombres habrían dicho cuanto sabían. Doc Savage es tan listo que nadie se burla de él. ¡Que no te quepa duda! Hace años que lucho con toda clase de gente... Es mi oficio. Estoy tratando de vencer a Doc Savage, y créeme, si el éxito me acompaña, me retiraré de los negocios porque será el momento culminante de mi carrera. No me quedará otro campo por conquistar.

—Es cierto que este golpe te permitirá hacerlo —asintió Proudman Shaster.

—Este detalle no deja de ser interesante —admitió el general.

Había una pequeña radio portátil en la estancia y ésta empezó a retransmitir un anuncio al enchufarla el general Ino. El locutor estaba diciendo que Doc Savage y sus ayudantes se hallaban camino del laboratorio del hombre de bronce, con la momia Salomón, la cual había estado a punto de ser robada.

El general Ino escuchó y empezó a reír. Su risa era extraña y sonaba como el cloqueo de una gallina.

—Muy bien —declaró.

—¿Estás satisfecho del cariz que toma el asunto? —le preguntó

Proudman Shaster.

—¡Perfectamente! —exclamó el general Ino—. Se desarrolla tal como lo había proyectado. Como dices muy bien, mi querido Shaster, es maravilloso.

Había tanta gente en torno al rascacielos de Doc Savage, que el coche fúnebre no pudo acercarse.

Trasladaron la momia a un tren subterráneo, lo hicieron parar cerca del edificio de Doc y entraron en éste por un pasadizo subterráneo que Doc usaba para entrar y salir cuando no quería ser visto en la calle.

Colocaron la momia sobre una losa blanca en el laboratorio espacio y alumbrado.

—El público parece creer que esta resurrección es cosa de pocos instantes, únicamente cuestión de dar vueltas a una máquina y… ya está Salomón vivo —dijo Doc, dirigiéndose a Monk—. Harías bien desengañándoles.

—¿Cuánto tiempo necesitarías, Doc? —dijo Monk.

—Horas… tal vez días.

Monk salió para participar la noticia.

El laboratorio de Doc no tenía sin duda rival alguno en el mundo con la excepción de otro del cual el mundo no tenía conocimiento.

Aun los cinco asistentes de Doc ignoraban en dónde estaba situado, excepto que se hallaba en un rincón apartado del Globo, que el hombre de bronce llamaba su "fortaleza solitaria" y que visitaba a intervalos para pasar allí semanas y a veces meses, alejado por completo del mundo, estudiando y llevando a cabo experimentos científicos.

Era en esta "fortaleza solitaria" donde Doc había perfeccionado su idea de resurrección.

Allí era donde había reunido los productos químicos extremadamente raros y escasos, tan escasos que sólo los tenía para hacer revivir a un hombre nada más.

Monk regresó y dijo:

—Se lo he dicho, pero no me creen, desde luego…

Monk, cuya habilidad como químico era asombrosa, comprendía suficientemente lo que Doc hacía para poder ayudarle. Los demás, peritos en otras ramas de la ciencia, no podían sino permanecer alejados y esperar; pero estaban ansiosos de cooperar.

—¿No podemos hacer nada? —preguntó el pálido y esmirriado Long Tom.

Doc Savage reflexionó: —Hay algo siniestro en el aire. ¡Vosotros dos podríais hacer algunas investigaciones!

El mago de la electricidad rezongó: —¡Pero no sabemos sobre qué basarnos!

—Renny —dijo Doc—. ¿Decías que uno de esos individuos, el enmascarado, mostraba un deseo loco de cortarte la cabeza?

—¡Rayos y truenos! —gritó Renny—. ¡Lo he dicho y lo repito!

—Ha habido tres crímenes desde que ha empezado el asunto, tres crímenes en los cuales la víctima ha sido decapitada —le dijo Doc—. Una de ellas fue Carson Alejandro Olman, de Nueva York, la otra *sir* Rodney Dillsworth de Inglaterra y la tercera un oficial a bordo de un buque mercante. Ahonda eso... Busca a ver si puedes conectar esos tres asesinatos entre sí y relacionarlos con nosotros.

Renny, Ham, Johnny y Long Tom fueron inmediatamente a telefonear y a dar principio a su labor de investigación.

Gastaron dinero hablando por conferencia como si éste fuera agua.

Mientras, Doc Savage y Monk llenaron un tanque de cristal de gran tamaño con una mezcla de algunos productos químicos.

El tanque tenía el tamaño y la forma de una bañera y los productos eran de un color rojizo.

—Este es el primer paso que damos para suavizar y revitalizar los tejidos momificados —dijo Doc—. Las corrientes eléctricas que pasan por el baño acelerarán la operación.

Monk miró la momia con ojos críticos.

—Tiene el aspecto de necesitar bastante revitalización. Si no se tratara de ti, Doc, si no fueses tú el que intenta eso, apostaría algún dinero a que no puede hacerse.

—¿Y qué me dices de los órganos vitales que pueden faltar? —dijo Renny desde la biblioteca—. ¿No sacaban las entrañas cuando embalsamaban las momias?

—No con este procedimiento —le dijo Doc—. Obtenían la conservación del cuerpo íntegro, metiéndolo en un baño cuya composición exacta se desconoce ahora.

—Supongo que se trataría de un veneno —dijo Monk.

—Es probable —asintió Doc—. Tendremos que eliminar el

veneno y esto puede ser largo.

Monk se apartó rascándose la cabeza.

—Ha sido cosa fácil hablar de resucitar a alguien —chilló—. Pero de repente empieza a antojárseme que es un trabajito que se las trae…

En la biblioteca, estancia enorme que contenía miles de libros científicos, Renny, Long Tom y Johnny usaban tres teléfonos. En el cuarto de recibo, Ham acaparaba otra línea.

Había ocasiones en las que Doc Savage necesitaba varias comunicaciones en poco tiempo y la instalación que poseía se lo facilitaba.

También a menudo necesitaban informaciones rápidas y sus cinco ayudantes eran verdaderos peritos para obtenérselas.

No sólo hacían el trabajo en persona, sino que contaban con una porción de buenas agencias de detectives que se ponían a la obra en el acto cuando se les solicitaba.

Siendo las agencias de detectives instrumentos para luchar contra los criminales, hacía tiempo que Doc Savage subvencionaba unas cuantas y, en ocasiones, se ocupaba en el adiestramiento de sus empleados.

Ya que el hombre de bronce pagaba parte de los gastos, esas agencias privadas de detectives podían trabajar con precios al alcance de cualquiera que tuviese dificultades personales.

En realidad, las agencias privadas eran las que cuidaban de las numerosas solicitudes que Doc Savage recibía de personas que se hallaban en dificultades de poco importancia.

Todas las pequeñas incidencias que no requerían las facultades especiales del hombre de bronce eran tratadas por las agencias establecidas por éste.

Al cabo de dos horas, el sistema de información de Doc había reunido algunos informes interesantes.

—Hay relación entre las decapitaciones —informó—. El inglés *sir* Rodney, vendió algo al americano Carson Alejandro Olman. El artículo vendido fue embarcado en el vapor cuya víctima decapitada era el oficial de a bordo.

Doc sacó la momia del baño. Ya había perdido parte de su aspecto de momia y el hombre de bronce se dispuso a examinarla con los rayos X.

—¿Cómo habéis obtenido esta información? —preguntó.

—Por las oficinas en Nueva York de la línea que posee el vapor —explicó Renny—. Tenían en su poder el conocimiento de este artículo, pero el género no llegó aquí. Desapareció por el camino.

Monk dijo:

—Debió ser robado y todos los que estaban enterados de su existencia fueron asesinados.

—¿Nada hay que indique de qué artículo se trataba?

—No —contestó Renny—. Excepto que estaba designado en los papeles de la Compañía naviera como Pey-deh-eh-ghan.

Doc estuvo callado un momento. Sus ojos dorados brillaron de repente.

—¡Repite ese nombre!

—Pey-deh-eh-ghan —dijo Renny.

Doc guardó silencio.

—*Day —pay again*— gruñó Renny —. Supongo que se pronuncia así. ¿El nombre te dice algo, Doc?

Sin duda alguna le había sugerido algo, puesto que se oyó el pequeño y fantástico trino que Doc Savage solía emitir en momentos de tensión mental.

—Llama al Museo Nacional de París, en Francia, y entérate si una momia fue vendida recientemente a *sir* Rodney, el inglés decapitado —ordenó el hombre de bronce.

El teléfono transatlántico funcionó con eficiencia y Renny regresó a los quince minutos escasos.

—Sí —dijo—. Hace cuatro meses que el Museo Nacional de París vendió una momia llamada Pey-deh-eh-ghan a *sir* Rodney.

—Esto lo explica —dijo sencillamente Doc.

—¿Explica qué?

—Más tarde os lo diré —contestó Doc—. En este momento tengo que fijar la atención en esta momia.

CAPÍTULO VIII

RESURRECCIÓN

LA resurrección llamaba la atención del público también. Casi todo el mundo celebraba el día y nada había llamado tanto la atención de la gente desde hacía años.

El hecho de que varios hombres habían muerto misteriosamente aquella mañana no calmó la excitación, y las circunstancias que acompañaron el suceso eran tan fantásticas que aumentaron la fiebre general.

Los vendedores ambulantes recorrían ya las calles llevando globos con la efigie de Salomón, pitos y pañuelos que llevaban su retrato.

—¡Helados Salomón! —gritaban—. ¡Tan frío como la última de las miles de esposas de Salomón! ¡A cinco centavos!

Un agente teatral llegó con la noticia de que el grupo entero de bellas muchachas que actuaban bajo sus órdenes iban a ofrecerse para casarse con Salomón.

—No llegan al millar —dijo modestamente el hombre—. Pero son tan bonitas que compensan eso.

Los escaparates de las librerías estaban llenos de libros relativos a Salomón.

Al lado de esta vulgar propaganda se hablaba seriamente y se publicaban artículos interesantes.

Un individuo ambicioso hizo hablar de él por ser el primero en organizar un club de “Salomón por Presidente”, aconsejando una rectificación de la Constitución para que por una vez el Presidente no tuviese que haber nacido en el país.

La muchedumbre se hizo más densa en torno al rascacielos de Doc Savage.

No se hubiera podido dejar caer nada desde los terrados sin herir a un espectador.

Sin embargo, no había nada que ver, excepto, al caer la noche, la brillante iluminación del último piso del enorme edificio, que era el nido de águila de Doc.

Dos dirigibles y algunos aeroplanos daban vueltas al edificio, dando que hacer a la policía aérea que les perseguía.

Doc Savage hizo pasar la momia por seis tratamientos distintos en el proceso de resurrección que seguía.

Se hallaba ya en el séptimo y éste consistía en tratar el cuerpo —ya tenía en la actualidad es aspecto de un cuerpo humano— con rayos ultravioleta y demás.

Explicó que eso se hacía con el fin de restablecer las vitaminas necesarias, deterioradas por los siglos transcurridos. Las luces no bastaban a procurar las vitaminas. Otros procedimientos habían contribuido a ello asimismo.

El hombre de bronce estaba enfundado en una bata blanca desinfectada y Monk llevaba otra igual.

Sus compañeros esperaban en la biblioteca y les veían por una puerta de cristales del laboratorio.

Toda la noche se aplastaron la nariz en el cristal.

—Es un milagro —declaró Johnny al mirar a la momia, que cada vez adquiría más aspecto de un ser viviente.

—¡Es el milagro más extraordinario que he visto en mi vida! —añadió el pálido Long Tom—. ¡Quisiera que Doc se diera prisa!

Johnny, el arqueólogo, estaba excitadísimo, pues creía que Salomón, una vez vivo, podría resolver muchos problemas arqueológicos importantes.

Johnny, por ser el primer hombre que le hablaría, escribiría un libro y vería su nombre pasar a la posteridad. Sin ningún género de duda estaba ya destinado a pasar a la Historia, pero era demasiado modesto para convencerse de ello.

—¿Cómo puedes ser tan impaciente! —reprochó a Long Tom—. ¡Es la cosa más formidable que se ha visto nunca!

—¡Pff! —exclamó Long Tom—. ¡Estoy cansado!

Despreciativo, Johnny dijo:

—Tú tienes bastante aspecto de una momia y no sería mala idea que Doc intentara resucitarte también.

—¡Calla, saco de huesos! —dijo Long Tom resoplando—. No sé por qué no te cuelgo fuera, expuesto al viento, para oír la música de tus huesos…

Renny intervino: —¡No les hagáis la competencia a Monk y Ham!

Los dos compañeros se miraron riendo.

—Estamos cansados —dijo secamente Ham—. Pero mirad a Doc… Ha estado trabajando sin parar un segundo.

—¡Y el pobre Monk! —añadió Renny.

—¡Monk! —se mofó Ham—. Salomón echará una mirada a Monk y creerá que la raza humana ha retrocedido desde sus días.

Monk se acercó a la puerta.

—Doc dice que es preferible que os vayáis a dormir un rato —dijo—. Esto va para largo.

*****

Monk les llamó a las cuatro de aquella tarde.

—La gente de la calle está buscando camorra —dijo—. Creen que la resurrección ha fracasado o que se trata de un engaño y empiezan a tirar ladrillos a los *polis*. ¡Serán tontos los hombres!

—Tú lo eres cuando menos —exclamó Ham, contemplando la facha simiesca de Monk—. ¿Por qué nos has despertado?

Ham se había despertado cada tres minutos aproximadamente durante todo el día y tenía los nervios de punta.

—Salomón pasa por el último tratamiento —dijo Monk—. Venid si queréis verlo.

Entraron en el laboratorio y se acercaron después de ponerse batas blancas.

Lo que vieron era tan asombroso que contuvieron instintivamente la respiración.

Un buen número de películas, por regla general las del tipo terrorífico, han sido hechas sobre la base de infundir vida en seres extraños o monstruos.

Los ayudantes de Doc las habían visto e incluso Johnny, el erudito que declaraba públicamente que el cinematógrafo era cosa de criaturas, iba a veces a ver alguna.

En la pantalla, la escena de resurrección consiste generalmente en colocar un cadáver debajo de una serie de gruesas lámparas, mientras un hombre de ciencia barbudo toca una palanca, que

provoca una serie espantosa de chispas eléctricas.

El truco favorito consiste en gastar bastante más electricidad de la necesaria para ejecutar a una penitenciaría llena de condenados a muerte.

Para la última operación, Doc no usó la electricidad para nada.

Lo único que empleó fue una larga jeringuilla con lo cual puso al paciente una inyección en el corazón.

Enseguida, dio la vuelta al paciente sobre su rodilla y le aplicó una fuerte zurra.

—¡Qué idea! —exclamó Monk—. ¡Zurrar a Salomón!

—¡Calla, espantajo! —le aconsejó Ham—. A los recién nacidos los zurran de esta manera. Les hacen respirar o el dolor le reanima —Miró a Monk con una mueca de disgusto—. ¡De fijo que no se acordaron de hacerlo en tu caso!

Era característico de Ham y Monk que prosiguieron su eterna querella en la situación más crítica y sus amigos no lo extrañaron.

—¡Está respirando! —murmuró Johnny, señalando con el dedo —. ¡Salomón está respirando!

La momia respiraba indudablemente. Empezó a moverse. Finalmente, el paciente se sentó y abrió los ojos, que hasta entonces había mantenido cerrados, mirando en torno suyo.

El primer individuo a quien vio por casualidad fue Monk.

La momia miró con fijeza a Monk. Cerró los ojos y se tendió nuevamente.

—¡Lo temía! —dijo Ham a Monk—. ¡Te ha visto y ha creído que la civilización ha vuelto atrás! ¡No ha podido soportarlo!

Ham bromeaba y todos veían que la momia seguía respirando. Lo que hacía era únicamente descansar.

—Voy a administrarle un reconstituyente químico que su cuerpo pueda asimilar instantáneamente —dijo Doc.

Así lo hizo, con una jeringuilla. Luego le dio masaje en varias partes del cuerpo del paciente y para ello empleó algunos aparatos de terapéutica eléctrica.

—Esto activa la circulación —explicó Doc.

La momia, que estaba sobre la mesa, tenía los ojos abiertos y les miraba. No había dicho una palabra ni intentado hacerlo.

Se trataba de un hombre guapo, alto, robusto, de nariz aguileña y hermosa cabellera blanca. También llevaba barba, blanca como

los cabellos.

El proceso de revitalización de Doc había devuelto a su pelo el brillo de la vida y de la salud.

Finalmente Doc dijo: —Debería poder hablar ahora.

—¿En qué idioma lo hará? —preguntó Long Tom.

—En el idioma de su país en su tiempo, desde luego —dijo Johnny—. Sé que Doc lo conoce bastante para poder conversar con él. Yo también podré hacerlo.

Inconsciente hablaban en voz baja. Lo solemne del momento obraba su efecto sobre ellos.

Doc Savage dio un paso atrás e hizo señas a Johnny que se acercase.

—William Harper Littlejohn tendrá el honor de ser el primero en dirigirse al paciente.

Johnny estaba emocionado. Aquello era inesperado y ningún arqueólogo podía esperar un momento más interesante.

Se adelantó y movió los labios, pero no se oyó nada. Intentó nuevamente hablar, pero sin obtener mayor resultado.

—¡Rayos y truenos! —rezongó Renny—. ¡Por primera vez, Johnny no encuentra palabras largas!

Dándose cuenta de que había dejado pasar una gran oportunidad, Johnny dio unos pasos atrás.

Doc Savage habló a la momia. La voz del hombre de bronce era alentadora, inspiraba confianza y aunque pronunciaba las palabras lentamente, las articulaba claramente.

Johnny comprendió que eran palabras del idioma de Salomón, bien dichas.

La momia comprendió. Eso era obvio, pues pareció sorprendida, pero no contestó. Doc volvió a hablar, pero al cabo de un cuarto de hora todavía no había obtenido contestación alguna.

—Nos las tenemos con un Salomón mudo —se quejó Monk—. ¡Imaginaos esto!

Johnny, que estaba enfurruñado desde hacía un momento, exclamó:

—¡No bromees! ¡Esto es serio!

Doc Savage había estado reflexionando.

—Tal vez la vista de objetos familiares le incitaría a hablar —dijo—. Esto debe parecerle muy extraño.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Monk.

—Lo llevaremos al Museo Metropolitano —dijo Doc—. Que mire las antigüedades.

Llevaron a su huésped, la ex momia, al museo y varias cosas interesantes ocurrieron por el camino. Ante todo, el hombre lanzó gritos de terror al bajar el ascensor.

El miedo intenso que revelaban sus exclamaciones hicieron que Monk murmurara a parte a Ham:

—¡Salomón no es un sujeto muy valiente!

Ham contestó con desprecio: —¡Si a ti te ocurriese lo que le pasa a él, veríamos qué tal tendrías los nervios!

Salieron del rascacielos por el camino subterráneo, y al llegar a la calle, les costó algún trabajo hacer subir la antigua momia a un auto.

Doc acabó por vendarle los ojos.

—Es para evitarle un exceso de sorpresas —explicó el hombre de bronce.

La momia miró en torno suyo sin expresión cuando entraron en el museo.

Aunque éste estaba abierto al público, no había nadie aquel día, sin duda debido a la excitación reinante en la parte baja de la ciudad.

Doc abrió la marcha hacia las exhibiciones de los tiempos bíblicos y del antiguo Egipto. Inmediatamente su huésped se reanimó.

Doc se detuvo delante de unas tablas extremadamente antiguas y vigiló al hombre a quien había resucitado.

Este se excitaba por momentos. Se acercó y tocó pensativamente algunos objetos. Demostró gran interés por la pintura antigua de colores tan finos que habían de sobrevivir a los siglos en las paredes de piedra de la tumba en la cual la habían descubierto.

Johnny, el arqueólogo, dijo: —¡No hay duda que no finge!

—¿Qué dices? —gruñó Monk.

—Está mirando su propio retrato —explicó Johnny—. Es una reproducción jeroglífica del rey Salomón.

El resucitado apartó los ojos de la pintura para mirar a Doc Savage. Intentó leer en las facciones del hombre de bronce, pero éstas no le dijeron nada y pareció turbarse.

Dijo finalmente algo gutural en un idioma extraño.

El alto y huesudo Johnny dio un respingo como si le hubiese tocado una descarga eléctrica.

También Doc se sorprendió. Por primera vez, su cara expresó sorpresa y se oyó un momento su extraño trino.

Monk parpadeó y tragó saliva.

—¿Qué demonios...? —dijo.

Johnny agitó los largos huecos que le hacían las veces de brazos y habló tan atropelladamente que era difícil comprenderle:

—¡Pey-deh-eh-ghan! —chilló—. ¡Este... este es el impostor! ¡No es Salomón, es Pey-deh-eh-ghan!

CAPÍTULO IX

LA EXTRAÑA EX MOMIA

MONK cerró los puños, hizo una mueca salvaje y dio un salto adelante.

—¡El granuja! ¡Voy a darle una tunda que le transformará otra vez en momia!

Doc se interpuso.

—Espera. No es suya la culpa.

—¿Entonces, de quién es? —gritó Monk.

Doc guardó silencio un momento.

—Tenemos consuelo —dijo lentamente—. No nos engañan a menudo.

—¿Quieres decir que nos han enredado?

—¡Por completo! —confesó Doc.

Renny y Johnny parecieron comprender la situación simultáneamente.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. ¡En el museo de Johnny! ¡El cambio de momias! ¡Fue ardid! ¡No las cambiaron!

Johnny gimió:

—Esos bandidos se llevaron en realidad esto… este impostor, haciéndonos creer a Renny y a mí que se trataba de Salomón. ¡Te dijimos que se lo habían llevado, Doc!

—Nosotros tenemos la culpa —dijo sombríamente Renny.

—¡Mal asunto! —añadió Long Tom.

—¡Y el público americano! —gimió Ham—. ¡Nos lincharán!

—Sí —murmuró Renny—. Lo merecemos, Johnny y yo, por habernos dejado engañar como chinos.

Doc Savage poseía una cualidad que sus ayudantes apreciaban en grado sumo. Nunca censuraba ni criticaba a nadie por haber

cometido un error.

Sus colaboradores hacían cuanto podían, de esto estaba convencido y se abstenía de hacer comentarios.

—Parece extraño confesarlo —les informó Doc de pronto con voz mesurada—, pero este Pey-deh-eh-ghan puede resultar más interesante que Salomón y casi tan valioso.

Monk pareció sorprendido por su opinión.

—¿Quieres suponer que éste puede valer algo?

Doc contestó: —Esto explica sin duda por qué se le cambió por Salomón.

—¡"Día de pago"! —dijo Renny, haciendo un visaje a la ex momia—. ¿Qué significa esto? Johnny, pregúntaselo en su caló.

Johnny dijo con franqueza:

—¡No entiendo esto!

—Iremos al cuartel general —declaró Doc—. En la biblioteca tengo algunas notas sin publicar, hechas por un arqueólogo desconocido que pasó la mayor parte de su vida explorando Egipto y la Tierra Santa. Ese arqueólogo merecía que se fijaran en él, pero no fue así porque no hizo grandes descubrimientos, es decir, nada notorio.

Lograron salir del museo sin atraer demasiado la atención del público.

El chofer del taxi que llamaron parecía preocupado por algo y no se fijó mucho en ellos, hasta que Doc le dio las señas de su cuartel general.

—¡Ah! ¿Van ustedes a ver a ese sujeto, a Salomón?

El chofer volvió la cabeza y vió a Doc, a la ex momia, a Monk y a Ham.

Sus ojos se dilataron y parecieron querer salírsele de las órbitas. Señaló con un dedo a la ex momia, diciendo: —¡Santo Cielo! ¿Será Salomón?

Sin mentir ni decir la verdad, Monk contestó:

—Este es el hombre que acabamos de resucitar, sí.

—De manera que es el sujeto que tenía mil esposas —suspiró—. ¡Qué hombre!

Doc no había dado al taxi las señas del rascacielos, sino otras, situadas a las orillas del río Hudson.

Allí se erguía un enorme almacén de aspecto desierto,

perteneciente a la Hidalgo Trading Company, según los rótulos, pero que realidad era un cobertizo y astillero para los aparatos y botes del hombre de bronce.

Muy pocas personas conocían el verdadero sentido del gran edificio que parecía inocente y sin duda el chofer no se contaba entre ellas, pues meneó la cabeza con asombro cuando se apearon sus pasajeros y a continuación miró cuidadosamente otro taxi que le seguía de cerca, se detuvo y del que se apearon Renny, Johnny y Long Tom, los que se acercaron rápidamente.

Un camión se acercó resoplando por la calle y se detuvo frente al edificio, dejando oír repetidas llamadas con el claxon.

A ambos lados del camión se veían varias hileras de cuadros… que no eran cuadros.

Doc gritó repentinamente: —¡Todos a cubierto! ¡Pronto!

En aquel instante, un fuego graneado llenó la calle de ecos.

Debió ser la reputación de Doc Savage de hallarse continuamente en luchas y dificultades lo que ponía nerviosos a los dos chóferes del taxi.

El segundo hizo marcha atrás a una velocidad que rayaba en las treinta millas por hora.

Era demasiado. Subió a la acera y se oyó un ruido de cristales rotos. Un instante después, conductor y coche desaparecían en un almacén vacío.

Monk y sus compañeros corrieron a guarecerse, mientras la ex momia permanecía inmóvil, azorada.

El chofer del taxi de Doc quiso ocultarse debajo de su automóvil. Era un individuo gordo y la carrocería de su máquina muy baja. Se vio atrapado sin poder moverse.

—¡Ohhh! —chilló—. ¡Van a matarme!

Monk y los demás se hallaban ya en un portal.

Doc agarró al chofer del taxi y tiró de él.

El hombre era demasiado obeso para correr deprisa. Doc le metió rápidamente en el portal.

Por el camino, el hombre de bronce tropezó y por poco se cayó al suelo como si algo le hubiese herido. Al llegar al portal sus compañeros vieron un desgarrón en la espalda de su chaqueta. Lo había causado una bala. La cota de malla que Doc llevaba siempre que trabajaba en algún asunto lo había salvado.

El portal estaba cerrado en el otro extremo por una reja de barrotes de hierro gruesos como el bastón de Ham. Un barrote faltaba, dejando una obertura bastante ancha para que un hombre pudiera deslizarse por ella.

La ex momia estaba inmóvil en la calle. Era obvio que ignoraba lo que eran balas.

—¡Corre! —le gritó Monk—. ¡Te van a matar, "Día de pago"!

Renny aulló:

—Es un impostor, pero al fin y al cabo, es humano… ahora.

Renny salió a la calle, pues no le faltaba valor, e intentó agarrar a "Día de pago", como Monk le llamaba, para arrastrarle a lugar seguro.

Doc puso la mano sobre Renny y sin esfuerzo aparente detuvo al fornido ingeniero.

—¡Te van a matar!

—Y a "Día de pago" también.

Doc habló rápidamente a "Día de pago" en el idioma antiguo que la ex momia comprendía:

Las palabras hicieron las veces de detonador en Pey-deh-eh-ghan. Dobló la cabeza y echó a correr calle arriba con todas sus fuerzas.

El chofer del taxi intentaba pasar por el agujero de la reja de hierro. Había pasado la cabeza y el cuerpo hasta el tercer botón de la chaqueta, viéndose detenido allí.

Doc gritó: —Monk. ¡Dame tu pistola!

El químico sacó el arma, que era un modelo inventado por Doc. Se parecía a una enorme automática y escupía las balas con mayor rapidez que una ametralladora militar.

—¿Balas misericordiosas? —preguntó Doc.

—¡Sí!

Dichas balas producían la pérdida del sentido. Doc y sus ayudantes no quitaban nunca a nadie la vida si podían evitarlo.

—¡Pero yo tengo algunos cartuchos de demolición! —añadió Monk.

Monk tenía tendencia a mostrarse truculento. Una bala de demolición bastaba para echar al suelo una casa de buenas dimensiones.

El chofer del taxi dejaba oír extraños sonidos, atrapado en el

agujero de la reja.

El tiroteo era ensordecedor. Parecía salir de las ventanas, del camión, de todas partes a la vez.

Pey-deh-eh-ghan dio un salto como quien ha pisado una espina. Se paró, hizo los gestos vagos de un hombre demasiado cansado y sobrecogido de sueño para hacer nada en una situación apurada y se dejó caer en medio de la calle.

—¡Oh! —gritaba el chofer—. ¡Maldito sea...!

Renny gritó: —¡Esos malhechores se vuelven contra nosotros!

Así parecía. Las balas silbaban en torno al grupo compacto de nuestros amigos. Algunas rebotaron y se metieron en el portal donde se habían refugiado, afortunadamente sin alcanzarles.

El chofer del taxi continuaba gritando, pataleando y retorciéndose.

Calle arriba se escuchó una explosión sorda y el humo llenó la calle.

El depósito de gasolina del taxi que había penetrado haciendo marcha atrás en el almacén había estallado.

Inmediatamente después de esta explosión, se oyó otra, más cerca. Les quitó el sombrero a los amigos de Doc y les hundió de polvos de ladrillos.

No hablemos de lo que les hizo a los oídos y a los nervios.

—¡Una granada! —gritó Long Tom—. ¡Hemos de salir de aquí! ¡La próxima puede...!

¡B-u-m-m-m! La siguiente arrancó parte del pavimento y rompió una cañería. El agua salió a chorros con un ruido amenazador.

—¡Señor, señor! —gemía el chofer—. ¡Y pensar que he leído novelas por entregas en busca de emociones!

Monk le gritó:

—Antes de que una explosión te meta ahí dentro tan fuerte que no podrás nunca más salir, te voy a ayudar.

Monk agarró al hombre y le sacó del agujero de los barrotes como se saca el corcho de una botella.

—¡Oh, oh! —se quejó el chofer.

Los gritos y los tiros ahogaban sus gemidos.

Sin soltar al chofer, Monk le obligó a meterse nuevamente en el agujero.

—¡No! —gritaba el hombre—. ¡Es demasiado pequeño!

No lo era, pues pasó por él, pero transcurrían unos días entes de que volviese a ser el mismo.

Renny, Long Tom, Ham y Johnny pasaron, uno tras otro. Monk miró a Doc como dudando de que lo lograra, pero Doc no se quedó atrás.

—¡Oh! —se quejaba el chofer.

Monk aconsejó: —Lo mejor que podemos hacer es correr como gamos.

Subieron una escalera y en este momento otra granada derrumbó parte de la fachada del edificio, destruyéndolo todo a sus espaldas.

El ruido les había perjudicado los oídos de tal modo, que tenían que gritar para comprenderse.

—¡La batalla del Marne otra vez! —gritó Renny, que llevaba una expresión de honda tristeza pintada en la cara. Eso significaba que se sentía feliz.

La acción y el movimiento le producían este efecto.

—¡Las ventanas! —dijo Doc Savage—. ¡Vuestras pistolas!

El hombre de bronce no malgastaba muchas palabras dando órdenes, pues no era preciso que lo hiciera.

Algunos cristales seguían intactos en las ventanas y los acabaron de romper.

El enemigo disparaba contra las ventanas y les facilitaba la tarea.

Monk entró en un cuarto donde había dos ventanas, una de ellas con cristales y la otra ropa. Rompió la que quedaba intacta y las balas entraron en ráfaga.

Monk apretó el gatillo de su pistola, apuntando por las ventanas huérfanas de cristales.

—¡Yoow! —chilló Monk—. ¡He tocado a dos de ellos!

—¡Loco como una cabra! —le dijo Ham al chofer—. ¡Siempre se pone así cuando alguien le dispara encima!

—¡No... no le cri...critico! —tartamudeó el hombre.

Abajo, en la calle, varios hombres surgieron y echaron a correr hacia la portezuela.

Llevaban sacos de granadas colgados del cinturón y máscaras para gases.

Además, todos iban equipados con cascos de metal y rifles

automáticos.

—¡Nueve… once… trece! —dijo Renny contándolos—. Y otro más, tan regazado que no le cuento.

La pistola de Renny lanzó un gemido. Los asaltantes no cayeron todos a la vez, pero al cabo de un momento se desplomaron, aunque unos dieron unos pasos más que otros.

Doc Savage blandía en la mano la pistola de Long Tom. Cada uno de los disparos que hacía tumbaba un enemigo.

—¡Aprisa! —dijo el hombre de bronce—. ¡Cartuchos de demolición!

Sus compañeros, excepción hecha del chofer, se le acercaron para ver lo qué era lo que ocurría.

—¡Rayos y truenos! —dijo Renny.

Un automóvil se acercaba por la calle, un coche negro, de motor silencioso.

Corría en línea recta hacia el cuerpo inerte de Pey-deh-eh-ghan.

—¡Le van a aplastar! —aulló Monk.

El coche no pasó sobre el cuerpo de la ex momia, sino que se paró entre ésta y sus compañeros. La portezuela del automóvil se abrió y unos hombres se apearon para recogerlo.

—¡Cartuchos de demolición! —repitió Doc Savage.

Monk se registró con tanta prisa que, que por poco se rasgó las ropas.

—¡Los he perdido! —gruñó al fin.

—Yo tengo los míos —exclamó Renny.

Los entregó a Doc y el hombre de bronce cargó la pistola que sostenía en la mano, se asomó a la ventana y apuntó al coche.

Éste hacía marcha atrás, llevándose a la ex momia.

Doc disparó una vez. Se oyó una explosión formidable. Los ladrillos cayeron de las cornisas y las ventanas que habían resistido a la granada saltaron hechas pedazos.

Una nube de polvo, fuego y humo se levantó. Pedazos del hormigón del suelo saltaron como si fuese hielo.

El automóvil había sido echado atrás, pero no fue tumbado. Se hallaba en la esquina de la calle y el agua de la tubería rota corría a su lado.

Monk gritó: —¡Les hemos parado, amigos!

Pero el coche seguía intacto y empezó a alejarse en línea recta.

Doc Savage apuntó con la pistola para disparar otro cartucho de demolición y detener el coche.

Se oyó un tiro aislado en la calle. Doc Savage se echó atrás y se dejó caer al suelo.

El coche se alejó con Pey-deh-eh-ghan.

CAPÍTULO X

EL FARAÓN PIRATA

MONK empezó a chillar: —¡Doc! ¿Estás herido?

Y saltó hacia el hombre de bronce.

Doc Savage se alejó rodando de la ventana. Una granada estalló fuera.

Se echaba de ver que Doc la había visto y por eso la esquivó, a menos de que fuera para evitar la bala.

La explosión de la granada cambió la forma de la pared, que se combó.

—¡Oh, oh! —gemía el chofer—. ¡Voy a morir, de ésta no salgo vivo!

Ham, que tenía su bastón —espada metido debajo del brazo, empezó a disparar por una de las ventanas.

Doc salió del cuarto, subió más escaleras y salió al techo. El de la casa vecina era más alto, pues el edificio constaba de dos pisos más.

Doc se encaramó a éste usando una cuerda de seda provista de un gancho de acero que se sacó de un bolsillo interior.

Un hombre se deslizaba por el otro techo con un saco de granadas en la mano. No vio ni oyó a Doc hasta que el hombre de bronce estuvo en el techo y entonces cometió un error. Intentó sacar una granada de su saco, pero no lo logró antes de que Doc se le echara encima.

No era un hombre muy fornido y Doc le dejó sin sentido de un solo golpe, apoderándose de sus granadas.

Doc había subido al techo con la esperanza de ver el coche que se llevaba a Pey-deh-eh-ghan. La suerte no le acompañó y si el automóvil estaba todavía bastante cerca para que se lo viera, otras

cosas lo ocultaban.

Haciendo uso de su cuerda de seda y del gancho, el hombre de bronce se deslizó hasta una escalera de escape. Disparó dos balas misericordiosas por el camino y ambas veces derribó a unos sujetos que iban a pegarle un tiro.

Buscó un teléfono, llamó a la policía, describió el coche que había llevado a Pey-deh-eh-ghan y volvió al lado de sus amigos.

La refriega concluía. Monk caminaba arriba y abajo por la calle, gritando a voz en cuello a sus enemigos que salieran y se le enfrentaran.

Armaba mucho ruido sin que nadie le contestara.

—¡Se han esfumado! —le dijo Renny a Doc.

—Pero no todos —dijo Long Tom—. Creo que hemos derribado a unos quince por lo menos.

El grueso taxista se aventuró a salir a la calle mientras recogían a sus enemigos inconscientes —las balas misericordiosas no habían matado a nadie— y los amontonaban.

El chofer miró en torno a él, nervioso como un conejo que se ha metido por equivocación en una perrera.

—¡Agradecido! —murmuró.

—¿De qué? —quiso saber Monk.

—¡Pues... no he muerto! —dijo con dificultad.

—Quédate por aquí. No hemos terminado.

—Eso es lo que temo precisamente —dijo el hombre—. ¡Adiós!

Y echó a correr sin volverse una sola vez para mirar atrás.

Doc Savage dio explicaciones a la policía. Esta prestó su concurso para trasladar a los prisioneros privados de conocimiento al interior del gran almacén de la Hidalgo Trading Company, donde Doc Savage colocó los cautivos en un coche redondo que viajaba por un tubo subterráneo hasta su cuartel general del rascacielos.

Doc había construido el tubo para obtener un servicio rápido entre ambos sitios.

En el vestíbulo de su cuartel general encontraron unas líneas escritas en extraños caracteres, medio dibujos y medio símbolos.

—Voy a leer esto —exclamó Johnny—. No he tenido tiempo de traducir el otro que se hallaba en el costado del camión que se paró en la calle cuando principió la lucha.

Doc Savage dijo: —Ambas inscripciones eran idénticas.

—¡Oh! —interpuso Monk—. ¿Qué dicen, después de todo?

—Es un aviso en jeroglífico —dijo Savage—. Está dirigido a Pey-deh-eh-ghan y le avisa que somos sus enemigos y que es preferible que escape de nuestras manos a la primera oportunidad.

—¿Por eso "Día de pago" se fugó? —chilló Monk.

—Sí.

Monk resopló con aire de duda.

—Deben haber repetido los avisos a "Día de pago" en todas partes, con el fin de estar seguros que vería por lo menos uno de ellos.

No se equivocaba. Más tarde, Monk y sus amigos descubrieron unos jeroglíficos idénticos, pintados en las puertas de sus aposentos particulares.

Tomaron informes y se enteraron de que la emboscada en el almacén no era más que una de las trampas que se les había preparado. Les hubiera sido imposible encontrarse con el enemigo.

Renny rezongó:

—Este sujeto que nos ha engañado no se descuida de nada, pero ahora tenemos algunos prisioneros y eso significa que vamos a obtener informaciones.

—Si no se muerden las uñas —declaró Doc.

Desnudaron a los prisioneros y los sumergieron en un baño químico que haría inofensiva la sustancia venenosa que llevaban debajo de las uñas.

—Ahora —anunció Doc Savage—, mientras vuelven en sí, vamos a ver lo que la historia nos dice de Pey-deh-eh-ghan.

Doc pasó algún tiempo en la gran biblioteca. No consultó libros, sino folletos que contenían discursos y datos científicos para el uso de las sociedades arqueológicas.

Finalmente, guardó los datos y dejó oír brevemente su pequeño trino.

—No puede haber otra explicación —dijo.

—Si hay una explicación —gimió Monk—, no sé cuál es.

—Pey-deh-eh-ghan era faraón en Egipto durante el reinado del rey Salomón —explicó Doc Savage.

—Rey en Egipto, ¿eh?

—Se le conocía por el nombre del "Faraón Pirata" —prosiguió Doc—. Le valió este nombre su sed insaciable de riquezas y su

costumbre de saquear ciudades.

Johnny había estado escuchando, jugueteando distraídamente con monóculo.

—¡Ahora me acuerdo! —dijo rápidamente—. El faraón Pey-deh-eh-ghan era tan codicioso que insistió para llevarse su botín consigo e hizo construir una gran tumba, llenándola de objetos de valor. Echó una maldición sobre la tumba que se hallaba en el desierto (se cree que en el desierto de Nubia) y ésta no ha sido descubierta todavía.

—La luz empieza a hacerse —dijo Monk.

Ham, que tenía por costumbre discutir cualquier historia que oía —de acuerdo con su estudio de las leyes—, dijo: —¡Esta historia no cuela!

—¿Y por qué? —se apresuró a decir secamente Monk.

—Si no han encontrado nunca la tumba de Pey-deh-eh-ghan, ¿Cómo pueden haber encontrado la momia?

Johnny dijo rápidamente:

—Pey-deh-eh-ghan atacó al rey Salomón y murió durante la campaña —dijo—. Se le puso en una tumba, lejos de los suyos y el cuerpo fue embalsamado por sus enemigos, es decir, los súbditos del rey Salomón. Esto explica la similitud del embalsamamiento, que ayudó al engaño que sufrimos.

Monk dio dos o tres vueltas por la estancia y se detuvo para mirar dramáticamente a Ham.

—¡Está claro como el agua! —chilló—. ¡Nos han hecho resucitar a “Día de pago” y el sujeto que lucha contra nosotros le tiene en su poder y le obligará a decirle dónde se halla la tumba!

Ham espetó: —¡No me vengas con estas muecas, mico!

Johnny gimió:

—¡Si supiéramos con quién estamos luchando!

Arrancaron esta información a los cautivos. Doc les hizo hablar muy fácilmente. Se limitó a explicarles el ardid del veneno en las uñas.

Doc explicó también que sus actuales prisioneros habían llevado el mismo veneno, pero en el cabello en vez de debajo de las uñas. Un análisis rápido del baño químico neutralizador preparado por Monk les había revelado este pormenor.

Los prisioneros comprendieron que tenían un jefe que habría

sacrificado sus vidas para cerrarles la boca y, sobrecogidos de indignación, gritaron en coro lo que quiso saber de ellos.

Su jefe había robado la momia de Pey-deh-eh-ghan, matando a todos los que podían dar información alguna. Gracias a un ardid habían vuelto a apoderarse de la ex momia con el fin de obligarla a revelar el emplazamiento de la tumba que contenía el tesoro.

Doc lo había adivinado ya.

El general Ino, el bandido internacional, era su jefe. Tenía un ayudante llamado Proudman Shaster, abogado.

Eso era cuanto sabían los prisioneros, salvo detalles insignificantes, sin importancia.

—El general Ino —dijo Doc Savage en voz baja y sombría—, figura casi legendaria, sujeto tan hábil que ha logrado que ha logrado permanecer desconocido ahora por completo. Varias veces he realizado esfuerzos para descubrir su pista, pues sabía que llegaría el día en que nos enfrentaremos.

Monk se rascó la cabezota.

—El general Ino es un individuo temible y astuto.

—¿Dónde supones que se halla ahora? —preguntó Renny.

—Sin duda camino de Egipto dijo Doc. —Miraremos de enterarnos.

*****

Aproximadamente entonces, el general Ino estaba diciendo:

—¡Todo ha ido demasiado bien, *oui*! ¡Hemos de ser más cuidadosos, *monsieur*!

Hablaba como un francés que empieza a estudiar inglés.

—Me parece a mí que todo esto es realmente maravilloso —murmuró Proudman Shaster.

Pey-deh-eh-ghan dijo algo que, si se hubiese traducido, no se habría podido imprimir. Miró airado las brillantes esposas de acero que le sujetaban las muñecas.

El resto de los hombres del general Ino no dijeron nada.

Los motores del dirigible hacían mucho ruido. Se suponía que se trataba de una nave aérea moderna, un dirigible con motores silenciosos, pero que en realidad armaban un jaleo tremendo.

Debajo se extendía el Océano Atlántico, a tanta distancia que parecía una sábana lisa.

—Doc Savage se enterará, desde luego, que hemos tomado

pasaje para Alemania a bordo de este dirigible —dijo el general Ino, hablando ahora en buen inglés—. Tendrá a la policía alemana en pie a la llegada al aeródromo.

Proudman Shaster le miró horrorizado. Ya no encontraba la situación maravillosa.

—Pero —añadió el general Ino—, tomaremos nuestras medidas.

Las tomaron, apoderándose del dirigible, revólver en mano. Obligaron al telegrafista a enviar un mensaje por radio diciendo que el dirigible caía ardiendo en medio del Atlántico, después de lo cual la radio permaneció muda.

Los pasajeros del dirigible —que eran pocos, puesto que el general Ino había tomado la mayoría de los asientos o camarotes para sus ayudantes— fueron alienados y muertos a tiros. Tiraron sus cuerpos al mar desde una altitud de tres millas. Algunos miembros de la tripulación sufrieron la misma suerte para hacer una demostración.

Todos los tripulantes fueron asesinados una vez que el dirigible aterrizó en el desierto de Nubia unos días después.

A continuación, la nave aérea fue mandada al aire sin nadie a bordo y su piloto automático —mecanismo con el cual el dirigible, al igual que todos los aeroplanos modernos de pasajeros, estaba equipado— fue colocado señalando la dirección sureste.

—¡Bueno! —exclamó el general Ino al elevarse el enorme dirigible, que ofrecía la forma de un cigarro—. Espero que caerá en el Mar Rojo y no se volverá a ver.

Proudman Shaster —que tenía todo el aspecto de un explorador con su casco colonial y pantalones cortos— rezongó:

—Creo que habríamos hecho mejor quemándolo aquí.

El general Ino meneó la cabeza:

—*Nein*! Doc Savage adivinará lo ocurrido y vendrá a investigar. ¡Ja! Si encontrara restos del dirigible, eso le pondría sobre nuestra pista.

El dirigible se alejó hacia el sureste, como si su tripulación siguiera a bordo.

El general Ino y sus compañeros se internaron en el desierto de arena, bien equipados para la vida que les esperaba.

Su destino era una línea de montañas negruzcas y dentelladas situadas al Oeste.

CAPÍTULO XI

COLMILLOS AÉREOS

EL gran dirigible de servicio transatlánticos cayó a doscientas millas por hora y se hundió su proa en la arena de Jiddah, en Arabia, al otro lado del Mar Rojo.

Sus primeros cien pies de longitud quedaron empotrados en el resto, pero no se declaró incendio alguno, gracias a los adelantos que se han hecho en la construcción de semejantes monstruos del aire, adelantos adquiridos a cambio de no pocas vidas humanas.

El equivalente del jefe de policía de Jiddah acudió al lugar del aterrizaje forzoso, lanzó una mirada al dirigible, sacó la pistola, hizo que sus hombres le imitaran y mantuvo a curiosos y ladrones apartados de los restos.

Doce horas después, Doc Savage, sus cinco ayudantes, el marrano *Habeas*, el mono *Química* y un equipo completo, encerrado en cajas de metal, llegaron. Su gran aeroplano de metal estaba manchado de aceite sucio y todos los que iban a bordo, excepción tal vez de Doc, tenían el aspecto de hombres que acabaran de cruzar el Atlántico, lo cual era cierto.

En el interior del cuarto de mando, Doc descubrió al piloto automático, intacto y se enteró de la dirección que el aparato había seguido.

Doc soltó algunos globitos ordinarios de observación y los observó con telescopio.

Luego se enteró, por radio, de las condiciones atmosféricas y corrientes de aire sobre el Mar Rojo y la parte africana del desierto nubiense.

—Vamos a intentar descubrir la ruta seguida por el dirigible —dijo.

Fue una jugada al azar, pero acertaron. Tal vez no lo habrían logrado si Doc, que usaba unos anteojos muy poderosos, no hubiese observado una cantidad de puntitos negros sobre una extensión de terreno rocoso.

Aterrizaron sobre una arena caliente que la saliva se secaba instantáneamente cuando escupían ella y fueron a ver que era lo que interesaba tanto a los buharros.

Era la tripulación del dirigible, cuyos cuerpos habían sido ocultados.

Se necesitaba algo espantoso para horrorizar a Monk, pero el químico estaba silencioso y sombrío al regresar al aeroplano y no se animo ni cuando *Química* salto sobre su marrano favorito, *Habeas*, con el fin de expurgarle por fuerza las pulgas, algo que Monk consideraba, por regla general, un insulto personal a él dirigido.

—De ahora en adelante murmuró —, el diablo se llama ge— ne —ral I— no.

Doc Savage no tomó el mando del aparato para remontarse en el aire como lo esperaban sus compañeros.

En vez de eso, sacó una pequeña emisora de radio del tamaño de una cámara cinematográfica y tomó tabletas de alimentos concentrados que había inventado y preparado para alimentar rápidamente a los enfermos en los hospitales, pero que resultaban muy convenientes para un hombre que tuviese que realizar un viaje penoso.

Doc añadió al paquete un frasco que no contenía agua, sino los componentes de esta, suprimiendo los ingredientes innecesarios, y algunos aparatos suyos, así como productos que podía necesitar en su especial modo de luchar.

—¡Oye! —protestó Renny—. ¿Nos vas a dejar aquí mientras intentas seguirles la pista a esos hombres?

—Permaneced cerca del aeroplano —dijo Doc—. Y mantened vuestra radio en la misma onda que la mía.

El hombre de bronce se alejó, describiendo círculos al principio y buscando aparentemente un camino hacia el oeste. Las olas de calor le ocultaron pronto a la vista de sus compañeros.

Esas olas eran imponentes y se parecían a un mar que les separaba de una línea de montañas negras y amenazadoras, hacia el Oeste.

Los cinco ayudantes del hombre de bronce subieron al aeroplano y enchufaron el aparato de ventilación, que no tardó en refrescarles.

El termómetro exterior del cuadro de mando marcaba una temperatura de más de ciento treinta grados Fahrenheit, debida en parte a la radiación del calor por la arena, pero disfrutaban de bebida helada y de una comida fría que por cierto no consumieron de muy buena gana.

La radio les informó que Doc había descubierto una pista.

—Permaneced donde estáis —dijo el hombre de bronce—. La vista del aeroplano en el aire pondría al enemigo en guardia, esté donde esté.

Había bastante interferencia y eso les molestaba. Estudiaron las evoluciones de los buharros hasta que Johnny, que era buen psicólogo, sugirió que eso no les ayudaría a animarse.

—¡Malditos asesinos! —espetó Ham, untando de nuevo la punta de su bastón— espada.

—Uno de ellos es un abogado de alguna fama —sugirió Monk, con segunda intención.

Ham le miró airado:

—¡Y tu pareces ser el único que no ha pasado del estado de animal!

Monk gritó: —¡Esto es un insulto, cuelgacapas!

Ham escudriñó el feo rostro de Monk, contraído por el furor:

—Si yo tuviese esa facha —dijo—, no dejaría de ir a visitar a uno de esos cirujanos que cambian las fisonomías.

El pálido Long Tom gimió: —¡Ya tenemos para horas!

Así fue. La escaramuza duró cinco horas de reloj, al cabo de las cuales Monk estaba fuera, asado de calor, adonde Ham le había echado con la amenaza de la punta de su espada narcotizada.

Lo que Monk decía de los antecesores de Ham, todos devoradores de tocino, según Monk, era interesante, si no cierto, y ponía de tal modo fuera de sí a la victima, que el elegante abogado se refrescaba la frente con un pedazo de hielo sacado de la cámara frigorífica del aeroplano.

Monk detuvo de pronto su discurso para señalar algo y gritar:

—¡Mirad! Un grupo de sujetos en camisa de dormir, montados a caballo.

Eran árabes y habría unas dos docenas de jinetes. Cabalgaban de

un modo pintoresco, sin consideración alguna hacia sus monturas, que parecían excelentes.

Renny se puso al mando del aeroplano y se preparó para despegar rápidamente. Long Tom y Johnny prepararon sus pistolas. Ham no hizo otra cosa que permanecer en la puerta del aeroplano con el bastón —espada en la mano, impidiendo la entrada a Monk.

Otro grupo de árabes apareció detrás del primero. Estos montaban camellos en vez de caballos y llevaban de la brida otros animales de carga.

Los árabes a caballo se detuvieron a unas trescientas yardas de distancia.

Uno de los hombres se acercó solo. Con grandes ademanes significativos, clavó el rifle en la arena y le abandonó allí.

—Barrunto que llegaran en son de paz —dijo Monk, que seguía fuera del aeroplano y parecía aliviado.

El árabe se acercó y les pregunto en inglés muy malo si eran deseosos de comprar dátiles frescos, excelentes y muy agradables a la vista y al paladar.

Ham empezó a decir: —No necesitamos comida de...

—Tomaremos unos cuantos —interrumpió Monk, dirigiéndose al árabe—. ¡Que *uno* de tus hombres los traiga!

La transacción se realizó. Los árabes se mantenían a distancia, examinando el aeroplano. Luego se alejaron hacia una duna de arena, situada a alguna distancia.

—¡Dátiles! —dijo Ham a Monk, con mofa—. Lo que necesitamos es que alguien tome tu sitio. Alguien que tenga diez centímetros de sentido común.

Monk hizo como quien no oye y saco su botiquín de análisis químico.

Monk llevaba en el botiquín un aparato excelente y estuvo entretenido unos minutos analizando los dátiles.

—¡Me lo pensaba! —dijo de pronto.

—Tu nunca piensas —opino Ham.

—Esta fruta está envenenada —dijo Monk—. El veneno es el mismo que el amigo general Ino empleó para matar sus hombres en Nueva York, con el fin de evitar que hablaran.

Ham trago saliva y gritó: —¡Esos árabes son...!

—¡Chitón! —le reconvino Monk—. ¡Están, sin duda, esperando

al otro lado de esa duna para vernos morir!

Discutieron acerca de lo que era conveniente hacer.

—Es una vergüenza desengañar a esos sujetos —declaró Monk —. Tenían la facha de impostores y he comprado algunos dátiles para ver que pasaba con el experimento.

—Continua tus brillantes deducciones y dinos que es lo que hemos de hacer —sugirió Ham.

—Pues el muerto —dijo rápidamente Monk—. Entonces cargaran por la arena y se acercaran… Los tendremos al alcance de la mano.

—No es mala idea —asintió Renny—. Tendremos que luchar con ellos y es preferible darles un buen golpe cuando no lo esperan.

Salieron a la sombra del ala del aeroplano, donde hacia mucho calor e hicieron la comedia de probar los dátiles, aunque en realidad comieron un puñado que sacaron de sus propias provisiones.

Los dátiles se hallaban en dos cestas y estuvieron reunidos en torno de estas un momento, como si hablasen entre ellos.

De pronto, Monk se dobló, agarróse el estomago y fingió admirablemente bien que moría.

Habían comprobado el efecto del veneno en Nueva York y lo imitaron a las mil maravillas. Durante los cinco minutos que siguieron, “murieron” todos… pero con las pistolas debajo de sus cuerpos.

La arena voló y retumbó, oyéndose el ruido de fuertes pisadas de caballos.

—¡La carga de la brigada sorprendida! —dijo Monk, riendo sombriamente—. ¡Quiero decir, no están sorprendidos ahora, pero no tardaran en estarlo!

Se oyó una detonación terrorífica. La arena les cegó, la arena y algo que les hizo doler extraordinariamente los ojos y los pulmones.

—¡La cesta de dátiles… ha estallado! —chilló Renny.

—¡Tenía doble fondo! —graznó Monk, que estaba aturdido—. ¡Es un gas… no sé de que clase!

Unos segundos después, estaban completamente ciegos.

La sorpresa se la llevaban ellos y su única esperanza consistía en el aeroplano. Tal vez pudiesen escapar sanos y salvos todavía.

Long Tom fue el primero en hallar la puerta del aeroplano. No

veía nada, pero se dirigía por el tacto.

—¡Por aquí! —gritó y siguió gritando.

Los demás se acercaron torpemente y penetraron en el avión. Monk fue el ultimo en subir. De pronto, oyó un grito.

—¡*Habeas*! —aulló—. ¡*Habeas*! ¡Hemos de esperarle!

—¡Nada, nada! —espetó Ham—. *Habeas* es un puerco árabe, ¿verdad?

Era cierto. Monk lo había adquirido en Arabia hacia tiempo, pero no tenía el menor deseo de abandonarlo.

Además, se hallaba en África. Monk se asomó a la puerta, llamándole.

Renny puso los motores en marcha y tocó las palancas.

Tanto daba que hubiese esperado al marrano favorito de Monk. No habría hecho diferencia alguna. No debían poder escapar.

Un atacante colocó su camello delante del aeroplano y se escabulló, de manera que el aeroplano alcanzó el camello, pero no tocó al hombre.

El avión empezó a deslizarse y una hélice lanzó parte del camello por una ala. El aeroplano corrió corta distancia antes de volcar. Habeas Corpus, el marrano, lanzo una mirada a los árabes. Demostró tener sentido común, giró en redondo y se alejó, seguido por un reguero de balas, hasta perderse de vista por la arena.

Los hombres que se hallaban en el aeroplano estaban inconscientes debido a los efectos del gas.

Pero no por mucho tiempo. A la media hora, podían ver, oír y sufrir.

Estaban rodeados de árabes, entre los cuales había un hombre blanco... Proudman Shaster.

—Esto es verdaderamente maravilloso —murmuró Proudman Shaster—. ¡Pensar que hemos atrapado a los cinco de una vez!

Monk le hizo una mueca y a continuación miró a los buharros que daban vueltas en el cielo. Habló con los ojos fijos en los buharros, pero dirigiéndose a Shaster.

—Apuesto cualquier cosa que al final te atraparan.

Sin inmutarse, Shaster preguntó: —¿Dónde esta el pez gordo, Doc Savage?

—Malgastas el tiempo preguntándonos eso —rezongó Monk.

—Es verdad —insinuó Shaster—. De manera que no os lo voy a

preguntar. Os llevaré conmigo y seguiré con el plan trazado.

Monk se humedeció los labios, intranquilo: —¿Sí?

Estaban rodeados de árabes, entre los cuales había un hombre blanco… Proudman Shaster.

—Claro —rió Shaster—. ¿No lo sabes? Usan cebo vivo para coger los peces gordos. Es maravilloso ver el efecto que surte.

Los árabes parecían ser alguna banda de ladrones cuyos servicios el general Ino y Shaster alquilaron.

Aquel desierto estaba lleno de grupos de nómadas que no conocían otra ley que los impulsos sangrientos de su codicia. No quemaron el aeroplano.

—Doc Savage podría ver el humo —dijo Shaster.

Pero destruyeron las partes esenciales del aparato.

Cuando se ponían en marcha, uno de los árabes levantó el rifle y apuntó deliberadamente al marrano *Habeas Corpus*, que estaba en la cresta de una duna de arena, a alguna distancia. Se oyó un disparo.

Habeas se irguió sobre las patas traseras y cayó atrás, por la pendiente, dando tumbos.

Quedó oculto a la vista de todos y los asaltantes le asestaron unos golpes tremendos en la cabeza a Monk cuando rodeó con las manos peludas la garganta del árabe que había disparado.

CAPÍTULO XII

MONTAÑAS NEGRAS

EL puerco Habeas encontró a Doc Savage cerca de medianoche.

Las noches en el desierto son, a lo que se dice, claras, pero aquella era nublada, tan negra que los murciélagos no habían salido de sus escondrijos.

También dicen que son frescas y hacia casi tanto calor como de día. Al este, el cielo se teñía de rojo al sucederse los relámpagos y se oía un ruido sordo, parecido al de las cascadas del Niágara.

Doc se paró. Hubiera podido seguir adelante con su lámpara —proyector que contenía una pequeña dinamo y con la cual no corría el peligro de que la batería se desgastara, pero podrían ver la luz.

En consecuencia, Doc se detuvo.

El puerco respiraba ruidosamente, pues esa clase de animales no esta hecha para correr largas distancias, aunque *Habeas* tenía patas de perro y anchas orejas que tal vez le ayudaban.

Doc Savage no dijo nada. Ni siquiera dejo oír su trino. Se limito a recoger a *Habeas* dejado el brazo y a correr en la dirección por donde había venido.

Los relámpagos menudearon. Un viento terrible se levantó, barriendo la arena, deshaciendo la duna, cegando a Doc, que, sin embargo, continuó andando con la chaqueta atada sobre la cara, tapándole los ojos, oídos, nariz y boca. Tenía la cabeza de *Habeas* metida en uno de sus bolsillos.

Cuando la lluvia empezó a caer, fue como si hubieran caído en el océano.

Era cálida y mezclada al principio con arena.

Cesó tan de repente como empezó y la tormenta se retiró por el desierto.

Cuando Doc halló el aeroplano, éste tenía el aspecto de haber estado abandonado allí muchos años. La arena le había sepultado a medias y se había metido por las portezuelas abiertas. El interior estaba inundado.

Doc Savage dio un gran rodeo antes de acercarse y no vio nada alarmante.

A continuación entró en el aeroplano.

Habeas, el puerco, le siguió, resoplando y lanzando breves gemidos. Estaba desconcertado.

No había más que una cosa interesante. Una botella, atada a la rueda de mando. Dentro, había un papel.

“Savage: Tiene usted bombas de humo a bordo... a lo que veo. Tire una de ellas mañana, antes de las cuatro de la tarde, para hacernos saber que está conforme en entregarse. Sin bomba, sus cinco ayudantes perderán los ojos.”

No era necesario que el aviso viniese firmado. Todo el equipo de Doc seguía a bordo, amontonado, quizá con la intención de llevárselo más tarde.

Doc Savage se apoderó inmediatamente de una de las bombas de humo así como de un reloj automático, de un pedazo de alambre, de unos cordeles y del mecanismo de una granda de mano. Usó también parte de la pólvora de la granada.

Preparó un aparato que haría estallar la bomba de humo a las tres y cuarenta y cinco de la tarde del día siguiente.

A continuación se internó en el desierto, dejando allí bomba y aeroplano, con *Habeas* pisándole los talones. Doc llevaba un pesado equipo.

Las montañas negras surgían rectas en medio del desierto de arena y a la luz brillante de la luna, la arena que lo rodeaba parecía blanca.

Cualquier objeto oscuro que se moviera sobre la misma se distinguía fácilmente.

Doc llevaba un albornoz blanco que había sacado del aeroplano, *Habeas*, envuelto en un paño blanco, tenía el buen sentido de no arrancarse aquel estorbo después de que se lo hubo untado Doc con un producto químico amargo que no era de su gusto.

Penetraron en un cañón profundo donde todo era quietud y calor.

Doc había fijado la posición del pico más alto de las montañas al internarse en el desierto y se hallaba en la cumbre al salir el sol.

Había hecho frío antes del alba, y en aquella altitud la temperatura era más baja aun, pero el sol naciente parecía despedir tanto calor como la luz.

Treinta minutos después de la salida del astro, *Habeas* estaba jadeante.

Doc Savage llevaba unos anteojos tan poderosos como los de un capitán de barco y escudriñó el horizonte. Dedicó a esta tarea un buen rato, dejando transcurrir la hora en que aun el hombre más perezoso se levantaría.

Una caja de metal formaba la mayor parte del equipo de Doc. Este extrajo de la misma un globito —igual que los que uso para enterarse de la dirección del viento— y un carrete, en el cual estaban enrolladas más de dos mil yardas de fino hilo de seda.

Ató una pequeña cámara fotográfica al globo. La cámara estaba construida especialmente para tomar fotografías con un minuto de intervalo o el intervalo que se quisiera.

Podía tomar de tal modo hasta un centenar, pequeñísimas.

Doc manipuló el globo. Ennegreció algunas tiras de su camisa de seda blanca con tinta y las ató a cada lado y detrás del globo.

Cuando saltó este, causó en el aire el mismo efecto que un buharro, uno de los centenares que volaban sobre las altas montañas negras.

Las fotografías, una vez reveladas, probaron una sola cosa. Había cañones que no podían ser fotografiados, a menos de hallarse directamente sobre ellos.

Se trataba de una región por el estilo del Gran Cañón de Estados Unidos, con la diferencia de que aquí la roca es negra.

Doc volvió a soltar el globo y la cámara y miró con los anteojos.

Fuera, en el desierto, una nube de humo negro se elevó en el aire.

El reloj había hecho estallar la bomba de humo del aeroplano.

Con ayuda de los anteojos Doc vio una docena de hombres vestidos con albornoces blancos y montados en caballos rápidos, galopar desde el oeste, en dirección al aeroplano.

Otros tres grupos surgieron entre las dunas de arena, convergiendo todos hacia el mismo sitio.

Era una trampa enorme que no iba a atrapar a nadie. Doc tiró del hilo del globo, puso el *film* en el pequeño tanque con revelador instantáneo y lo estudió a través de un cristal de aumento.

Había varias instantáneas que representaban un grupo de hombres en la boca del cañón, en la orilla del desierto. Doc se puso en camino hacia aquel punto.

Hasta entonces, el hombre de bronce había dejado una pista visible. Podían fácilmente seguirle desde el aeroplano a través del desierto.

Se diría que se habían dejado engañar y era casi seguro que seguirían las huellas de Doc.

Anduvo en línea casi recta, como si se dirigiese determinado, pero se mantenía a la orilla de los acantilados, en los lugares más altos y, finalmente, encontró lo que buscaba.

Era un acantilado recto en una extensión de más de mil pies, exceptuando una meseta a medio camino. Esta estaba cubierta de rocas dentadas.

Doc usó su cuerda de seda y el gancho que llevaba siempre consigo para deslizarse por el acantilado. Huelga decir que también se sirvió de su fuerza.

Una vez en la meseta, construyó un monigote con ropas suyas llenas de arena y de ramitas secas, procedentes de algunos matorrales.

En las piernas, el torso, la cabeza, puso botellas que contenían un liquido teñido de rojo con productos químicos. Colocó el cuerpo de manera que se le viera en parte desde lo alto del acantilado y se encaramó nuevamente por la cuerda.

Rompió un trozo de roca en el borde del acantilado para hacer creer en una caída.

Le seguirían hasta aquí, verían la forma de un cuerpo abajo, creerían que era el cuerpo de Doc y le acribillarían a balazos.

Era indudable que no dejarían de hacerlo. En tal caso, el liquido rojo correría, haciéndoles creer que habían rematado a un herido.

Había tan pocas probabilidades de que bajaran hasta la meseta rocosa como de que fueran a parar al cielo a expirar.

—¡Quédate aquí! —dijo Doc a *Habeas*.

Habeas no se movió del borde del acantilado, lo cual era mucho más plausible que si se le hubiese hallado en la meseta.

Habeas era muy capaz de velar por sí mismo.

El grupo de hombres que la cámara fotográfica había revelado en el cañón, cerca del desierto, no estaba allí cuando Doc Savage llegó, pero se veían sus huellas que llevaban hacia las montañas.

Doc siguió aquella pista o, mejor dicho, la siguió a alguna distancia a derecha o a izquierda, cruzándola de vez en cuando para asegurarse que seguía donde pensaba estar.

Era una precaución para el caso de que hubiesen apostado vigías. Doc no dejó esta vez huella alguna de su paso.

Había un vigía, un hombre blanco con casco y pantalones cortos. Estaba sentado en una punta rocosa al extremo de una estrecha grieta de altas paredes, abierta en la roca.

Con cuatro postes y un paño que parecía una manta, se había hecho una especie de parasol.

Una ametralladora de tipo militar estaba montada en un trípode delante de él. Era de fabricación inglesa y, sin duda, los árabes la habrían capturado.

Doc Savage estudió la piedra en torno suyo. Parecía dura como el ágata.

Presentaba algunas grietas que corrían en línea recta. Aquella piedra parecía agrietarse con simetría.

Doc no se acercó al vigía. En vez de eso, se retiró, cambió de dirección, se encaramó con infinita dificultad al otro lado del cañón y dio la vuelta al hombre de la ametralladora.

Allí no había huella alguna e incluso la habilidad de Doc se vio defraudada.

Los hombres debieron envolverse los zapatos en trapos o deslizarse, aunque esta ultima suposición no era muy razonable, teniendo en cuenta el calor que despedían las rocas.

Los hombres del general Ino habían dejado una pista clara y visible hasta el hombre de la ametralladora. Eso seria, por algún motivo, no justamente para que se viese el hombre, que ya era bastante visible.

Doc volvió atrás, sin dejarse ver y uso sus anteojos para estudiar el camino que un hombre seguiría lógicamente al deslizarse hasta el vigía. No había más que uno.

Un punto de este camino, en particular, situado debajo de una masa sobresaliente de roca, resultaba interesante cuando se miraba

de lejos con anteojos.

Doc buscó una piedra suelta y empezó una verdadera comedia. Recorrió a la ventriloquia, fingiendo que su voz sonaba de muy lejos. Luego imitó la risa de una hiena.

El vigía pareció vagamente interesado. El sonido pertenecía a las montañas del desierto.

Doc “acercó” un poco la hiena.

El hombre hizo una mueca, se encogió de hombros y se busco un cigarrillo en el bolsillo.

Doc esperó y situó la risa de su hiena entre las rocas, de manera que el hombre no pudiese adivinar donde se hallaba exactamente.

El vigía encendió su cigarrillo sin hacer caso del ruido. Durante un momento, tuvo las manos delante de la cara.

Doc tiró su piedra y esta tocó el sitio sospechoso que había descubierto con los anteojos.

El hombre de bronce no se sorprendió cuando oyó una explosión formidable y una tonelada de roca se precipitó en el cañón.

El hombre de la ametralladora, sorprendido, hizo funcionar su arma y las balas silbaron entre los pedazos de roca que se desprendían.

Doc imitó una hiena asustada que huye tan aprisa como puede.

El hombre se rehizo algún tanto, se levantó y maldijo a todas las hienas a voz en cuello. Se sofocó y tiró la ametralladora al suelo.

Quince minutos después, había desmontado el arma y se tambaleaba bajo su peso. Maldijo entonces a los ingleses por construir ametralladoras tan pesadas.

CAPÍTULO XIII

EL DIABLO DEL DESIERTO

EL general Ino dijo con calma exagerada:

—Los hombres de nuestra clase sufren una enfermedad que no aflige a los demás tan seriamente. En nuestro caso resulta a menudo fatal. Esta enfermedad se llama el error.

El portador de la ametralladora, bañado de sudor, cambió de expresión y paso del enfado a un leve temor.

—¡Pero era una hiena! —protestó—. La maldita bestia debió pisar la arena que cubría el gatillo de la trampa que habíamos preparado para Doc Savage. Estuvo por ahí un rato antes de la explosión y luego la oí salir a escape.

—¿Tu viste a esa hiena? —preguntó Ino.

El hombre reflexionó y decidió que era preferible haber visto a la hiena.

—¡Claro! —mintió—. Le tire una piedra, pero ¿quién demonios podía imaginarse que iba a correr hacia mí en vez de alejarse? Saltó sobre mí y toco el gatillo.

—¡Bien, bien! —murmuró el general Ino—. Comprendo.

Al hombre no le gustó su tono y se retorció.

Se hallaban en un lugar imponente. Estaban rodeados de peñascos del tamaño de una casa, de un rascacielos.

Algunos eran tan altos como es largo un pequeño trasatlántico; Unos veinte hombres armados acompañaban al general Ino y tres o cuatro de ellos eran árabes vestidos con sendos albornoces.

—Hemos oído la explosión y nos hemos acercado —dijo el general Ino—. Vamos a examinar la trampa.

—He examinado el terreno —declaró el de la ametralladora, mintiendo—. No se ve nada. Te digo que era una hiena.

Pero volvieron atrás y escudriñaron el suelo, examinando la arena y rascando arena y fragmentos.

—En efecto, debió tratarse de una hiena —acabó por confesar el general Ino.

El de la ametralladora se enjugó el sudor. Se sentía aliviado.

El general Ino se paseó por la arena un rato. Parecía preocupado. Su teniente Proudman Shaster, no formaba parte del grupo.

—¡No podemos hacer otra cosa que esperar! —dijo finalmente el general Ino—. Lo mejor será reunirnos con los demás.

Al volver sobre sus pasos, los hombres blancos se mantenían juntos y estaban ojo avizor.

Las paredes de negra roca que se alzaban a ambos lados, les infundían, sin duda, una impresión de debilidad e inferioridad al igual que lo produce en la mayoría de los visitantes del Gran Cañón.

Pero esos hombres no eran de los que se turban por esas cosas.

Un psicólogo se habría dado cuenta de que estaban asustados por la presencia de los árabes, sus asociados.

Los hombres del general Ino vigilaban a los árabes y es probable que habrían malgastado el tiempo si hubiesen vigilado el camino que seguían.

Era preciso tener mejores ojos que los suyos para descubrir que Doc Savage les seguía.

Proudman Shaster, que, aunque llevaba dos pistolas en el cinto, no lograba parecer peligroso, esperaba al pie de una pendiente de roca que subía hacia arriba y pasaba por una loma rocosa.

Ese declive, que no era otra cosa que un sendero de pendiente acentuada, había, sin duda alguna, sido construido por manos humanas, mucho tiempo antes.

Pey-deh-eh-ghan acompañaba a Shaster. “Día de pago”, como le llamaba Monk, estaba esposado de pies y manos y parecía sereno aunque desgraciado.

Media docena de blancos, entre los cuales no se contaba un solo árabe, acompañaban a Shaster.

—Esto no es lo que llamaría una situación verdaderamente maravillosa —dijo al divisar al general Ino.

—*Ach, Himmel*! —se quejó el general—. ¿Vas aumentar mis preocupaciones?

—Esos malditos árabes —dijo Shaster, después de cerciorarse que los árabes no estaban bastante cerca para oírle—. Alquilarles para ayudarnos fue una buena idea en el principio, pero ese Pey-deh-eh-ghan les ha soliviantado. No me he enterado hasta hace poco que sabe hablar un idioma antiguo, similar al árabe.

El general Ino miró fijamente a Proudman Shaster.

—¿Quieres decir que esos árabes se han enterado de lo que buscamos?

—Eso temo.

El general Ino dijo, referente a los árabes, algunas cosas que Mahoma no habría aprobado.

Proudman Shaster añadió con acento de tristeza:

—Además, eso no es lo único que saben. Su jefe tiene un aparato de radio y le gusta las estaciones de El Cairo y de Jerusalén. Han oído una noticia que hablaba de nosotros, diciendo que habíamos trocado la momia de Pey-deh-eh-ghan por la Salomón.

—¡Malditos sean los árabes modernos! —se quejó el general Ino.

—Me quedo a Pey-deh-eh-ghan aquí conmigo para que no enrede más el asunto —explico Shaster—. Le he sorprendido hablando con William Harper Littlejohn también.

El general Ino frunció el entrecejo, mirando con reproche a la ex momia.

—Si no supieses dónde esta tu propia tumba, volvería a momificarte —dijo tranquilamente, añadiendo para Shaster—: Ven. Vamos a preguntar a Littlejohn lo que este salido de entre los muertos le ha dicho.

—Littlejohn no hablara.

—Entonces le fusilaremos —decidió el general Ino—. De todos modos es probable que nos desembarace de él. *Oui, monsieur*. Es una buena idea.

Pey-deh-eh-ghan no les siguió cuando le hicieron ademán de que lo hiciera y cuando se le acercaron y le agarraron, luchó a patada limpia, les tiró arena a la cara y se defendió como pudo.

Pero cuando el general Ino le amenazó tranquilamente con cortarle el cuello si no venía e buena gana, Pey-deh-eh-ghan se calmó.

A corta distancia de la tienda de Johnny, Ino hizo parar el grupo.

El general Ino arrugó el ceño al mirar las caras de algunos árabes que les estaban espiando y formaban pequeños grupos.

—Creo que vamos a tener algún disgusto —dijo en voz baja.

Los árabes se habían retirado en la parte alta del cañón. Formaban allí grupos compactos y hablaban en voz baja. Respecto de que, era imposible saberlo, pero miraban furtivamente y a menudo al general Ino, a Shaster y a los demás blancos.

De pronto una voz ruda gritó en árabe: —¡Muerte a los blancos!

Una granada estalló con un ruido espantoso, levantando una nube de arena y humo entre el general Ino y los árabes.

—¡Agarrad a Pey-deh-eh-ghan y hacedle decirnos donde esta la tumba! —gritó la voz del árabe.

Una segunda granada hizo un ruido sordo. Era de humo y una cortina de color sepia ocultó completamente al general Ino y sus compañeros a los ojos de los árabes.

—¡Cargadlos! —gritó el árabe que mandaba.

El general Ino sacó rápidamente su pistola automática y disparó en la dirección donde habían estado sus aliados vestidos con albornoces.

Una lluvia de balas contestó a su ataque. Tiraron más bombas y una granada de demolición estremeció las rocas de las paredes vecinas.

Un humo denso y negro lleno por completo el cañón y una batalla campal se inició.

El general Ino no se entregaba nunca a actos de violencia si podía evitarlo, pero cuando las circunstancias lo requerían, sabia luchar.

Vació la cámara de su pistola, cambió de posición al volverla a cargar y la vació nuevamente, mientras buscaba en torno suyo un peñasco tras el cual pudiese guarecerse.

Proudman Shaster gritó enfurecido y sacó de sus ropas un machete de los que los exploradores usan para abrirse camino en las selvas vírgenes.

Volvió a aullar y cargó contra los árabes en línea recta. Lanzaba espumarajos por la boca y jadeaba, aunque no debido a la fatiga.

Su locura, que le impulsaba a cortar cabezas, había vuelto a apoderarse de él.

Tropezó con algo y cayó. El humo negro impedía que se viera

nada, pero comprendió que había chocado con un cuerpo humano y le asestó golpes furiosos con el machete.

—¡Eh, loco, más que loco! —espetó la voz del general Ino.

A continuación el general vio perfilarse la cabeza de Shaster y le asestó un culatazo. Shaster se sentó en el suelo, calmado. Comprendiendo que poco le había faltado para decapitar a su jefe.

—¡Eres demasiado impetuoso! —le riñó el general Ino. Luego, dándose cuenta de que Shaster había vuelto suficientemente en si para comprenderle, añadió:

—¿Dónde esta Pey-deh-eh-ghan?

—¡Diablos! —dijo Shaster—. ¡Creí que estaba contigo!

Los árabes estaban gritando y a juzgar pos los tiros que llegaban en todas direcciones, corrían de un lado a otro.

—¡Hacen como los indios! —murmuró Shaster, cuyos ojos volvieron a enloquecer, mientras sus manos se crispaban sobre el puño del machete.

El general Ino le dio un suave empujón hacia los árabes y dijo: —¡A ellos!

Proudman Shaster se alejó con aquella horrible mirada en los ojos y el machete al aire, dispuesto a cortar cabezas.

El general Ino lanzó un suspiro. A veces, en su locura pasajera, Shaster olvidaba toda distinción entre amigo y enemigo.

—Será mi muerte —murmuró el general y, aguzando el oído, añadió—: ¡Y la de un buen numero de árabes también!

El tiroteo paró repentinamente.

—¡Nos han engañado! —gritó el jefe del escuadrón de jinetes del desierto.

—¡Querrás decir que habéis ido por lana, saliendo trasquilados! —dijo Ino, mirando con cautela de un lado a otro.

El árabe maldijo a todo el mundo y a todas las cosas, incluyendo a su propio padre por haber criado a un hijo tan estúpido.

—¡Nadie de nosotros ha principiado esta lucha! —chilló—. ¡Ha sido otra persona!

—¡Lo siento mucho, pero no puedo creerlo! —replicó Ino.

—No hemos tirado la granada —replicó el árabe—. ¡Nosotros no las tenemos!

El general Ino se levantó de detrás de su peñasco como un pájaro.

—¡Nos han burlado! —gritó.

El viento soplaba en el cañón, pero unos minutos transcurrieron antes de que se levantara el humo. Entre tanto, el general Ino y los demás no podían hacer nada sino ir de un lado a otro blasfemando.

Al disiparse la nube de color de sepia, se vieron dos árabes decapitados en la arena.

El general Ino se acercó a Proudman Shaster.

—¿Hay alguno de esos aliados tuyos que sepa de ese machete que llevas debajo de la chaqueta?

—No —contestó Shaster, que estaba calmado del todo.

—Es preferible que lo ignoren —aconsejó el general.

—¿Crees...?

Pensase lo que pensase, el general cambió de idea cuando contó a los árabes y descubrió que tres de ellos estaban ausentes. Sus cuerpos no fueron hallados.

—¡Traidores! —acusó.

Se descubrió también que Pey-deh-eh-ghan había desaparecido.

—¡Traidores! —dijo el general Ino—. ¡Tres de vosotros han robado a Pey-deh-eh-ghan!

En muy contadas ocasiones el general Ino, el supercriminal afable y cortes, que gustaba de sembrar sus discursos con palabras extranjeras, gritaba de aquella manera.

Pareció un momento que la lucha iba a reanudarse, pero los árabes se limitaron a sacudir la cabeza y a jurar por la barba e incluso por la cabeza entera de Alá, que no estaban enterados de complot alguno.

Se juntaron todos para buscar a Pey-deh-eh-ghan y los tres beduinos desaparecidos y hallaron huellas.

Estudiando estas, decidieron que los tres hijos del desierto se habían llevado a la ex momia.

Intentaron seguir la pista y lo lograron durante las primeras cien yardas, antes de sentarse en la arena, desconcertados y compitiendo entre sí a quien juraba mejor por su Mahoma.

Cogiéndose la cabeza entre las manos, el general Ino murmuró:

—No me he visto nunca en mi vida metido en una lucha como esta, sin comprender lo que pasaba.

Proudman Shaster estaba a un lado, hundido en sus reflexiones. De pronto se acercó:

—Se me ha ocurrido una idea, una sospecha horrible —murmuró con voz trémula—. ¿No será todo esto obra de Doc Savage?

El general Ino se dejo caer en la arena y dijo roncamente: —¿Crees...?

—¡No es más que una corazonada!... Esas bombas de humo... Las granadas... Esos árabes parecen asombrados, sinceramente.

El general Ino estaba demasiado sorprendido para hablar.

Se oyó un ruido de pisadas de caballos en el cañón y muchas voces se elevaron en una canción. Un coro era cantado en ingles y el siguiente por los árabes.

Hombre bronce fue a Arabia

Oh, aye oh!

Bronce fue a Arabia,

Pobre bronce!

Los árabes seguían cantando lo mismo aproximadamente en su propio idioma y los blancos proseguían:

Arabia maldita,

Oh, aye oh!

Cayo de una roca.

Bronce, Bronce!

Al general Ino le faltó poco para sufrir un ataque delante de ellos.

—¡Buena oportunidad para cantar coplas de ciego! —gritó.

Le dijeron entonces que Doc Savage había muerto. Habían visto el cuerpo del hombre de bronce que había caído del acantilado.

Lo habían acribillado a balazos y la sangre roja había corrido.

El general Ino pareció animarse y Proudman Shaster declaró que era verdaderamente maravilloso.

—Ahora podemos encontrar a vuestros tres amigos y a Pey-deh-eh-ghan —les dijo Ino a los beduinos.

Se pusieron en camino; pero, ante todo, los árabes se apearon y, hundiendo la frente en la arena, pidieron a Alá que les acompañase, aunque no fuese más que por una vez. El general Ino decidió que obraban de una manera sincera y convincente.

CAPÍTULO XIV

DOS ALIADOS

LOS tres árabes reposaban uno al lado del otro a la sombra de una roca saliente. Ninguno de los tres podía mover las piernas ni el brazo izquierdo.

El brazo derecho lo movían como de costumbre, pero no podían hacer funcionar los músculos de la garganta ni las cuerdas vocales, de manera que no les era posible dejar oír sonido alguno.

Doc Savage guardó cuidadosamente la jeringuilla que había usado para inyectar el anestésico local que había paralizado parte del cuerpo de sus prisioneros.

Lo había empleado en forma concentrada y un día transcurriría por lo menos antes de que los prisioneros pudiesen moverse o gritar.

Habría sido más sencillo dejarles totalmente inconscientes y ocultos en aquel rincón perdido, pero había chacales en los alrededores así como otros animales de presa que devorarían a un hombre indefenso.

Doc dejó a cada hombre armado con su cuchillo. Las hojas les servirían para defenderse.

Los tres beduinos miraban al gigante de bronce con asombro. Estaban extrañados desde que el hombre de bronce les agarró y se los llevó junto con Pey-deh-eh-ghan durante la lucha que, según comprendieron, Doc había iniciado.

A ratos, aquel hombre asombroso que parecía hecho de metal, los había llevado a los tres y a la ex momia simultáneamente y sin gran esfuerzo aparente, a un paso que muchos hombres que no llevasen carga no habrían podido seguir.

Doc Savage habló en el antiguo idioma de Pey-deh-eh-ghan.

—Lo mejor que podemos hacer es alejarnos de aquí —dijo.

No hablaba con gran corrección aquella lengua, pero era por cierto lo mejor que Pey-deh-eh-ghan había oído.

“Día de pago”, como Monk le había bautizado, descubrió sus dientes amarillentos y regulares en su sonrisa.

—Dime —preguntó repentinamente—. ¿Eres mortal?

Doc tuvo que reflexionar brevemente antes de comprender el alcance de estas palabras.

—Lo soy —admitió.

“Día de pago” dijo algo demasiado deprisa para que se pudiera comprenderlo, pero era evidente que declaraba haber presenciado algunos milagros que le hacían dudar de la afirmación del gigante de bronce.

—Dime —solicitó "Día de pago", con mayor lentitud—, ¿por qué te has apoderado de mí?

—Conoces el emplazamiento de un tesoro —dijo Doc.

"Día de pago" había sido un gran pirata en sus días y comprendió lo que Doc quería decir.

—Se trata de mi tesoro —le recordó.

—Pero eres mi prisionero. No puedes escapar y algunas cosas desagradables podían ocurrirte...

"Día de pago" contempló los notables músculos de Doc.

—Puede ser —admitió a regañadientes—. También es cierto que no tenía confianza en esos hombres de cuyas manos me has sacado.

Doc dijo:

—Los niños no fían en los extraños y los locos son los únicos que creen...

"Día de pago" volvió a sonreír con mayor franqueza.

—¿Quieres ser mi asociado?

—¿Desde cuando han repartido los cazadores de miel la miel descubierta con las abejas? —replicó Doc.

"Día de pago" comprendía esta clase de conversación.

—Un lobo con dos ojos puede vigilar a otro lobo, pero no a cuarenta —dijo.

—Precisamente y dos hombres pueden vigilarse mutuamente.

"Día de pago" estaba preocupado por algo:

—Esos hombres que me tenían prisionero te temían sobremanera. Decían que eres un ser diabólico.

—Cuestión de opinión —dijo Doc.

—Podríamos ir a medias —ofreció "Día de pago”—. Hay mucho para varios y más para dos.

Doc se encogió de hombros y dijo: —Vamos.

"Día de pago" sonrió. Era evidente que estaba convencido de que Doc era un verdadero diablo y que estaba conforme en aceptarlo como socio.

Doc Savage y "Día de pago" anduvieron con cuidado para no ser vistos.

"Día de pago" dijo:

—Ellos tienen en su poder a cinco hombres tuyos que van a perder la cabeza.

Doc replicó: —¿Acaso una mosca ayuda a otras moscas que se han dejado agarrar en una telaraña?

"Día de pago" aprobó este lenguaje. Rió una vez, sonido extraño que hacia pensar que la risa debe haber cambiado mucho en el transcurso de los últimos siglos.

—Me torturaron —dijo "Día de pago" al cabo de un momento—. No es cuerdo el hombre que se deja cortar la mano derecha cuando lleva riquezas en la izquierda. Les di una idea general del lugar donde se halla la tumba.

Doc se paró y miró a "Día de pago" con una mueca critica y algo despreciativa.

—¡Los chacales aúllan siempre muy alto en la trampa! —dijo secamente.

"Día de pago" se resintió al parecer por esta critica y lo demostró con su mirada airada. Durante un momento, ambos hombres imitaron dos perros antagonistas.

—Pero el chacal sabio aúlla como si estuviera moribundo y muerde cuando se le presenta la ocasión —concedió finalmente el hombre de bronce.

Esto satisfizo la dignidad de "Día de pago".

—La sabiduría sabe reconocer a la sabiduría —declaró.

—Es preciso parar a esos hombres —dijo Doc Savage.

—Son muchos.

—Pero muchos hombres han bebido agua mala, encontrándole buen sabor.

"Día de pago" dijo entonces sin más rodeos: —¿Veneno?

—El amigo de los gusanos que se alimentan en los cuerpos de los hombres —dijo Doc Savage.

—¿Llevas veneno?

—El que viaja sin estar preparado es un loco.

"Día de pago" rió nuevamente.

Te enseñare el lugar donde nuestros enemigos acampan —dijo.

Eso era lo que Doc quería saber. Deseaba salvar a sus cinco ayudantes, si era posible. De haberlo mencionado, "Día de pago" habría, sin duda, objetado que “demasiados cocineros estropean la sopa” o algo equivalente y habría rehusado, pero la astucia una corta conversación le habían llevado al mismo resultado, sin que Doc mintiera descaradamente.

Echaron a andar rápidamente por las montañas.

Monk estaba echado de espaldas, quejándose: —Esto es lo que llamo serle útil a Doc.

Estaba atado y maniatado así como sus cuatro amigos.

Ham rezongo: —¡Maldito mico! ¡Tu compraste esa cesta de dátiles!

—¡No me hables de dátiles! —aulló Monk.

—¡Dátiles! —gritó Ham—. ¡Dátiles, dátiles, dátiles...!

Un rostro cubierto con un casco blanco penetró en la tienda, un rostro feo y feroz.

—¡Balas! —dijo su dueño—. ¡Balas, balas! ¡Una carretada de ellas si no calláis!

—¿Quién es ese sujeto? —murmuró Monk, cuando se hubo retirado la visión.

—Un blanco renegado corría por ahí con los árabes —declaró Long Tom—. Me he enterado que él cerró el trato entre los árabes y el general Ino.

—Su nombre es Sandy —intercaló pausadamente Johnny.

En vista de que sospechaban que Sandy hablaba en serio al mencionar balas, callaron todos. Hacia muchísimo calor y la tienda, sobre sus cabezas, semejaba una llama blanca.

Las horas transcurrían. Sus ojos se llenaban de sudor salado, y cuando daban vueltas, la arena caliente les ahogaba.

Además unos bichos, parásitos, habían salido de la arena, dándoles algunos mordiscos de prueba y volviendo atrás para traer millones de hermanos suyos.

—¡Por menos de diez céntimos empezaría a gritar para que ese Sandy me pegara un tiro! —gimió Monk.

Finalmente se oyó un ruido intenso como si un grupo de hombres, caballos y camellos llegasen. Se oyeron gritos en árabe.

—El general Ino y el resto han regresado —declaró Johnny—. Ahora quedaremos aliviados.

Johnny no había usado una sola palabra larga durante horas, pero no era un alivio precisamente lo que iban a experimentar.

El general Ino abrió la puertecita de la tienda.

—Sacadles —ordeno—. Desnudadles. Quitadles toda la ropa.

—¡Eh! —gritó Monk—. ¿Qué quieres decir con esto?

—Así podréis correr más deprisa —le dijo el general Ino.

—En este caso es preferible que tú empieces a desnudarte —contestó Monk, airado.

El general Ino rió:

—¡La fanfarronería es el recurso de los cobardes, no de los hombres valientes!

Ham gritó a Monk.

—¡Siempre te lo había dicho!

Otros beduinos cubiertos con albornoces penetraron en la tienda y desnudaron a los cautivos, sencilla y efectivamente, cortándoles las ropas con sus cuchillos.

No eran muy cuidadosos y les hicieron algunos pequeños cortes durante la operación.

Afuera, unos hombres de piel obscura, montados a caballo y en camellos, estaban alineados.

Llevaban rifles en la espalda y pistolas en el cinto, pero cada hombre sostenía en la mano un cuchillo o un sable, es decir, el arma blanca de que disponía.

Renny miró en torno y se sintió desanimado por las expresiones que sorprendió.

—¡Rayos y truenos! —exclamó—. ¿Qué idea es esta?

—Os vamos a soltar —dijo el general Ino.

—¿A soltarnos?

—Y tendréis una probabilidad de correr más deprisa que los caballos —murmuró en general Ino—. ¿No habéis oído hablar nunca del viejo juego del “perro y de la liebre”, la versión del buen guerrero del desierto?

El rostro alargado de Renny cambió de expresión.

—¿Quieres decir que van a perseguirnos y usar esos cuchillos y sables?

—Has acertado.

Renny gritó a voz en cuello: —No hay nada que hacer.

—Como quieras. Es probable que cambiaras de ideas después de la primera caricia de un sable y que correrás. Es lo que se suele decir, si he de creer a mis amigos con albornoz.

Llevaron los prisioneros a corta distancia del campamento. Seguían atados de pies y manos, pero una vez allí, les cortaron las ataduras de las muñecas.

Les dejaron los tobillos atados mientras alienaban a los caballos y a los camellos. Era evidente que aquello tenía que hacerse así.

Long Tom, que estaba levemente más pálido que de costumbre, murmuro:

—¡Esos sujetos no son humanos!

—No tienes más que el aspecto —asintió Monk, secamente.

—¡Lo cual es más de lo que puedes decir! —intercaló Ham.

Aquel cambio sempiterno de insultos en cualquier situación que estuviesen era algo asombroso, pero se había transformado en una costumbre y los que les conocían, acostumbraban decir que se levantarían del ataúd en el momento de ser enterrados, para cambiar unas postreras injurias.

Un árabe llegó corriendo con *Química*, el mono favorito de Ham.

—El animal correrá la misma suerte que vosotros —declaró el general Ino—. Ha mordido a todos los que se le han acercado.

Todo estaba dispuesto. El general Ino se sacó la pistola y explicó:

—Para que todo vaya bien, dispararé una sola vez.

Levantó el arma.

En una punta rocosa, a doscientas yardas de distancia, un hombre gritó. Era un sujeto alto, de rostro cetrino y aun a esa distancia no se podía confundirlo.

Era Pey-deh-eh-ghan.

El general Ino no apretó el gatillo, pero gritó con toda le fuerza de sus pulmones: —¡Apresadlos! ¡Pronto!

En su excitación, habló ingles, que pocos beduinos comprendían. Sin embargo, no era preciso que le comprendiesen, pues corrían ya locamente hacia la ex momia que se hallaba en el peñasco.

La carga pareció asustar a Pey-deh-eh-ghan. Dio media vuelta y desapareció.

—¡Pronto! —aulló el general Ino—. ¡Podréis seguirle la pista!

Todos los caballos y camellos tomaban parte en la persecución. Los hombres que estaban a pie cargaron también.

—¡Aquí! —llamó el general Ino, en árabe—. ¡Ayudadme!

Acudieron y volvieron a atar a los prisioneros. Luego, todos se lanzaron detrás de la ex momia.

A los tres minutos, no quedaba un solo hombre alrededor de las tiendas.

Pey-deh-eh-ghan era el premio, la llave del tesoro de un Faraón pirata.

Todos deseaban agarrarlo.

Doc Savage surgió en el campamento. Aparentemente salió de la arena y tenía en la mano un cuchillo preparado para cortar las cuerdas que ataban a los prisioneros.

—¡Corred! —ordenó, cortando sus ataduras.

—¿Y nuestras ropas? —se quejó Monk—. ¡Además, esos bandidos pueden haber dejado centinelas!

—¡Corred! —volvió a decir Doc.

Corrieron, con la cabeza gacha. La arena estaba tan caliente bajo sus plantas desnudas que sus rostros se contraían de dolor, pero salieron del campamento y llegaron a los cañones de roca negra sin haber oído un tiro ni un grito.

—De ahora en adelante, creo en los milagros —dijo suavemente el fornido de Renny.

—Será un milagro si esta arena no me cuece los pies —se quejó Ham.

—¡No puedes esperar pasearte por el desierto con esa clase de vestidos que te gusta llevar! —declaró Monk.

Pero no hablaron mucho, pues era peligroso. Doc Savage había escogido bien el camino y no tardaron en llegar a la piedra dura donde no dejarían huellas de su paso.

El hombre de bronce rasgó parte de sus ropas y les entregó fragmentos de las mismas para que se enjugaran el sudor y este no dejase manchas traidoras en la arena.

Todos, excepción hecha de Doc, se sorprendieron cuando Pey-deh-eh-ghan surgió inesperadamente ante su vista.

—¡Buen "Día de pago"! —chilló Monk—. ¡Nos has salvado el pellejo!

"Día de pago" no tenía la expresión de un hombre que ha cometido una buena acción. Parecía enfurecido e increpó a Doc, haciendo grandes movimientos con los brazos abiertos.

Doc le contestó y estuvieron un momento discutiendo.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó Johnny, que era un arqueólogo y bastante buen lingüista para comprender lo que decían—. ¡Pey-deh-eh-ghan esta furioso porque Doc nos ha salvado!

—¡Eh! —exclamó Monk, parpadeando.

—Pey-deh-eh-ghan dice que Doc le dio a entender que era preciso alejar a los hombres del campamento con el fin de Doc pudiera envenenar el agua que beben —explicó Johnny—. ¡Pero Doc nos ha salvado a nosotros y "Día de pago"... quiero decir Pey-deh-eh-ghan, dice que Doc le ha traicionado!

Monk cerró un ojo y miró amenazadoramente a "Día de pago" con el otro.

—¿Significa que esa cosa salida de un sarcófago quiere vernos muertos? Voy a hundirles cuatro costillas.

Monk tuvo que posponer esta demostración de amistad mientras Doc y "Día de pago" discutían acaloradamente.

—Es la primera vez que veo a Doc gastar tanta saliva con alguien —rezongó Long Tom.

—Ese Pey-deh-eh-ghan tiene algunos miles de años de edad —le recordó Johnny con dignidad—. Se le ha de tratar con consideración.

Monk meneó los dedos del pie derecho.

—Aquí tengo yo el trato de consideración que merece.

Pero la discusión concluyó con un ademán resignado de "Día de pago".

Doc Savage declaró:

—Acaba por decir que todo esta bien mientras vosotros no pretendáis repartiros su parte del botín, pero será preciso vigilarle de ahora en adelante. A decir verdad, siempre se debió vigilarle, pues se trata de un bribón de siete suelas, tanto o más que el general Ino y sus compinches.

Se pusieron en marcha, pues les convenía poner todo el terreno posible entre sus enemigos y ellos.

Renny pregunto de pronto a Doc:

—¿Cómo ha podido "Día de pago" escapar tan fácilmente de los árabes y de Ino?

—Lo teníamos todo preparado de antemano —explicó Doc—. "Día de pago" dejó en la arena las huellas de un hombre que corre antes de enseñarse. Luego, después de que los hombres del general Ino le hubieron visto, se apartó, anduvo sobre terreno rocoso y se reunió con nosotros. El general Ino y sus hombres vieron la pista falsa, desde luego, y supusieron que la acababa de hacer.

Renny le recordó: —Pero descubrirán su error.

—No tardará en ser de noche —declaró Doc Savage.

CAPÍTULO XV

LA TRAMPA EN LA TUMBA

SE hizo de noche. Esta era obscurísima, hubo las mismas nubes, los mismos truenos y relámpagos que el día anterior a esta fuerte tormenta.

—Llueve rara vez dos días seguidos en esta región —declaró Johnny que, por ser geólogo, estaba enterado de esas cosa—. Sin embargo, esta es la estación lluviosa.

—¡Por eso será! —rezongó Monk—. ¡La estación lluviosa! Anoche, estábamos en una colina, en la cumbre, y el agua subió a una altura increíble antes de correr abajo.

Pey-deh-eh-ghan hallaba alguna dificultad en orientarse. Desconocía por completo las brújulas y renunciaron a explicarle su uso. Tampoco sirvieron de nada las fotografías aéreas que Doc había tomado y que le enseñaron.

Johnny examinó las fotografías con gran interés y pareció desanimado.

Empezó a decir:

—Según mi prolegómeno es indubitable que no hay manifestación de ningún...

—¡Óyeme! —gruño Monk—. Aquí hay un sujeto a quien no entiendo... "Día de pago". ¿Por qué no le dejas el campo libre?

Johnny pareció apenado y dijo:

—Lo que iba a decir es que no veo rastro alguno de tumba en estas fotografías.

Que aquel sangriento asunto se hubiera desarrollado para nada, no resultaba una idea muy alentadora y nadie hizo comentario alguno.

Pey-deh-eh-ghan acabó por disgustarse con su propia

incapacidad de decir adonde quería ir. Se enfureció, tiró su sombrero y lo pateó.

—Un niño enojado rompe sus juguetes —sugirió Doc, hablando el idioma de la ex momia.

—Y un lago que no tiene salida no tarda en quedar estancado —replicó el antiguo Faraón, que en sus buenos días debió ser hombre de algún ingenio.

Cinco minutos después, Pey-deh-eh-ghan miró una alta loma rocosa, de extraña conformación puntiaguda y dejo oír una exclamaciones de placer, parecidas a un cloqueo.

—¡Como si hubiese puesto un huevo! —dijo Monk—. ¿Qué mosca le ha picado?

—Dice que es el cerco de los Leones Galopantes —tradujo Doc —. Reconoce el terreno.

Monk parpadeó examinando la forma del cerro:

—Si, tiene una forma especial, pero en cuanto a leones galopantes, podría tratarse de cualquier cosa corriendo, caminando, o… tal vez…

—Montando una bicicleta —dijo Ham—. Hablas demasiado.

Pey-deh-eh-ghan echó a andar hacia el cerro y tuvieron que correr para alcanzarle. La ex momia encontró un estrecho cañón y se metió dentro.

La luz quedó inmediatamente transformada en una semi oscuridad que hacia peligroso todo avance rápido.

—¡Ay! —se quejó Renny, cayendo sobre una roca.

—Correremos el riesgo de encender una luz de vez en cuando —decidió Doc.

Esos breves intervalos de claridad revelaron las paredes del cañón que no eran negras, sino rojizas.

Por todas partes estaban perforadas con agujeros perfectamente cuadrados, bastante grandes para dejar pasar el cuerpo de un hombre.

Renny se paró de repente.

—¡Rayos y truenos! —rezongó—. He creído un momento que estaba en una calle y que estos hoyos eran ventanas practicadas en las paredes de los edificios.

Doc se acercó y alumbró una de las aberturas. Todos vieron una estancia abierta en la roca y del tamaño de un vagón de ferrocarril.

A lo largo de las paredes había estantes de piedra de unos siete pies de largo.

Examinaron otras tres habitaciones, encontrándolas enteramente iguales.

Johnny miro al aire y dijo:

—Las paredes del cañón sobresalen de tal modo que abrigan contra la lluvia y el sol. Esto explica el buen estado en que se hallan estas cosas, pues la roca no es muy dura.

—Si puedes seguir usando palabras cortas, dinos que es eso —le pidió Monk.

—Cuarteles —contestó Johnny—. Sin duda, para alojar a los esclavos que construían las tumbas.

Monk se rascó la cabeza y dijo:

—Si se han tomado esta molestia, la construcción de la tumba debió durar algún tiempo... tal vez un año.

Johnny hizo una pregunta en antiguo egipcio a Pey-deh-eh-ghan. Este le contestó:

—Trabajaron un *angh* y la tercera parte de otro *angh* durante nueve años para construir la tumba —explico Johnny.

—¿Qué es un *angh*?

—Aproximadamente diez mil hombres.

—¡Brr! ¡Trece mil esclavos durante nueve años!

Pey-deh-eh-ghan sentía ansia de seguir adelante y se había alejado de ellos.

Corrieron hasta alcanzarle.

De vez en cuando, la ex momia les miraba como si algo le preocupara, pero guardó silencio.

—Diez... es decir, trece mil esclavos durante nueve años —rezongó Monk que estaba a retaguardia—. ¡Oídme, apuesto lo que queráis a que vamos a encontrar la tumba de "Día de pago" vacía!

—Quisiera... —dijo Johnny con acento mordaz—, que dejará de llamar a este hombre "Día de pago". Era un Faraón, un gran jefe en sus tiempos, un hombre merecedor de respeto... Llámale por su nombre. Pey-deh-eh-ghan.

—¡Bien! —contestó Monk—. ¿Quieres apostar?

—¿Por qué? ¿Qué es lo que te hace sospechar que la riqueza no esta allí?

Con trece mil esclavos, sin contar los guardias, sabedores todos

el emplazamiento —dijo Monk—, me juego cualquier cosa que alguien regresó y se lo llevó todo.

Johnny reflexionó y pareció preocupado. Johnny, que era el prototipo del erudito, del sabio, se excitaba rara vez ante la perspectiva de dinero o tesoros, pero en el caso presente se trataba de algo más que de un tesoro.

Estaba en juego uno de los mayores hallazgos arqueológicos del siglo.

—Me parece que se lo voy a preguntar a Pey-deh-eh-ghan —dijo.

Regresó como si hubiese descubierto una tarántula en el bolsillo de su chaqueta y siguió andando sin ofrecer explicaciones.

—¡Pues bien! —dijo Monk—. ¿Has perdido la lengua?

—Pey-deh-eh-ghan dice que todos los esclavos fueron ejecutados una vez el trabajo terminado para que el emplazamiento de la tumba quedara en secreto —dijo Johnny, a regañadientes.

—¡Santo cielo! —exclamó Monk—. ¡Nos paseamos con uno de los campeones asesinos de la Historia!

Pey-deh-eh-ghan se detuvo repentinamente.

—Ha llegado a la entrada de la tumba —dijo Monk.

La ex momia se había detenido al lado de un bloque de piedra que tendría cerca de cincuenta pies de ancho y otros tantos de alto, o cuando menos así lo evaluaron cuando lo alumbraron con su lámpara.

Monk dio la vuelta al bloque.

—Es tan cuadrado como la cabeza de Ham —dijo sarcásticamente.

Tanteó la piedra pensativamente con las uñas. A continuación, buscó en el suelo con la punta del pie, descubrió una piedra suelta y dio unos golpes en el cubo de piedra. Era tan duro que parecía de acero.

—Es como el cerebro de Monk cuando se excede —declaró Ham con sorna.

—¿Qué clase de roca es esta? —preguntó Monk, sin hacerle caso al elegante abogado.

Johnny contestó:

—Es una piedra que se usó en gran número de tumbas antiguas y que traían de muy lejos. Algunos arqueólogos creen que tiene un

significado religioso mientras otros opinan que se usó sencillamente a causa de su dureza.

Buscando probablemente alguna puerta, Doc pasó el haz de luz de su lámpara por la superficie del cubo de piedra.

La luz dio de lleno en Monk que, al igual que sus compañeros, no llevaba un solo hilo de ropa sobre su cuerpo.

Ham estallo en una risa alegre: —¡Eres una visión, Monk!

Pey-deh-eh-ghan habló antes de que Monk pensara en una contestación adecuada. Doc le escuchó con atención.

—Dice que la tumba no ha sido tocada —tradujo Doc Savage a sus amigos—. Y quiere saber como haremos el reparto.

—¡Todo será vendido a los museos, desde luego! —dijo Johnny —, y el resultado de las ventas ira a parar a las obras de beneficencia, como siempre.

Doc replicó: —¡No está indicado decirle eso!

—Déjame hacerle entrar en razón —sugirió Monk—. ¡Le voy a dejar blando como la cera!

Pey-deh-eh-ghan volvió a hablar y por su tono sus oyentes adivinaron que hacia una proposición.

—Dice —tradujo Doc—, que la mitad es suya y la otra mía y que si vosotros queréis algo a de ser de mi parte.

—Dile que si —sugirió Ham—. Cuando lo tengamos todo lo arreglaremos.

—Se vislumbra la honradez típica del abogado ya en esta proposición —se burló Monk. Pey-deh-eh-ghan les resolvió el problema dando su conformidad. Meneó los brazos, se encogió de hombros, dio media vuelta y apretó un lado del bloque de piedra.

—¡Una puerta secreta! —exclamó Monk.

Rodearon a la ex momia, y cuando les hizo ademán de apretar, así lo hicieron. Nada ocurrió aparentemente. No había puerta secreta alguna.

Pero Pey-deh-eh-ghan parecía satisfecho y se alejó del bloque.

—¡No entiendo lo que pasa! —se quejó Monk.

La ex momia cubrió una distancia de unas cien yardas, luego se encaramó por un sendero en pendiente y entró en una de las estancias de piedra, empezando a dar puntapiés en el suelo.

Una enorme losa se movió, quedando inclinada. Agarraron la roca, la sacaron de su sitio y dejaron al descubierto un pasadizo tan

inclinado que se caminaba con dificultad por el mismo sin resbalar.

Doc hizo uso de su lámpara sin temor a ser visto. Pey-deh-eh-ghan sonrió y dijo algo.

—Dice que el enorme bloque es un engaño, aunque al apretarlo en determinados sitios se hace funcionar una larga serie de palancas que sueltan esta piedra —explicó Johnny.

Pey-deh-eh-ghan entró por la abertura, seguido de Doc y de sus hombres, en fila india. El pasadizo tenía cuatro pies de ancho por el doble de alto.

Su pendiente era muy pronunciada.

El Faraón se detuvo y empujó una cuña de roca. Se oyó un ruido formidable y la piedra cayo en su sitio a sus espaldas.

—Eso me preocupa —dijo Monk—. Si el general Ino hubiese venido y encontrado la puerta abierta, habría entrado sin dificultad.

El túnel seguía bajando interminablemente con el mismo ángulo. No tenía ramificaciones y las paredes eran lisas.

Cuando, de pronto, llegaron a un recodo, todos se sintieron aliviados.

La primera escultura apareció en el túnel. Estaba hecha en la pared misma.

No tenía más de un pie de alto y representaba un muchacho y un animal, un cordero sin duda.

La escultura siguiente era más grande, el muchacho aparentaba tener más edad, y acompañado de más corderos.

La escultura era excelente, tratándose de aquella época.

En la siguiente, el muchacho se había transformado en un joven y tenía burros además de los corderos.

—¡Dejadme la lámpara! —exclamó Johnny—. ¡Quisiera mirar esto de cerca! Son ejemplares notables.

Doc le prestó la luz. Una obscuridad extraordinaria reinaba en el pasadizo.

Las esculturas crecieron y acabaron por ser de tamaño natural. El joven iba ya armado. En la siguiente, uno o dos soldados le seguían. El numero de soldados fue en aumento y acabo por transformarse en una legión.

El muchacho, ya hombre, no tenía ya corderos. Tenía ciudades, pirámides, tumbas, buques, soldados y mujeres.

Johnny preguntó algo a Pey-deh-eh-ghan, obtuvo una

contestación y la tradujo.

—Esas esculturas representan la vida de Pey-deh-eh-ghan, de hijo pastor a Faraón —explicó.

Las esculturas que representaba a Pey-deh-eh-ghan se hicieron mayores.

Sus grandes brazos musculosos abarcaban el pasadizo entero. Luego se hicieron tan enormes que no hubo sitio más que para su cabeza.

Finalmente, el pasadizo acabó en un rostro y en una enorme boca. Era la traducción de un individuo que tiene la intención de tragarse el mundo.

—La naturaleza humana no ha cambiado mucho —murmuró Monk.

Tuvieron que doblar la espalda para penetrar por la boca.

Johnny, que sostenía en la mano la lámpara, le pisaba los talones a Pey-deh-eh-ghan y estaba excitadísimo. Sus compañeros venían detrás en una obscuridad casi completa.

Había allí centenares de estatuas de hombres y mujeres arrodillados y mirando todos una puerta situada al otro extremo de la inmensa sala.

Esas figuras eran de tamaño natural, bien hechas todas y formaban un conjunto imponente.

Pey-deh-eh-ghan dijo algo.

—Explica que son los nobles de su imperio que rezan por él en el otro mundo —tradujo Johnny—. Rezan porque cuando sea Rey del Cielo, no se muestre demasiado duro con los dioses que le precedieron.

—¡Vaya optimista! —resopló Monk.

Pey-deh-eh-ghan cruzó la estancia, siempre seguido de cerca por Johnny que alumbraba el camino con su lámpara.

El Faraón alcanzaba ya la puerta cuando se volvió de repente y señaló un punto al otro lado de la estancia. Johnny miró en la dirección indicada y Pey-deh-eh-ghan le dio un puntapié en el estomago.

CAPÍTULO XVI

LA ASTUTA EX MOMIA

PEY-DEH-EH-GHAN saltó hacia atrás y traspuso la puerta. Instantáneamente, cuando su peso cayó, se oyó el ruido de una piedra que se movía y rodaba.

La ex momia lanzó una risa aguda. Tanteó y se aseguró que la puerta estaba cerrada por una enorme piedra. La ex momia sabia donde estaba y la carencia de luz no le importaba. Se metió a la izquierda, en el interior de una especie de estrecho pozo que tenía peldaños cortados en la roca y se encaramó por ella.

En un nicho, halló algunas armas. Se apoderó de ellas y las examinó. El tiempo no había inutilizado las lanzas y venablos, cuyas puntas se separaron de los mangos bajo la presión de su mano, pero un enorme sable de bronce le dio satisfacción.

Llevándolo en la mano, se deslizó a lo largo de un pasadizo hasta hallar una roca en el suelo, provista de anillas y sujeta en un sitio por cuñas de piedra hábilmente colocadas. Soltó las cuñas, agarró las anillas y levantó la piedra.

Llamó a Doc Savage en su idioma nativo:

—He intentado apartar a tu amigo de la trampa antes de que accidentalmente la hiciera caer —mintió la ex momia—. Si quieres ponerte debajo de este agujero, tal vez pueda bajar el brazo y al saltar lo agarres.

Pey-deh-eh-ghan preparó su sable para herir al hombre de bronce.

A continuación, Doc habló recurriendo a la ventriloquia, de tal modo que era imposible decir donde se hallaba.

—Alejaos del agujero —dijo Doc—. Se trata probablemente de otro ardid.

Monk gritó: —¡Doc! ¡El camino por el cual hemos venido esta cerrado!

Doc no contestó.

Pey-deh-eh-ghan permaneció con el sable en alto hasta que se convenció de la inutilidad de esperar más. A continuación, volvió a emplazar la piedra, colocó las cuñas y, deslizándose, examinó la otra puerta.

Los siglos no habían echado a perder la eficacia de aquel extremo de la trampa. Podían abrirse por aquel lado, pero no desde el interior y era tan grueso como Pey-deh-eh-ghan era alto.

La ex momia se sentó para descansar y reflexionar. Ya no era lo que había sido en otros tiempos y la noche había transcurrido fértil en acontecimientos.

Finalmente se levantó y salió de los túneles subterráneos.

Afuera estaba lloviendo. Los truenos y relámpagos transformaban las montañas negras en un campo de batalla ruidoso.

Teniendo en cuenta la cantidad de agua que caía, muy poca corría por el suelo del cañón. La ex momia lo vadeó y no le subió más arriba del tobillo.

Rió para sus adentros y miró una vez hacia arriba y la montaña que cubría la tumba, de un modo extraño. Siguió andando.

La lluvia borraría las huellas que podían revelar el hecho de que la ex momia había traído a Doc Savage y a sus ayudantes hasta allí.

El antiguo Faraón se encaminó al campamento del general Ino.

Proudman Shaster, el abogado, había estado con el general Ino mucho tiempo y sabia que si el general estaba tranquilo cuando había motivos para que se tirara de los pelos, era preciso abrir el ojo. Cuanto más sereno parecía el general, más furioso estaba y en la actualidad estaba completamente sereno.

Los árabes no conocían a su jefe. Llegaron cabizbajos con la noticia de no haber hallado rastro alguno de los hombres de Doc Savage ni de Pey-deh-eh-ghan y se alejaron sonriendo cuando el general no estalló desahogando sus iras.

El general Ino miró a Proudman Shaster y dijo:

—¡En realidad estoy tan fuera de mí, que seria capaz de envenenar a todo el mundo, aquí, incluso a mí!

Shaster se retorció las manos huesudas y adoptó un aire desgraciado. A juzgar por su expresión, nada era ya “maravilloso”.

La tormenta se alejó, dejándolos a todos calados hasta los huesos en medio de una atmósfera verdaderamente fría.

El general Ino se sentó y empezó a tararear una canción que hablaba de una muchacha feliz en medio de los tulipanes.

La repitió en media docena de idiomas y finalmente la canturreó en el antiguo egipcio que Pey-deh-eh-ghan hablaba.

El general Ino se había tomado la molestia de estudiar aquel lenguaje y aunque no lo dominaba, podía hacerse comprender de la ex momia y comprender lo que ella decía.

El general tenía un cerebro que sabia concentrarse y aprender cualquier cosa en poco tiempo.

Cuando Pey-deh-eh-ghan surgió del desierto, uno de los hombres vestidos de árabes —era el blanco llamado Sandy— lanzó un grito y estuvo a punto de pegarle un tiro.

Pey-deh-eh-ghan les saludó con una ancha sonrisa y empezó a soltar mentiras.

Les dijo que era Doc Savage disfrazado el que les había llamado desde la colina y no él. Añadió que Doc se lo había llevado consigo por la fuerza.

El general Ino demostró asombro al enterarse que Doc Savage seguía vivo.

La ex momia concluyó diciendo que había escapado para regresar a su lado y que si ellos le protegían contra Doc Savage, les enseñaría la tumba.

Todos se encaminaron a la tumba de muy buen humor.

Al llegar al cañón de los cuarteles de piedra, Pey-deh-eh-ghan se acercó al gran bloque de piedra, tal como lo hizo con Doc Savage.

El día nacía. La ex momia empujó el bloque, después de lo cual entraron en las habitaciones de piedra y penetraron todos en le pasadizo.

No llevaban lámparas y la oscuridad reinaba en aquel lugar.

—Dame unos cuantos palitos que se calientan y arden cuando se les frota —pidió Pey-deh-eh-ghan.

El general Ino le entregó una caja de cerillas y la ex momia fue encendiendo.

—¡Venid! —dijo en su lengua.

Les llevó al cuarto de las estatuas de piedra arrodilladas. Tomó la delantera y cuando estuvo en medio de la sala, detuvo a los

demás.

—Aquí hay una trampa para los ladrones —dijo—. Iré delante y evitaré que funcione. Vosotros os quedáis aquí un momento.

Estaba casi al otro extremo del cuarto cuando el general Ino gritó:

—¡Te acompaño!

Lo dijo tarde. Pey-deh-eh-ghan dio un salto, alcanzó una estrecha puerta que sus compañeros no habían visto, la franqueó, arrancó algunas cuñas de piedra y una enorme roca cerró ruidosamente la abertura.

Luego, la ex momia corrió por un pasadizo y cerró también la salida, la boca de piedra.

Unos minutos después se hallaba en la pequeña abertura que daba al cuarto donde se hallaban los prisioneros.

El general Ino y sus hombres gritaban tan fuerte que el Faraón tuvo que lanzar algunos chillidos antes de que le oyeran.

Alguien disparó hacia el sitio de donde provenía la voz de Pey-deh-eh-ghan, pero la bala se perdió.

La ex momia no se inmutó, aunque eso era debido a ignorancia antes que a valentía, pues no entendía todavía lo que una pistola era ni como una bala podía matar.

—Oídme —dijo.

—Estamos escuchando —le contestó el general Ino con gran dificultad.

—El zorro que cree ser el único astuto es un loco —declaro Pey-deh-eh-ghan.

El general rezongó: —¿Vienes a burlarte o a decir algo?

—A decir algo —dijo el Faraón pirata.

Y a continuación explicó que Doc Savage y sus ayudantes se hallaban prisioneros en el cuarto contiguo y que él iba a hacer funcionar un mecanismo que abriría una puerta entre ambas salas.

Podrían arreglar sus asuntos luchando.

El general Ino gritó ordenes frenéticas. Sus hombres seguían armados y blandieron revólveres en la oscuridad.

Cuando oyeron el chirrido de la losa de piedra que se abría, todos se echaron adelante, pero únicamente cuatro pasaron por el estrecho agujero a la vez.

El general Ino y Shaster, prudentes, no se hallaban entre ellos.

Los cuatro hombres hicieron un fuego nutrido que los ensordeció. No hubo contestación alguna, ni el menor sonido que probara que habían atacado a alguien o que alguien estaba a punto de atacarles. Empezaron a deslizarse por la estancia en busca del enemigo, procurando hacer el menor ruido posible.

Pey-deh-eh-ghan notó el silencio y adivinó que algo iba mal. Se acercó al agujero practicado en el techo de la sala en el cual había acorralado a Doc y sus compañeros.

La oscuridad era demasiado densa para que pudiera haber gran cosa y ningún sonido alcanzaron sus oídos.

Sacó sus cerillas, arrancó una manga de su albornoz y le pegó fuego.

Cuando despidió una llamarada, la dejó caer en el hoyo y miró con cuidado.

Doc Savage y sus ayudantes no estaban en la trampa.

Detrás de Pey-deh-eh-ghan la aguda voz de chiquillo de Monk dijo con alegría: —¡Hermanos, lo que he esperado este momento!

Al decir estas palabras, Monk agarró a la ex momia por el cuello.

Pey-deh-eh-ghan había vivido en una época en que una lucha era una lucha y los adversarios no permanecían alejados, acribillándose a balazos.

Levantó las manos, cogió a Monk por sus orejas, que por cierto eran de un tamaño notable, e hizo cuanto pudo por arrancárselas.

Monk chilló y pegó a la ex momia en los riñones. Pey-deh-eh-ghan dio un generoso mordisco en el brazo izquierdo de Monk y ambos empezaron a pegarse tan deprisa, que perdieron la cuenta de los golpes dados y recibidos.

Ham, Johnny y Renny agarraron a Monk y le apartaron mientras Doc Savage retenía a la ex momia.

Ham gritó con enfado: —¡Monk debía únicamente agarrarle!

Monk rezongo: —¡Tenía que defenderme!

Pey-deh-eh-ghan intentó de diversas maneras escapar de manos de Doc, pero la suerte le fue adversa. Renunció al fin y respiró fuerte y ruidosamente en la oscuridad hasta que volvió a recobrar el aliento que había perdido.

El general Ino y sus hombres habían oído la lucha y las palabras cambiadas.

Aullaban como lobos y dispararon por el hoyo del techo. El

general Ino juró en varios idiomas.

—¡Que música! —exclamó Renny, escuchando los ternos y exclamaciones que subías de abajo.

Pey-deh-eh-ghan gruñó con curiosidad:

—¡Sois sin dudas magos para poder atravesar las paredes!

Johnny comprendió lo que decía y preguntó a sus compañeros:

—¿Le decimos que Doc sintió sospechas cuando entramos aquí y que después de darme la lámpara se quedó rezagado, de manera que ni siquiera se hallaba en el cuarto cuando quedamos encerrados?

Long Tom exclamó:

—¡Claro que se lo puedes decir! ¡Así perderá parte de su orgullo! Dile que Doc empleó el truco de la ventriloquia para hacerle creer que estaba en la sala, cuando en realidad estaba al lado de "Día de pago". Dile que Doc nos hizo salir y que le seguíamos la pista y le vigilábamos cuando fue en busca de los hombres de general Ino y los encerró también.

—Mi sugestión es que si cree que somos magos, es preferible dejárselo creer —intercaló Doc con tono tranquilo.

Estuvieron indecisos aun momento sin saber que harían después.

Monk examinó su brazo mordido y rezongó:

—¡Espero que ese tío no estará envenenado!

—¿Te ha clavado los colmillos? —preguntó Ham.

Monk prosiguió: —Espero sobrevivir...

—Estaba preocupado con "Día de pago" —añadió Ham.

El general Ino y sus hombres dejaron de jurar y disparar. El general empezó a murmurar sin que se distinguieran bien sus palabras.

—Están maquinando algo —declaró Renny.

Pey-deh-eh-ghan se retorció, pues Doc no lo había soltado aun.

—Vamos a ver como miente ese sujeto —dijo Doc.

El hombre de bronce aflojó algo la presión que ejercía sobre la garganta de la ex momia, pero siguió aguantándola de un modo que debió darle idea de lo que la muerte por este método representaría.

—Ya no te necesitamos —dijo a Pey-deh-eh-ghan—. Ningún hombre cuerdo carga con las cenizas del fuego que ha quemado.

La ex momia aspiró todo el aire que pudo y comprendió claramente lo que Doc quería decir.

—¡Espera! —exclamó en su idioma—. Es muy difícil entrar en la tumba y te costaría mucho tiempo. A cambio de mi vida, te lo enseñaré…

Doc esperó lo bastante para fingir que estudiaba el ofrecimiento.

—Bien —dijo, aceptando.

Rodearon todos a la ex momia cuando esta echó a andar. Renny llevaba la lámpara de Doc.

Lo que habían visto en la tumba no tenía nada de particular, y sospechaban que no se trataba de otra cosa que de un pasaje exterior que contenía algunas trampas con el fin de desanimar a los vándalos.

La ex momia llegó a una abertura arqueada practicada en la piedra. Esta abertura estaba rodeada de jeroglíficos esculpidos.

—¡Brrrr! —exclamó Johnny, después de estudiar esos caracteres.

—¿Qué dice? —quiso saber Long Tom.

—Es una maldición que alcanza a cualquiera que entre —explico Johnny—. Promete una muerte horrible a cuantos la desafíen, pero no os alarméis. Esas tumbas acostumbran a estar malditas de este modo.

Monk murmuró pensativamente:

—Si, pero recuerdo la tumba de Tutank —hamon, que abrieron hace años. ¿No murieron todos los que la vieron, de un modo extraño?

—Pura coincidencia —le aseguró Johnny.

Pey-deh-eh-ghan no contribuyo a tranquilizar a Monk cuando se detuvo para mirar dramáticamente los jeroglíficos y enseguida se echó al suelo y tocó la roca con la frente delante de ellos.

Al extremo de un corto corredor, más allá de la abertura, se veía una pared de bloques de roca unidos con argamasa.

La ex momia dijo a Doc Savage: —Tendremos que quitar estas piedras.

Doc empezó a rascar con su cuchillo, sacando la argamasa. Quince minutos después pudieron quitar la primera piedra y el resto siguió sin dificultad.

Pey-deh-eh-ghan habló con tono preocupado.

—Dice que estas piedras no debían ser tan fáciles de quitar —tradujo Doc.

—¿Cree, acaso, que las han tocado antes de ahora? —estalló

Monk.

—Algo por el estilo.

Estaban preocupados por la confusión que hallaron. Unas grandes ánforas yacían en pedazos en el suelo de piedra. Las cajas de las momias habían sido abiertas y sus adornos, probablemente oro y joyas, quitados.

Las momias habían sido desenvueltas y hechas pedazos, las incrustaciones de metales preciosos arrancadas de las paredes.

Todo eso había sido hecho miles de años antes.

—Otra tumba más —gimió Johnny—, otra tumba saqueada.

Un ruido sordo y prolongado alcanzó sus oídos.

CAPÍTULO XVII

LA LUCHA EN LA TUMBA

EL ruido llegó hasta ellos como un trueno y sus ecos retumbaron como los de ese.

—Otro chaparrón maldito —se quejo Monk.

Doc exclamó: —¡Atrás, por el camino que hemos seguido al venir!

Monk empezó a decir: —Pero ¿qué...?

—Esto ha sido una explosión y no un trueno —explicó rápidamente Doc—. ¡El general Ino y sus hombres se abren paso con explosivos!

Corrieron hacia el lugar de la explosión. El desengaño sufrido al hallar la tumba vacía tras de tantas penalidades les había enfurecido, madurándoles para una lucha.

Monk se paró para agarrar a Pey-deh-eh-ghan.

—Tu te vienes conmigo —le dijo duramente—. Y si opinas lo contrario, ¡dímelo!

La ex momia se mostró dócil. Parecía haber perdido toda energía.

Se oyó una nueva explosión, más fuerte, porque llegaba de más cerca. Un segundo después, el olor a pólvora quemada les asaltaba las narices.

Doc, que iba delante, vio u oyó algo que les cerró el paso, obligándoles a resguardarse tras un recodo. Un instante después se oyó un fuego nutrido y una lluvia de balas se aplastó sobre la piedra.

—¡Estamos bien equipados para luchar! —se quejo Renny.

Seguían desnudos y sin arma alguna.

Doc les hizo retroceder hasta la losa de roca de una puerta, cuya

existencia solo se descubriría tras un examen detenido.

—Esperad aquí —ordenó.

Se sacó de un bolsillo algunas bolas de cristal guardadas en una caja de metal y las entregó a Long Tom.

—Granadas anestésicas —explicó—. Hay seis y no tenemos más. Usadlas únicamente en caso urgente.

Long Tom exclamó: —Pero tu...

Doc no dijo nada más. Se deslizo por la puerta y la cerró tras de sí.

Los ayudantes del hombre de bronce prestaron el oído y casi inmediatamente oyeron tiros y gritos de excitación.

Monk rezongó: —¡Yo no me quedo aquí cuando Doc se expone!

Se abalanzó sobre la puerta, pero Renny y Long Tom le cerraron el paso.

Renny apagó la lámpara.

—¡No seas criatura! —aconsejó Renny—. Doc sabe lo que esta haciendo.

—Si —añadió Ham—. Por una vez, intenta tener sentido común.

Renny no había vuelto a encender su lámpara. Era preciso darle cuerda a menudo, pues el muelle hacia funcionar la dinamo diminuta que hacia las veces de batería.

Long Tom gruño de pronto. Se oyó un rumor de lucha en la oscuridad.

—¡Contened la respiración! —gritó Long Tom—. "Día de pago"... ha roto... las granadas anestésicas.

Su consejo llegaba tarde, pues sus compañeros habían dado un salto adelante y se hallaban ya en medio del gas anestésico. Este no tenía olor alguno y ni siquiera les causó una sensación de quemadura al respirarlo.

Una impresión de cansancio infinito les sobrecogió, ahuyentando todo deseo de lucha así como interés por lo que ocurría o podía suceder.

Antes de que transcurriese un minuto, los cinco amigos y Pey-deh-eh-ghan dormían profundamente.

Al otro lado de la puerta de piedra, la voz del general Ino dijo fuertemente:

—¡Están aquí! ¡Les he oído gritar! Ayudadme a descubrir como se abre esta puerta.

Abrir la puerta no ofrecía dificultad alguna y el gas anestésico no les haría daño cuando lo lograsen, pues perdía su efectividad al minuto de mezclarse con el aire.

El general Ino gritó: —¡Abrid el ojo por si veis a ese Doc Savage! — y repitió el aviso en árabe.

Doc Savage estaba luchando, pero no en los oscuros y complicados laberintos del interior de la tumba.

Se hallaba al aire libre. El cielo lucía asombrosamente claro para quien no conocía el desierto, y las estrellas brillaban como millones de centellas.

Unos nubarrones que presagiaban tormenta corrían hacia el Oeste, cual monstruos merodeadores que gruñían y despedían llamaradas fugaces.

El hombre de bronce intentaba encaramarse por la ladera del cañón.

Había desenrollado su cuerda de seda y tiraba el extremo provisto de un gancho hacia arriba. Cada vez fallaba, no se enganchaba y volvía a caer con un tintineo metálico.

Doc cambió de posición, deslizándose por la pared de piedra, y volvió a tirarlo. No tuvo suerte y se apartó unos pasos. La pared era demasiado lisa.

No parecía sino que habían hecho saltar cuidadosamente cualquier saliente de la roca, pues la Naturaleza no ha hecho nunca una pared tan lisa.

Después de un examen, Doc escogió otro sitio. A la tercera tentativa, el gancho quedo enredado, pero se soltó cuando Doc estaba a unos metros de altura.

Cayó con la agilidad de un gato, cuando la mayoría de los hombres habrían quedado mal heridos al desplomarse de esa altura.

Realizó dos tentativas más; al fin la cuerda quedó tirante y subió. Se hallaba en una repisa rocosa a medio camino.

Volvió a tirar el gancho y este cayó repetidas veces de un modo desalentador antes de quedar finalmente sujeto.

Doc trepó y se halló en la cumbre llana de una meseta de roca sólida.

El nivel no era igual en todas partes. Iba en pendiente hacia el centro, por todas partes, formando una verdadera copa. El hombre de bronce parecía saber lo que estaba haciendo. Corrió por la

pendiente de roca, pisando con cuidado, y alcanzo una mancha negra casi circular y que tenía unos diez pies de diámetro.

Era un hoyo y Doc no penetró muy adentro, pues sus paredes caían a plomo.

No se veían piedras sueltas en torno. Doc se sacó del bolsillo una moneda de medio dólar, espero un momento en que no se oían truenos y la dejó caer en el agujero.

El ruido que subió del hoyo fue como el que se hace poniéndose un dedo en la boca y sacándolo nuevamente con fuerza.

El hombre de bronce pareció satisfecho como si hubiese comprobado algo importante. Volvió al borde del acantilado y se dejó caer al suelo del cañón.

A continuación, caminó hacia la boca de la tumba.

El hombre de bronce era cauto en todas las ocasiones y por eso seguía vivo.

Hizo entonces algo que pudo parecer innecesario. Se paró frente a la entrada de las estancias de piedra por las cuales se entraba en la tumba.

—¿No las has visto? —pregunto en árabe.

—*Wallah*! —estalló una voz en el interior, hablando árabe también—. ¿Es que ha pasado?

Había guardias en la entrada. Doc fingía ser uno de ellos y se había dejado engañar.

—Hay otra salida —gruñó Doc en árabe—. Ha escapado por allí y puede ser que vuelva por aquí. Vengo a ayudarte a vigilar.

Dicho esto, entró atrevidamente en la cámara de piedra.

Había allí dos guardias y la oscuridad era bastante densa para que no le reconocieran enseguida. Doc asestó un puñetazo en una mandíbula, cuyo dueño cayo contra la pared y de allí, de bruces, al suelo.

El otro quiso disparar su rifle. Doc le cogió las manos, levantó el codo hasta la oreja del hombre y le dio un golpe en la sien.

El beduino tenía los movimientos rápidos. Esquivó un segundo golpe, saltó atrás y sacó a relucir un cuchillo. Tenía confianza en su arma y se abalanzó sobre el enemigo.

La hoja del cuchillo había sido pintada con el fin de no brillar a la luz de la luna que se reflejaba en aquel lugar.

El hombre no blandió su arma, sino que la mantuvo a punto de

descargarla, golpe este que este que es más difícil de parar o esquivar.

El golpe encajado bajo la oreja había paralizado los músculos de la garganta del beduino. Intentó gritar, pero no lo logró. Sin embargo, no tardaría en conseguirlo.

Doc dobló el cuerpo y lanzó los pies adelante. Alcanzó al adversario en los tobillos y le derribó. Doc agarró las piernas del hombre, pero la soltó instantáneamente, de modo que el golpe que este asestó con el cuchillo no dio en el blanco. Inclinándose hacia delante, Doc descargó un directo sobre la mandíbula de su enemigo.

Doc se puso el albornoz del árabe, que, por cierto, no le caía muy bien.

Llevaba debajo del brazo el albornoz del otro beduino y las armas de ambos.

Encontró la trampa de piedra abierta.

La mayor quietud reinaba en el pasadizo y las cámaras de la tumba. Doc no oyó voces hasta llegar a la cámara que era la tumba en si y que había sido saqueada.

El general Ino estaba diciendo: —¡Los tuvimos una vez y no lo hicimos! Es un error que no cometeremos dos veces… *Oui, messieurs*!

Shaster pregunto con voz dura y áspera: —¿Cómo?

Proudman Shaster parecía nuevamente presa de su locura homicida.

—¿Puedes cortar una cabeza con esto? —preguntó el general.

—¡Puedo hacer una prueba maravillosa!

Cuando Doc miró al interior de la cámara, Proudman Shaster estaba inclinado sobre Ham con un machete, el mismo con el cual había decapitado a los árabes durante la lucha que resultó ser un error.

Doc apuntó con uno de los rifles que acababa de recoger. Shaster se preparó para asestar un golpe, inmóvil un instante, enseñando los dientes y saliéndole los ojos de las orbitas.

La llamarada que salió del rifle pareció saltar hasta la mano de Shaster que sostenía el cuchillo. Se oyó el estampido, que se prolongó con el grito de agonía de Shaster.

Los beduinos alumbraban la escena con antorchas confeccionadas con sus ropas. Los saltos que dieron a impulso de la sorpresa hicieron caer una lluvia de chispas.

Shaster cayó al suelo con una mano deshecha. Aullaba como un animal herido, lanzando un largo chillido tras otro.

El renegado Sandy tenía más sangre fría que los demás. Sacó la pistola de su funda y disparó rápidamente.

Doc no disparó contra él. Apuntó a las manos de los que llevaban antorchas y una de estas se apagó.

Ya eran varios los hombres que disparaban.

Doc se volvió, gritó con su voz natural para que no abrigaran dudas respecto a su identidad y echó a correr.

Iba a toda velocidad, pues la muerte le pisaba los talones y deseaba alcanzar un sitio determinado lo más pronto posible. Dejó caer su rifle.

Lo alcanzó y se deslizó por una abertura que estaba esculpida para representar una enorme boca humana. Gritando como locos, sus adversarios no estaban a más de veinte pasos detrás de él.

Doc saltó. Sus dedos agarraron los dibujos complicados de la cabeza de piedra y se encaramó.

Tenía el sitio suficiente para quedar colgado allí, precisamente encima de la abertura, pero con solo alargar las manos, los hombres le habrían tocado al llegar.

Los primeros árabes, que eran tres, penetraron por el agujero.

Doc había soltado el rifle, pero seguía llevando un revolver que había tomado a uno de los guardianes.

Era un arma barata. La levantó en el aire y la tiró al corredor, en la dirección que habría seguido si hubiese continuado huyendo.

El revolver cayó y estalló. Eso fue debido a que se trataba de un arma barata, pero el incidente resultó afortunado. La bala volvió atrás y alcanzó a dos árabes en las piernas.

Gritaron, dispararon a su vez y creyeron que los tiros provenían de su presa.

No eran cobardes y cargaron atrevidamente.

Los hombres desfilaron bajo Doc Savage con rapidez extraordinaria. El general Ino y Proudman Shaster fueron los últimos.

Doc les dejo pasar, saltó al suelo y corrió hacia sus cinco amigos y Pey-deh-eh-ghan.

CAPÍTULO XVIII

AGUA

LOS efectos del gas anestésico no acostumbraban durar menos de media hora y esta no había transcurrido aun, ni mucho menos.

Sin embargo, Doc llevaba sobre su persona una jeringuilla llena de una droga que, introducida en el organismo, neutralizaba los efectos del gas y hacia revivir las victimas en pocos minutos. La usó sobre sus amigos.

Monk, que tenía la fuerza del gorila cuyo aspecto ofrecía, fue el primero en volver en sí; dio una vuelta y cayó a puñetazo limpio sobre Ham, que estaba a su lado.

Monk se había despertado con lo que se llama la “borrachera anestésica”.

Doc le agarró, le sacudió y Monk se serenó.

—¡Vaya, vaya! De todos modos me las tenias que pagar —dijo, refiriéndose a Ham.

Pey-deh-eh-ghan fue él ultimo en reanimarse. Se levantó con dificultad, aturdido todavía.

Me juego cualquier cosa a que este mundo moderno empieza a marearle —dijo Long Tom—. Quisiera saber si le gusta.

Se oyeron pasos rápidos por los pasadizos.

—¡Han descubierto el engaño! —dijo Doc—. Lo mejor que podemos hacer es alejarnos.

—Esto es pequeño para luchar bien —se quejó Monk.

Doc recogió el rifle que había dejado caer y otro que estaba a corta distancia. Renny se apoderó del machete de Proudman Shaster.

Uno de los árabes portadores de antorchas había dejado caer su arma y Johnny se la apropió.

Todos se diseminaron, buscando una salida.

—¡Rayos y truenos! —dijo Renny—. ¡No hay salida alguna!

Pero si la había, y Pey-deh-eh-ghan se la enseñó. Empujó la pared y una losa cayó en otro pasadizo que había al otro lado.

La losa no tenía goznes y cayó pesadamente, haciendo mucho ruido y rompiéndose en varios fragmentos, de manera que les fue imposible volverla a su sitio.

Caminaron sobre los fragmentos. Se oyeron disparos y las balas silbaron en los oídos de Ham, que fue él ultimo en pasar.

—¡Deben haberme… pateado… cuando estaba sin conocimiento! —dijo Ham penosamente—. ¡Todo el cuerpo me duele!

Monk le oyó, corrió atrás y ayudó a Ham. Fue una acción tan inesperada que por poco Ham vuelve a desmayarse.

El abogado no podía adivinar que los remordimientos impulsaban a su compañero.

Ham estaba privado de sentido cuando Monk, bajo los efectos del anestésico, le había dado una paliza fenomenal.

Pero Monk sabia que eso era lo que ahora incapacitaba a su compañero.

Siguieron avanzando hasta que Pey-deh-eh-ghan les plantó de repente y corrió al encuentro de los hombres del general Ino.

—¡Loco! —gritó Ham—. ¡Le mataran!

La ex momia gritaba algo en su lengua y cuando Renny intentó perseguirla, Doc se lo impidió.

—¡Oye! —exclamó Doc.

Pey-deh-eh-ghan repitió lo que había gritado.

Johnny lo tradujo: —¡Dice que sigamos adelante! Les atraerá por otro camino y les perderá por allí.

Los hombres del general Ino no disparaban ya, pero seguían avanzando.

Pey-deh-eh-ghan gritó otra frase.

—Dice que nos metamos en un nicho de este pasadizo, a corta distancia de aquí —exclamó Johnny.

—¡Quietos! —avisó Doc.

Los hombres del general Ino se acercaban y se oía ya su respiración.

Entonces fue cuando Pey-deh-eh-ghan gritó con fuerza y acento airado.

Logró atraer la atención de los hombres de Ino que torcieron en su dirección.

Doc y sus hombres quedaron solos.

Monk exclamo en voz baja:

—He maldecido a esa momia y tenía ganas de retorcerle el cuello, pero a partir de ahora tiene derecho a todo lo mío. ¡Esta arriesgando su vida para salvar la nuestra!

Doc dijo: —¡No estés demasiado seguro de eso! Es preferible que nos alejemos.

—¿Eh?

—Aprisa! ¡Las explicaciones pueden esperar!

Se deslizaron hacia delante sin hacer ruido, buscando la salida y escudriñando en los rincones por si surgía algún enemigo; pero Monk seguía la pista de la ex momia, incluso Proudman Shaster y los portadores de antorchas con sus manos heridas.

Doc entregó a cada uno de sus ayudantes un objeto redondo y duro del tamaño aproximado de un guisante.

—Poneos esto en la boca —dijo—. Tenedlo a punto de romper con los dientes.

—No comprendo esto —se quejó Monk—. "Día de pago" nos ha hablado de ocultarnos en ese nicho, pero tu, Doc...

Ham interrumpió: —Nos vas a llevar a todos a la tumba con esa curiosidad. ¡Cierra el pico!

Se hallaban en la cámara de las estatuas de piedra arrodilladas, cuando un fuerte ruido como un gorgoteo alcanzó sus oídos.

—¡Corred! —ordenó Doc.

Echaron a correr, pero no habían cruzado la sala cuando el agua les alcanzó.

Se precipitaba por las puertas, por grietas del techo. A pocos metros se veía una verdadera catarata.

—¡Romped esas píldoras! —gritó Doc—. Guardadlas en la boca y contened la respiración.

El agua caía con la violencia de las cataratas del Niágara. Tenían los pies sumergidos y su fuerza les echaba contra las estatuas, tumbando a estas.

Rugía y hervía y de vez en cuando luchaban por salir a la superficie hasta que la hubo, pues el agua había llenado por completo la estancia.

Durante todo este intervalo conservaron la boca cerrada y no respiraban.

Sabían que era lo que Doc les había dado. Las píldoras contenían un producto químico que, sin ser oxigeno, obraban durante unos minutos sobre el cuerpo humano el mismo efecto que este.

Al cabo de unos momentos se reunieron todos en la puerta con el hombre de bronce, que les siguió nadando hasta que, finalmente alcanzaba la salida de las cámaras de piedra.

No tuvieron dificultad alguna para salir. El agua surgía por el agujero, pues la tumba estaba completamente inundada y les empujó hasta el suelo del cañón, magullados, medio desmayados y casi sofocados, pues el efecto de las píldoras empezaba a desvanecerse.

Doc les sacó a todos del agua y reposaron un momento.

—La parte superior del acantilado es hueca para recoger el agua de lluvia —explicó Doc—. El agua corre a un deposito, debajo de la roca, sin duda y puede inundar la tumba cuando se abre una trampa. Debe haber sido una de las que Pey-deh-eh-ghan preparó para los ladrones que venían atraídos por sus riquezas.

Monk murmuro: —¿Así que Pey-deh-eh-ghan se ha ahogado para salvarnos a nosotros?

—A estas horas deberías conocerle mejor —contestó brevemente Doc.

—¿Crees que habrá escapado?

—Es probable.

No hallaron rastro alguno de Pey-deh-eh-ghan. Buscaron detenidamente, pero las montañas de roca negra no ofrecían huellas.

Por todas partes eran de roca tan dura que nada quedaba impreso en la misma. Hallaron a *Química* y a *Habeas* que erraban a la ventura.

A continuación, intentaron entrar en la tumba. El agua la llenaba y las píldoras químicas de Doc no eran bastante eficaces para permitirles explorarla.

Después de varias tentativas, Long Tom dijo:

—Si Doc no hubiese adivinado lo que "Día de pago" iba a hacer y no nos hubiese llevado parte del camino, no habríamos podido salir.

Estaban todos cansadísimos y durmieron el resto de la noche.

Al día siguiente, Doc anunció:

—Abriremos un pozo para vaciar la tumba.

Monk, que no se mordía la lengua, declaró: —¡Puedo sobrevivir al disgusto de no volver a verla!

—La vaciaremos —dijo Doc.

La desaguaron y fue una labor en la que invirtieron tres semanas.

Emplearon partes metálicas de los motores de su aeroplano a guisa de herramientas y hallaron comida abundante en el campo árabe.

Abrieron el pozo en el suelo del cañón y el agua corrió durante cerca de tres horas. Luego, entraron con antorchas. El general Ino, Proudman Shaster, Sandy y sus compañeros habían muerto y hallaron sus cadáveres.

No encontraron el de Pey-deh-eh-ghan, pero descubrieron algo que seguramente el ex Faraón habría dado su vida para evitar que hallasen.

Doc lo localizó después de sondear las paredes durante seis horas, con un martillo sacado del aeroplano.

No se trataba de una puerta, sino de una extensión de piedra que sonaba a hueco. Emplearon dos horas para abrirse camino.

Doc se quedó de pie delante de la abertura y llamó a Johnny, el arqueólogo.

—¿Quieres entrar primero?

—¿Crees que es seguro? —preguntó Johnny, con recelo.

—Creo que merece la pena —dijo Doc.

Johnny penetró a medias en el recinto descubierto y miró a sus alrededor con una de las lámparas que habían descubierto en el aeroplano.

Estuvo inmóvil bastante tiempo y cuando se hizo atrás, tenía el rostro muy blanco y los ojos brillantes.

—Valía la pena —dijo roncamente.

Todos entraron detrás de él… Cuando volvieron a salir se sentaron a la sombra de la pared del cañón durante algún tiempo antes de discutir su hallazgo.

A continuación, hablaron de él en murmullos sin saber por que, pues eran hombres que antes de entonces habían visto ya riquezas

fabulosas.

—El tesoro de Pey-deh-eh-ghan —dijo lentamente Johnny, empleando por una vez palabras cortas—, se supone que es uno de los mayores de la Historia.

—Y no se exagera —dijo Renny.

Monk, que a veces sentía interés por las alhajas, murmuró:

—He estado pensando lo que el contenido de esa primera vasija, la que hay al lado de la entrada que hemos practicado, puede valer. He contado ciento once diamantes y ni uno solo tiene menos de cinco quilates o estoy loco —suspiró y prosiguió—. ¡Nada, nada, que ya lo estoy!

—¡Es la primera vez que dice la verdad! —hizo observar Ham, sin indulgencia.

—Me pregunto... —dijo Long Tom, en voz alta—, ¿qué es lo que habrían quitado los ladrones de la tumba exterior, la que fue saqueada?

—Nada, probablemente —dijo Doc.

—¿Eh?

—Es casi seguro que no hubo tales ladrones.

—¡No te entiendo! —exclamó Long Tom.

—Pey-deh-eh-ghan —siguió diciendo Doc—, era un sujeto muy astuto. Barrunto que preparo esa tumba exterior para crear la impresión de que había sido saqueada y ocultar más eficazmente la entrada del tesoro interior. Cualquiera que descubriera la tumba exterior, que era fácil de encontrar, aunque no demasiado, creería que había sido saqueada y robados sus tesoros... ¡Era un ardid!

—Si le hallamos, se lo preguntaremos —sugirió Long Tom.

Cuando oyeron hablar de Pey-deh-eh-ghan, fue de un modo inesperado.

Estaban en El Cairo, embarcando las reliquias extraídas de la tumba, convirtiendo aquella riqueza en dinero que iría a parar a varios hospitales y a la organización de beneficencia de la cual Doc era director.

No oyeron hablar de Pey-deh-eh-ghan directamente, pero si de un hombre, alto y de aspecto extraño, de piel obscura, con largos cabellos y barba blanca, que salió del desierto, incapaz de hablar una sola palabra de cualquier idioma que los mejores intérpretes conocían.

El retrato del hombre extraño salió en los periódicos que Doc leía.

Era Pey-deh-eh-ghan.

El retrato del hombre extraño fue publicado en la Prensa a causa de su muerte.

Caminaba por la calle cuando oyó un altavoz de radio, colocado delante de una tienda de instrumentos de música.

Instantáneamente saltó al medio de la calle, como si huyera del altavoz, y un coche le derribó, matándole.

La persona que hablaba por radio en aquel momento era el conocido americano Doc Savage, que anunciaba el descubrimiento de una fortuna en una tumba emplazada en el Desierto de Nubia.

FIN

Título original: *Ressurection Day*